This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.

+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.

+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.

+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

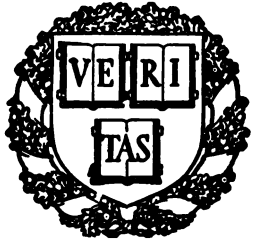
+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`



Harvard College Library

BOUGHT FROM THE FUND
BEQUEATHED BY

FRANCIS SALES

INSTRUCTOR IN SPANISH AND FRENCH
1816–1854

Historia contemporánea.

Memorias

SOBRE

LA GUERRA DE CATALUÑA,

en los años 1822 y 1823;

POR D. FLORENCIO GALLI,

EDECAN. DEL JENERAL MINA.

TRADUCIDAS DEL FRANCÉS

Por D. E. P.

Victrix causa Diis placuit, sed victa Catoni.
LUCANO.

BARCELONA:
IMPRENTA DE A. BERGNES, CALLE DE ESCUDELLERS, Nº. 36.
1835.

Span 2214. 1.3

Prólogo del traductor.

Presentamos al Público la traduccion de una obra, que, sobre ser de suma utilidad para quien quisiese en adelante emprender la narracion de lo que vimos, sin poder sin embargo hasta el dia publicarlo, es en estremo interesante, puesto que el escritor es en ella el guerrero. Descríbenos las hazañas de los bravos el mismo que oyó los silvidas de las balas, el que podia conocer á fondo el carácter de los belijerantes, quien podia en una palabra apreciar en lo justo los sucesos.

¡Qué época mas digna de profun
zarse que aquella donde encontran
el jérmen de la guerra civil que
corroe! Uno mismo es el elemento
entrambas luchas, en razon de que
bien se victorean hoy dia distin
nombres, una con todo es la natural
de lo que se discute: tambien es el
nático ministro quien guia á los rel
des, quien evoca los horrores y el je
del esterminio que preside las luc
intestinas; tambien es el patriotis
quien inflama á los entusiastas por
libertades patrias.

Aprendamos ya en las pasadas
vueltas á ser mas cautos para las
sentes: algun dia ha de continuars
este libro la guerra que sostenemo
¡ay de nuestros hijos, si en la últ
pájina ha de hablarse de la libertad
mo de un meteoro pasajero!.....

MEMORIAS

SOBRE

la guerra de Cataluña.

LIBRO PRIMERO.

PRIMER PERIODO DE LA INSURRECCION HASTA LA LLEGADA DEL JENERAL MINA.

CAPITULO I.

Fernando y la Constitucion.

Mientras se veia Fernando prisionero en Francia, y ocupada la España por formidables ejércitos, pudiérase en cierto modo decir á los Españoles: «¿Cómo entregais vuestras ciudades á las llamas, porqué correis tan furiosos á blandir la espada? Rechazando á los Franceses alhuyentais tambien el inestimable presente de la civilizacion y de

las luces; os inflama el fanatismo, y vais á entronizar la inquisicion y el férreo yugo de un gobierno despótico.»

Nada escuchaba empero el orgullo español, y fueron únicamente mirados los ejércitos franceses como una fuerza traidora que venia á dictar leyes.

Tomó parte en la lucha la dignidad nacional ofendida, y si bien reconociese ser necesarias muchas reformas, no quiso admitirlas de quien se las ofrecia espada en mano.

Convocáronse en Cádiz Cortes estraordinarias, y allí fué donde se proclamó aquella Constitucion celebérrima, noble y santa, como la que mas en su oríjen.

Tal la juzgaron todos por lo menos, puesto que tardó poco en ser reconocida por los Soberanos de Europa.

Hízolo el Gabinete de S. Petersburgo en estos términos: « S. M. el Emperador de todas las Rusias reconoce lejítimas las Cortes jenerales y estraordinarias reunidas en Cádiz, como asimismo la Constitucion que han decretado y sancionado. »

Á semejanza de Rusia, partieron tambien de este reconocimiento las principales potencias de Europa, en sus tratados con la España, desde 1812 hasta la paz jeneral.

Cuando la entrada de Fernando, presentósele el jeneral Elío, ofreciéndole para restablecer el absolutismo los servicios del ejército de 36 mil hombres que tenia á sus órdenes. Apoyado tan peligroso consejo en la protesta de los sesenta y nueve diputados llamados *Persas*, redujo por último al Soberano á firmar el funesto decreto de 14 de mayo de 1814, que cubrió de luto á la España durante el decurso de seis años.

Pero saliendo en 1820 el Monarca del laberinto en que le metieran aquellos obcecados consejeros, vino en aprobar la Constitucion de Cádiz. Nadie le obligaba á ello. Al tiempo en que la juró, veíase Riego en derrota, habia perecido Acevedo, permanecia Mina en las montañas, y Odonell en Ocaña; únicamente habia tomado cuerpo el alzamiento en una cuarta parte del ejér-

cito, puesto que de las restantes podia disponer todavía. No tomaran los pueblos parte en el pronunciamiento, ni hostigaba privadamente al soberano ningun constitucional. Tenian en sus manos las riendas del gobierno un Eguia, un Matafiorida y un Torres, siendo de notar igualmente que la mayor parte de los que se veian al frente de las provincias habian hecho derramar la sangre de los reformistas.

Esa espontánea resolucion de Fernando VII en favor de un código á quien debia la corona, esa nobilísima espiacion de una grande falta, valióle recobrar el afecto de sus súbditos, y hasta un impulso de admiracion de parte de las naciones estranjeras, en razon de que no titubearon los monarcas en unir sus votos á las bendiciones de los pueblos. En una carta que escribió Luis XVIII á aquel Príncipe, en 20 de abril de 1820, espresábase en estos términos: «Interésame en estremo vuestra magnánima resolucion, ya por el afecto que á V. M. profeso, como por el que me inspira la Nacion española.»

No menos esplícitas fueron las felicitaciones del Papa y de S. M. Británica, ni dejó la España de conservar sus relaciones amistosas con las demás potencias.

Las miras de parentesco que existen entre las cortes de Madrid y Nápoles, las análogas necesidades de entrambos pueblos, debian por precision producir iguales impulsos. Jeneroso, sabio y esperimentado, el Rey de Nápoles, siguiendo un movimiento de magnanimidad que le era peculiar, apresuróse á llenar los votos de sus súbditos con una constitucion anhelada. Ningun príncipe ha prestado nunca con tan firme voluntad un juramento como lo practicara él en 13 de julio de 1820, dia memorable para los Napolitanos.

¿Cómo podian empero mirar con indiferencia esa declaracion de otro Monarca aquellos entes indefinibles que abogaron cerca de Fernando por el absolutismo? Viendo la alianza establecida entre el Pueblo y los Reyes, no titubearon aquellos secuaces del oscu-

rantismo en buscar en las cortes estranjeras enemigos temibles de la nueva marcha de los negocios públicos. Dirijióse contra Nápoles su primer empeño, puesto que confiaban grandemente en la debilidad inseparable de la avanzada edad en que se encontraba Fernando IV. Como quiera, es indudable que este monarca, si se dirijió á Laybach, fué con intento de consolidar la felicidad de sus súbditos y de permanecer fiel al pacto que sancionara espontáneamente. Pero lo mismo fué llegar al Congreso que perder su libre albedrío. Los intereses de sus aliados corrian en contraposicion con los suyos, y así fué como tomaron contra el reino de las Dos-Sicilias medidas tales, que las reprobaría la natural equidad, aunque se hubiesen dirijido contra una nacion vencida y degradada.

Habiéndole separado antes de su llegada á Laibach del único ministro que llevaba consigo (el duque del Gallo), ya no le vió mas que para decirle que el Austria tomaba á su cargo poner en

equilibrio los derechos del Soberano con las prerogativas de los Pueblos.

Facilísima fué la victoria, merced á la falta de union y al respeto hácia el Príncipe, que en parte amortiguara el odio hácia el enemigo. Obtenida por la santa Alianza, reuniéronse de nuevo los individuos de esta en Verona.

Habian dado el primer paso. Ya los monarcas del Norte no necesitaban, como en otro tiempo, sangre española para vencer al que hiciera temblar la Europa; y no callará la historia que el Príncipe que fué el primero en reconocer la Constitucion de Cadiz fué tambien quien presidió el Congreso que decretó su abolicion.

Mas no ofrecia la España tan fácil victoria: hubo en ella quien supo resistir y morir. La historia de tan desigual lucha es lo que emprendemos, ofreciéndola á la meditacion de los amigos de la verdad y la justicia.

Antes empero de empezar nuestra relacion, séanos lícito hacer una pregunta: ¿Gozó menos libertad de accion

Fernando VII, cuando, en su capital, dentro de su misma corte, ceñido de sus ministros favoritos, vencedor de Riego, dueño absoluto de su imperio, juró no obstante la constitucion? ¿fué acaso mas dueño de sí mismo, cuando, en el puerto de Sta. María y ceñido por mil bayonetas estranjeras, revocó su rejia palabra?

¿Cuando pudo obrar mas libremente el Rey de Napoles? ¿fué acaso cuando salió para Laybach, acompañándole las bendiciones de su pueblo, ó cuando volvió del Congreso con un ejército enemigo manchado con sangre italiana?

Me concretaré á la guerra de Cataluña, puesto que únicamente de ella me es dado hablar como actor ó como testigo. Siendo ayudante del Jeneral Mina, tuve el honor de correr sus mismos peligros, fuí uno de los poquísimos que merecieron su confianza, y en prueba de que no en balde la depositara en mí, me he propuesto, en el decurso de la presente narracion, despojarme de todo espíritu de partido, mirando úni-

camente el interés jeneral y la verdad de los hechos.

CAPITULO II.

Ejército de observacion bajo el nombre de cordon sanitario. — Principios de la guerra civil.

Apenas hubieron proscrito los aliados la Constitucion de Cádiz, cuando encargaron la ejecucion del funesto decreto á la nacion, que, por sus relaciones políticas y en razon de la posicion jeográfica de su territorio, hallábase en contacto con la Península. Una guerra abierta sin embargo no ofrecia muy lisonjeros resultados sobre un suelo salpicado aun con la sangre de medio millon de hombres á quienes guiara al combate el mas célebre campeon del siglo. Era indispensable pues buscar nuevos auxiliares; era preciso alucinar á los incautos, seducirlos, poner en movimiento los mas vergonzosos móviles.

No desconocia el gobierno francés la posicion moral de España. Constábale que existia un sinnúmero de descontentos que se lamentaban en silencio, no aguardando mas que la aparicion de un ejército estranjero para enarbolar el estandarte de la rebelion. Debíase pues buscar un medio, á favor del cual pudiesen acantonarse tropas en los Pirineos, para animar á los indecisos sin alarmar á los patriotas. Favorecióles el acaso ú la naturaleza.

Desarrollóse repentinamente en agosto de 1821 la fiebre amarilla en el puerto de Barcelona. En vano se probó atajar sus progresos; cundió en la Barceloneta, y llenó á poco la ciudad misma de consternacion y estragos. Llegó el terror á su colmo, y huia despavorida la poblacion de aquella ciudad populosa. Hombres y mujeres, niños y ancianos, todos buscaban fuera de las murallas un asilo.

Aprovechó tan favorable coyuntura el gabinete de las Tullerías. So pretesto de peligros del contajio y de la necesi-

dad de preservar la Francia, acercó á las fronteras de Cataluña un cuerpo de ejército, al que bautizó con el nombre de *cordon sanitario.* Creyóse al pronto que tamaño destino era verdadero, pero á poco pudo ya aclararse el misterio. Cesó la fiebre, pero hubo de permanecer estacionado el cordon, dándosele el nombre de *cuerpo de observacion.* Aumentábase cada dia mas con nuevos refuerzos; soplaba la seduccion con mas violencia, y era fama que se derramaba á manos llenas el oro para corromper á cuantos no vendimiara la peste.

No era esto sin embargo lo que mas hostigaba á la libertad española: amagábala otro enemigo mas terrible. El clero, que durante siete años sostuvo la lucha de la independencia, que no perdonó sacrificio para rechazar al mas formidable enemigo, aborrecia altamente la Constitucion de Cádiz.

¡Qué influjo no le daban sus riquezas y su carácter! ¡Cuán poderosos eran para una plebe pobre y supersticiosa el oro y el nombre del cielo pronunciado

por sus ministros! Inflamáronle estos, incitáronle á cometer asesinatos, á convertir en campo de horrores una nacion donde debian dar ejemplo de virtudes sociales. Dióse la señal de alarma en Cataluña: viérase á los sacerdotes de un Dios de paz evocar la furia de las discordias y la sangre desde la cátedra de la verdad. Aunados en sed de sangre el provincial y el obispo, el cura y el monje, clamaban ciegos de furor áfin de reunir partidarios para una nueva y horrorosa cruzada. Convirtióse el santuario de la relijion en estandarte del crímen. Precipitábanse con él á la guerra civil, trocando el labriego la azada por el puñal asesino.

El espíritu guerrero de los Catalanes, su conocido patriotismo y lo montuoso de su provincia, hacíanla temible á los conspiradores, y por lo mismo dirijiéronse contra ella sus ataques, como al punto mas importante, á la llave de la España, á la limítrofe de Francia, que presentaba mas seguro campo de batalla. No se perdonó medio paraque

la esplosion fuese espantosa y se comunicase en seguida á las demás provincias. Sus ignorantes y fanáticos moradores creyeron en la cólera del cielo. Sonrióse el ánjel de las tinieblas. Esperábase la señal; poco tardó en darse, convirtiendo la Cataluña en foco de guerra civil, para descargar despues sobre ella una intervencion estranjera.

CAPITULO III.

Insurreccion.—Jefes de la misma.

En marzo de 1822 dióse el primer grito de rebelion.

Montaner de Berga, seguido de una horda de cincuenta fanáticos, empezó las correrías. Dirijióse á Castellá de Nuch, donde hizo pedazos cuanto olia á Constitucion. Imitó su ejemplo *Misas*, hombre salido de la hez del pueblo, y que acababa de fugarse de las cárceles de Jerona. Pudo reunir jente perdida como él, introdújose en el Ampurdan y los

Pirineos, y presentóse á Ox, revestido con el carácter de campeon de la Relijion y del Trono. Habia ya resonado el grito de rebelion, y pronto le repitieron una multitud de aventureros. En Barbará, Espluga y Montblanch, el Trapense; en Brafim, Villavella, Abisbal y el Panadés, Romagosa; en Cornudella, Poboleda y el Priorato, Miralles; en Mora de Ebro y lugares comarcanos, Montagut. El pillaje y la devastacion anunciaron á Chambó, quien saqueó los pueblos que confinan con los correjimientos de Tarragona, Tarazona y Castellon de la Plana. Corrieron igualmente á las armas, señalándose con hechos no menos horrendos, Gep-dels-Estanys, Mosen Anton, Romanillo, Mosen Ramó, Ballester, Targarona, Caragol, Carnicer, Montó, Malavilla y otros muchos.

Ardua empresa seria querer describir el oríjen y el carácter de esa multitud de cabecillas que tomaron parte en los desórdenes de tan funesta época. Sin embargo, paraque no ignore el lec-

tor qué casta de jente fué la que salió á la lid para derrocar las instituciones que debian rejenerar la España, creemos de nuestro deber entrar en algunos pormenores sobre los que mas descollaron en el catálogo de los caribes.

Misas (Anton Costa), natural del correjimiento de Figueras, anduvo por mucho tiempo de postillon. En la guerra de la independencia siguió la banda de un quidam Pujol, que tenia hecho pacto con sus enemigos, y entregóse con él á todos los escesos mas abominables. Cuando la paz, pereció Pujol en un cadalso.

Temiendo Misas igual suerte, refujióse en las montañas, ejerciendo el oficio de bandolero, hasta que fué conducido á Jerona, de cuya cárcel logró por último escapar.

El *Trapense* (D. Antonio Marañon), natural de Marañon en Navarra, habia ya servido con éxito en la guerra de la independencia, en la que ascendió á capitan: era valiente y jugador de marca, arrastrándole esta pasion sobre á

mil escesos que le desacreditaran enteramente. Perdió su dinero y el de sus compinches, la paga de su compañía y sus charreteras. Dícese que llegó á aventurar su nombramiento de oficial. Hicieron presa en él la vergüenza y la desesperacion, sin que se le presentase otro recurso que ir á sepultarse en un convento de la Trapa. Era cosa de ver la transformacion del capitan Marañon en el hermano Antonio. Pero al primer tiro de la guerra civil, no pudo menos de recordar el fraile las costumbres del guerrero.

Romagosa, carbonero de la Abisbal. Corre parejas su brutalidad con su fiereza; nada puede contenerle cuando sus pasiones se enardecen. Es sin embargo quien ha dado mas que otro muestras de pericia, y el que fué mas premiado: ascendió á brigadier.

Miralles (D. Pablo), natural de Cervera, especie de máquina que no pensaba ni obraba mas que á impulsos del clero. Sirvió en la guerra de la independencia, dedicóse despues á la labranza,

y tornó de nuevo á las armas al oir el grito de guerra.

Gep-dels-Estanys (Bosóms), natural de Vallsevre, descollara desde su juventud por su índole inquieta y turbulenta: permaneció durante la lucha de los seis años en la cordillera de montañas que dominan á Berga y su distrito. Igualmente sanguinario para entrambos bandos, destruia sin distincion, y asesinaba á Españoles y Franceses. Alcanzado por un batallon anglo-catalan, que enviara en su persecucion el Jeneral Lacy, condenáronle á las galeras, pero encontró medio de escaparse. Tornó á sus guaridas, donde se mantuvo hasta que pudo trocar con el nombre de faccioso el de bandido.

Mosen Anton (Coll), nacido en el correjimiento de Vich, contribuyó no poco en los primeros períodos de la guerra de la independencia al levantamiento en masa de los estudiantes catalanes: hubo sin embargo de desmentir despues este acto de patriotismo. Creyó desatendido su mérito, y apro-

vechó la ocasion de vengarse. Adelantaba á muchísimos de sus cofrades en saber usar el lenguaje de sus satélites.

Romanillo, natural de Castell-Fullit, de inmoral y desarreglada conducta, era no obstante intrépido para arrostrar los peligros. Consistió todo su talento en aparecer el mas inhumano entre los tigres, y el mas indisciplinado á un tiempo.

CAPITULO IV.

Primeras medidas contra los facciosos. — Espediciones de Perol, Galí, Osorno, Van-Halen, Giol, Gaya, Haro, Baeza, Bonet y Baiges. — Quema de Porrera.

Apenas supo el coronel Perol, gobernador de Manresa, y jefe político despues de Jerona, que habia Montaner dado el grito de rebelion, cuando salió en su persecucion, y derrotóle.

Salió el comandante D. Ramon Galí, siguiendo el rastro de Misas, á quien atacó y arrolló. Algun tiempo despues,

apareció este de nuevo sobre la Muga, pero no le fué mas propicia la suerte, y tuvo ocasion Galí de prestar mas importantes servicios, socorriendo á Capellades, librando á Sta. Coloma, y persiguiendo al Trapense que tenia sitiado á Balbona, defendido por voluntarios y tropa de línea.

Persiguió asimismo á la faccion el teniente coronel Osorno, con una partida de su rejimiento, que sacó estando de guarnicion en Jerona. No les dejaba respirar á sol ni á sombra, pero desgraciadamente era muy corto de vista, motivo por el cual pudo verse alguna vez en inminente riesgo. En cierta accion, habiendo penetrado hasta el centro del enemigo, creyéndose empero rodeado por su tropa, díjoles á los facciosos, señalándoles á los liberales: *cargad sobre esa canalla*; debió su salvacion á un asistente que afortunadamente le siguiera y pudo advertirle su engaño.

El teniente coronel Van-Halen, que se encontraba en Villafranca con una partida del mismo rejimiento, recibió

órden del brigadier Porras para atacar á Romagosa con cuarenta y cinco caballos. No titubeó Van-Halen, y en premio del cumplimiento de su deber obtuvo la gloria de ser el primer jefe herido en la campaña. Cayó en poder de los rebeldes el caballo de su corneta, que pasearon aquellos en triunfo por las calles de Vendrell: fué el primer caballo en que cabalgó Romagosa.

Cuatro cientos milicianos voluntarios, á las órdenes de D. José Giol, atacaron en la Espluga al Trapense, pero tuvieron que replegarse sobre Barbará, reuniéndose con los voluntarios de este pueblo, los de Sta. Coloma de Queralt y los de Capellades. Atacóles á su vez tambien dos dias despues el Trapense: hízolo á la cabeza de dos mil hombres, y fué arrollado.

En el interin D. José Gava, con una columna de unos quinientos voluntarios, maniobró sobre Brafim, cuyo punto ocupaba Romagosa: eran no obstante muy inferiores sus fuerzas, y tuvo que replegarse con pérdida.

El brigadier Haro y el coronel Baeza, gobernador el primero, y jefe político el segundo, de Tarragona, salieron á campaña á la cabeza de doscientos infantes y veinte caballos, siguiéndoles además doscientos voluntarios. Reuniéronseles los milicianos del Vendrell y de Villanueva, pero dirijiéronse á Valls, habiendo asomado apenas por el coll de Sta. Cristina. Al dia siguiente, una columna de cuatro cientos soldados de línea, treinta caballos y mil quinientos voluntarios de Reus, Vendrell, Villanueva, Villa-Rodona, Barbará, Sta. Coloma, Igualada, y Capellades, á las órdenes de Haro, dirijióse contra el Trapense que habia tomado posicion en Montblanch. Empeñóse la refriega, pero á los primeros tiros dispersáronse los rebeldes. Una porcion que se replegaran en la Espluga fueron completamente derrotados; pero entretanto cayó el Trapense con el grueso de su faccion sobre el brigadier Bellido, que saliera de Lérida con cuatro cientos hombres para dirijirse á Borjas, y redújole á los últimos apuros.

Aprovechando al propio tiempo Romagosa el momento en que se hallaba Valls sin tropas, dirijióse á atacarla: mas opusiéronle un muro los milicianos. En desquite cayó sobre Villafranca y Villa-Rodona.

El buen resultado de la accion de Mora de Ebro, dirijida por el teniente coronel Bonet, equilibró las pérdidas de los patriotas, é hiciéronlas olvidar enteramente las ventajas obtenidas por el comandante Baiges en la Abisbal, Colt de Forgas, Llorens y Falset: aguardábanles con todo nuevas desgracias. Habíanse habituado ya los rebeldes á cometer toda suerte de atrocidades; no se contentaban ya con saquear los pueblos, anhelaban sangre é incendios, y cebáronse en Porrera. Entregaron á las llamas una poblacion casi abandonada, y llegando al colmo de la barbárie, ciñeron con inflamada pira el campanario, dentro del cual se refujiaran veinte voluntarios, y daban infernales alaridos de júbilo durante la ejecucion de tan horroroso auto-de-fe.

CAPITULO V.

Llegada de refuerzos. — Entra Torrijos en Cervera. — Movimiento de Porras. — Reunion en Cervera. — Espedicion de Torrijos, Albornoz y Santos S. Miguel. — Accion de Anneadilla. — Es socorrida Cervera. — Sitio de S. Ramon.

Bien fuese efecto de la repugnancia que siente uno en confesar que está en peligro, ó bien no hubiesen dado las autoridades de Cataluña la debida importancia á las facciones, ello es indudable que los partes oficiales que llegaban á Madrid eran de naturaleza tal, que no daban exacta idea de la guerra civil. Suplió empero la vijilancia de los gobernantes, quienes vislumbraron la estension del mal y aglomeraron tropas de Andalucía, Murcia, Alicante y Aragon, para enviarlas á reforzar las de Cataluña. Las que primero llegaron venian á las órdenes de Torrijos : espada en mano, les fué forzoso abrirse paso, sin que pudiesen llegar á Cervera, hasta haber

arrollado al Trapense y sus hordas.

Al saber su llegada, el jeneral Porras, gobernador de Barcelona, quien habia formado mas justa idea de las facciones, resolvió probar un movimiento contra Romagosa, por si le precisase á replegarse del lado de Torrijos, y colocarle así entre dos fuegos. Salió con dos mil hombres y cuatro piezas de artillería con direccion al Vendrell. Á su llegada á Villafranca, dió órden á Van-Halen de reunírsele con cincuenta caballos: bastó el imponente aspecto de la columna para abrirle paso hasta Cervera.

No podia sin embargo el jefe de la provincia alejarse de Barcelona; tampoco le era honroso retroceder antes de haber tomado medidas para llenar el objeto que le impeliera á salir á campaña. Avistóse con Bellido, gobernador de Lérida, y con Torrijos, y dispusieron una especie de plan de campaña, insuficiente en razon de que abrazaba únicamente el centro de Cataluña, pero preferible siempre en una guerra de cazadores. Las tropas que se encontraban

en Cervera fueron divididas en tres columnas, de las cuales debia la primera, al mando de Torrijos, obrar sobre la línea de Cervera y Solsona; la segunda, al de Carrillo de Albornoz, maniobrar en los alrededores de Cardona, y la tercera en el Vallés, á las órdenes del coronel Santos S. Miguel. Tomadas estas disposiciones, separáronse las columnas, restituyéndose Porras á Barcelona.

Poco tardó Albornoz en dar caza á Romanillo. Oíase por do quier la campana de somaten; ceñíanle distintas bandas, á quienes pudo siempre contener. Siguió su marcha hasta encontrar á Gep-dels-Estanys, delante de Berga, y ahuyentarle. Al cabo de veinte correrías y combates, entró en Cardona, que acababa de ser socorrida por Torrijos. Tomaron juntos la direccion de Solsona, en cuyo distrito pululaban mil hordas rebeldes: hubiérase dicho que el soldado compraba allí el pan con su sangre; para enviar trigo al molino era preciso mandar una escolta paraque se batiese interin molian.

Disponíanse estas dos columnas á dirijirse á la Seo de Urjel; pero salióles al encuentro el Trapense, dueño ya de aquella plaza. Montado sobre blanco corcel, el látigo en una mano, y el crucifijo en la otra, y pendiente su carabina sobre su largo hábito, recorria las aldeas gritando á guisa de energúmeno, hasta lograr que se inflamasen los labriegos, precisando á Torrijos y Albornoz á replegarse sobre Cardona.

Al trazar la mala disposicion de aquellos pueblos, preciso es hacer el debido elojio del teniente coronel Ariño, que fué nombrado despues gobernador de aquel distrito, y llegó á sacar partido de los mismos secuaces del despotismo.

Apoderárase Romanillo de Balaguer: en cuanto lo supo, unió Torrijos sus tropas á las del Baron Carondelet, y dirijióse á su encuentro. Pero ya se habia adelantado aquel, y avistáronse entrambas divisiones en Aumcadilla, donde tuvo bastante que hacer Torrijos para contener el ímpetu de los rebeldes. Consiguiólo á duras penas, mas en vez

de atacar á Balaguer, le fué preciso replegarse sobre Lérida.

Unos dos meses despues, supo Torrijos que la Universidad de Cervera, que servia de ciudadela á nuestras tropas, se hallaba en los últimos apuros, al cabo de un obstinado sitio. Voló á su socorro, abriéndole por segunda vez su valor y conocimientos las puertas de aquella ciudad. Tuvo la satisfaccion de dar un brazo amigo á un puñado de valientes que estaban á punto de sucumbir. Treinta artilleros, siete inválidos y cien suizos desafiaran el hambre y la fatiga, y resistieran durante muchas semanas á tres mil quinientos facciosos mandados por Miralles.

S. Ramon es un convento situado en una dilatada llanura, á dos leguas escasas de Cervera. Su construccion y el espesor de sus paredes constitúyenle inexpugnable ciudadela para quien no tenga á la mano artillería. Escojiéranle por asilo los facciosos, que desalojaron de Cervera los liberales. Encerráronlos estos, constriñéronlos, y únicamente

aguardaban algunas piezas de artillería para batirlos en brecha. En este intermedio dió un miguelete, llamado Cárlos, rarísimo ejemplo de intrepidez. Probó pegar fuego á la puerta del convento, pero arrojábanle los sitiados granadas de mano. Recojió Cárlos tres con sus mechas encendidas, y arrojólas dentro de las ventanas de donde salieran. Á la noticia de que sitiaban á S. Ramon los constitucionales, reuniéronse los rebeldes en número de cuatro mil hombres para estorbárselo: presentáronse al amanecer en la llanura alineados en buen órden. Al ruido de sus cornetas, á la ronca voz de sus caudillos, y al redoblado toque de sus tambores, hubiéraseles tomado por una de esas tribus árabes que se arrojan sobre las caravanas en medio de un desierto.

Únicamente podia oponerles Torrijos ochocientos infantes y cuarenta caballos. Empezóse el combate, que, por desigual, fluctuó unos momentos incierto. Prevaleció por fin la disciplina, y quedó S. Ramon por los liberales.

CAPITULO VI.

Espedicion de Rotten.

Ferraz acababa de reemplazar á Porras en el mando de Barcelona, y reunió todas las tropas de que podia disponer, formando con ellas una nueva columna al mando de Rotten, quien salió, alcanzó á los facciosos y derrotólos, y llegó, por decirlo así, al centro de Cataluña, allanando cuantos obstáculos se le pusieron delante.

Aquella misteriosa mano que dirijia los estragos de la faccion, decretara la ruina de una poblacion conservadora de la antigua industria catalana; la prosperidad de un pueblo laborioso escitara la envidia de sus enemigos: Sellent, en una palabra, veíase sitiada desde algun tiempo por tres mil rebeldes montañeses. Situado aquel pueblo sobre las orillas del Llobregat, merced á las aguas de este rio, florecian grande-

mente sus manufacturas, y defendíanle en cierto modo las olas. Su salvacion estribaba empero en el valor de sus habitantes, y su milicia nacional habia hecho ya prodijios de valor. Era cortísimo su número, pero osaran en la llanura disputar á palmos el terreno á sus contrarios. Quintas de recreo, fábricas y casas de labranza, todo habia sido presa de las llamas: quedara el pueblo solo y estrechamente bloqueado, faltándole á la vez defensores y municiones. Reanimólos en tal conflicto Rotten, quien, cayendo sobre los sitiadores, los destrozó completamente.

Fué nombrado jefe del estado mayor el comandante Galí, cuyas tropas se reunieran á las de Rotten. Igual distincion obtuvo cerca de Torrijos, por sus servicios, el teniente coronel Van-Halen: estableció Rotten su cuartel jeneral en Manresa.

CAPITULO VII.

Armanse los Italianos proscritos. — Espedicion de Lloberas, Blanco y Olini. — Contraste de fortuna entre Lloberas y Olini.

El historiador debe hacer mencion de un cuerpo de Italianos, que, despues de haberse sacrificado por la rejeneracion de su pais, prodigaron tambien su sangre por la libertad de la nacion donde encontraran un asilo. El honor y el reconocimiento reunieron en Mataró y Jerona ambas columnas de proscritos, quienes no cesaron de cooperar al restablecimiento de la paz, desde el principio de las aciagas turbulencias: digo el honor y el reconocimiento, puesto que la jeneralidad desaprobaba en parte los principios que defendia. Si bien en Nápoles y Turin proclamaran la Constitucion española, aquello fué únicamente un rapto momentaneo, la adopcion por el pronto de un código que acallaba las exijencias, y podia

mas adelante suplirse. Reunidos en Jerona los Italianos, bajo las órdenes del coronel Olini, formaban parte de la brigada Lloberas. Los de Mataró, al mando del teniente coronel Pacchierotti, estaban incorporados en la division de Milans. Las fuerzas de Olini consistian en sesenta infantes y veinte caballos; las de Pacchierotti llegaban á doscientos hombres, comprendidas ambas armas. Estendíase el circulo de operaciones de Lloberas desde Jerona á Figueras, siendo su ayudante el brigadier Blanco, comandante del rejimiento de Navarra, quien dirijiera la accion de Besalú contra Misas y Malavilla, contando estos con dos mil hombres, y aquel con solos cuatrocientos. Por espacio de dos dias hizo Blanco heroicos esfuerzos, pero rehacíanse de sus derrotas los rebeldes; apareció en esto Misas por la parte de Olot con otros tantos bandidos cuantos tuviera: vuelan contra él Lloberas y Blanco, con setecientos hombres, que á duras penas les es dado reunir. Destrozan las avanzadas de aquellos,

penetran en las calles, desalójanlos de las casas, y ahuyéntanlos del pueblo con pérdida considerable. Hallábase ya Lloberas de vuelta en Jerona, mientras se veia comprometido Olini en situacion verdaderamente crítica. Saliera de aquella ciudad para escoltar la correspondencia de Barcelona. Dirijiéndose despues á Casá de la Selva, encontróse rodeado por ochocientos facciosos con su cabecilla Carnicer, y no pudiendo hacerles frente con su corto destacamento, encerróse en la iglesia, desde la cual hizo toda la noche frente á sus contrarios, hasta que al amanecer fué socorrido por una partida de la guarnicion de Jerona y por los voluntarios de S. Feliu de Guixols. Perdieron en la refriega los Italianos cinco muertos, pérdida lijerísima, si se atiende únicamente al número, pero muy sensible, si se toma en cuenta que casi todos los soldados de Olini fueran antiguos oficiales.

Desarrollara Lloberas en la guerra de la independencia una actividad admirable, que no desmintió por cierto en

la época de que hablamos, sin embargo de que algunos se prometian de sus operaciones efectos mas patentes. Olini y Lloberas ofrecian el mas singular contraste. En 1809, defendia este un importante punto del fuerte de Monjuí, cuando, durante el sitio de Jerona, lo asaltaron los Franceses en la noche del 8 al 9 de julio. Juzgárase en vano dificilísimo trepar hasta su cumbre, é impracticable la brecha; vencieron empero todos los obstáculos las tropas francesas y los vélites italianos. Enarbolaran ya los sitiadores sus banderas sobre el fuerte que acababan de ganar; huia la guarnicion buscando un refujio en la ciudad; pero oblígales Lloberas á volver al combate; cierra la puerta, única salida del fuerte y que le estaba confiada. Reanima la desesperacion á los fujitivos, quienes vuelven á la carga, arrollan á su vez á los Italianos y Franceses, y queda en su poder el fuerte, para no cederlo á los sitiadores mas que en los últimos apuros.

Encontrábase Olini en este asalto,

donde principió á descollar Lloberas. ¿De qué le sirvió su valor al Italiano? herido, envidiado y perseguido, fuéle por último forzoso humillarse delante del enemigo contra quien honrosamente combatiera.

El brigadier Blanco es hombre de mérito. Desgraciadamente un vicio de constitucion le hace mas útil para el gabinete que para el campo de batalla; así es como despues de la refriega de Olot ha permanecido siempre en Jerona, donde, con sus consejos y su pluma, ha procurado prestar los servicios que no pudiera con la espada.

De todas las poblaciones importantes de Cataluña, es acaso Jerona la que menos se presta al desarrollo de reciente filosofía. Si buscamos la causa de esa disposicion, la encontrarémos en la guerra de los seis años. Acaso fué la poblacion de España que mas se sacrificó por Fernando VII, y este no era aun entonces constitucional.

CAPITULO VIII.

Espedicion de Milans.—Refriegas de Olost y Arbucias. — Ataque de las posiciones de Pujol y Gonet. — Accion de S. Marcos. — Sorpresa de Palafurgell. — Introduccion del convoy en Vich. — Sorpresa de Granollers. — Acciones de S. Feliu del Piño y Breda. — Introduccion del convoy en Cardona. — Accion de Tordera. — Sorpresa de Pineda. — Defensa de Sta. Coloma de Farnés.

Desde principios de junio de 1822 tomara Milans el mando de los Italianos de Pacchierotti, de los voluntarios de Mataró y otros pueblos del contorno. Dirijióse al interior de Cataluña, y recojiendo de paso por Vich al batallon de tropas de línea mandado por el teniente coronel Pingarron, voló á atacar á Mosen Anton en Olost. La horda de este, que pasaba de mil doscientos hombres, fué completamente derrotada, y tuvo ciento y cincuenta individuos fuera de combate. Pronto siguieron á este

otros mas importantes triunfos. El 2 de julio salió Milans de Vich con trescientos hombres con direccion á Arbucias, pasando por S. Hilario. No rehecho todavía de su derrota, osó con todo atacarle Mosen Anton, pero fué nuevamente dispersado. Dejóse oir no obstante la campana de rebato: salian los paisanos como enjambre de las aldeas, y pronto ciñeron á la victoriosa columna un sinnúmero de somatenes. Lejos de arredrarse Milans, enfurecióse, cargó, arrolló cuanto se le opuso, y llegó el 4 á Hostalrich. Ningun obstáculo le impidió volver á Vich. Hizo el 18 una nueva salida; atacó mil cuatrocientos facciosos en las fuertes posiciones de Pujol y Gonet, y dispersólos. De vuelta á Vich, sin dar siquiera una hora de descanso á sus tropas, destacó una partida contra Mosen Anton, que desde el camino de Faradell se dirijiera á la ermita de S. Marcos, amenazando á Vich con dos cañones. Sostuvo Mosen Anton el primer avance, pero vióse por último en la precision de recurrir á la fu-

ga, despues de haber perdido parte de sus secuaces. Algun tiempo despues, quiso dar Milans un nuevo golpe; salió de noche en direccion á Palafurgell, donde esperaba sorprender á los facciosos. Entre uno y otro punto hay treinta y siete leguas, que anduvo en dos dias, y consiguió su objeto. Bajó despues á Granollers, donde destrozó á Malavilla. No podia con todo salir de Vich sin que fuese la poblacion amenazada; escaseábanle además municiones. Un convoy de estas estaba para llegar de Barcelona, y encargóse su introduccion á Milans. Batió este á los facciosos emboscados en Pla, la Calma y Coll Formich, y el convoy llegó salvo. Apenas socorrida Vich, tornó á verse amenazada la marina. Dirijiérase otra vez Malavilla sobre Granollers, apoyando Mosen Anton su movimiento. Á favor de una contramarcha, cae rápidamente Milans sobre aquel pueblo, destrozando cuanto se le opone: Mosen Anton vese en la precision de huir rapada por mitad la barba. Alcanzólos de nuevo en S. Fe-

liu del Piñó y Breda, y destrozólos.

Persecucion tan asídua calmó el espíritu revolucionario de la montaña: aprovechó el Jeneral la coyuntura para introducir en Cardona un convoy, como lo hiciera en Vich.

Interin lo practicaba, dirijíase Pacchierotti en busca de los facciosos en Tordera. Batiólos, pero por poco la victoria le cuesta la vida.

Emprende Milans nuevas escursiones. Sabedor de que permanecian en Pineda seiscientos rebeldes, sale al anochecer de Canet, toma, para engañar á los espías, contraria direccion de la que seguia; contramarcha en seguida, y llega al amanecer á la aldea en que dormian aun descuidadamente los facciosos. Indecible es su sorpresa; huye y dispérsase todo; ocúltanse estos en las casas, esotros sobre los tejados, y muchísimos se arrojan por las ventanas, hallando la muerte en las olas. Cayeron en su poder doscientos prisioneros, y el terror pánico acabó con los demás. Embarcáranse en livianos

esquifes; y no pudiendo estos soportar su peso, todo desapareció en el abismo de las aguas. Al llegar á Sta. Coloma de Farnés, fué á su vez atacado Milans: su posicion fué, durante algunos momentos, verdaderamente crítica; pudo no obstante rechazar por último al enemigo y derrotarle completamente. Debióse en parte este resultado al heroico desprendimiento de dos Italianos, el caballero Ceppi y el jóven Gaddi. Arrojáronse á ciegas contra el enemigo, y arrastraron tras sí con su ejemplo á la columna en peso. ¡Víctimas jenerosas! vuestros compañeros de infortunio no pronuncian jamás vuestros nombres sin derramar una lágrima de admiracion y ternura!

CAPITULO IX.

Toma de la Seo de Urjel por el Trapense, Romagosa y Miralles. — Accion de Tabuenca. — Aparicion de Eroles. — Instalacion de la Rejencia de Urjel.

Poco tardaron los rebeldes en volver á la carga. Multiplicábanse cada dia mas sus hordas, y dirijiéronse contra Vich, donde se estrellaron, y contra Cardona despues, donde les sucedió lo propio. Enfurecíanles sin embargo los descalabros.

El capítulo de la Seo tenia secretas relaciones con el baron de Eroles, y decidiérase este por fin á ponerse al frente de los rebeldes. Disfrazado en hábitos de sacerdote, introdújose en aquella poblacion, cuyo acceso es dificilísimo. A duras penas puédese acercar el cañon para abrir brecha en los fuertes que la defienden. Ofrecia en una palabra cuantas seguridades pudiesen desear los enemigos de las libertades pa-

trias. Hicieron pues un esfuerzo para apoderarse de los puntos que le dominan. No podian oponérseles grandes obstáculos, puesto que aquellos estaban únicamente defendidos por cincuenta y cinco soldados y cuatro artilleros. Lo mas que pudieron hacer las autoridades de Barcelona fué enviar al coronel Casas y al teniente coronel Comas, para apurar los medios de defensa que pudiesen subministrar los recursos locales. Dirijióse el primero á la Cerdaña, para inflamar á sus liberales habitantes, mientras permanecia el segundo en la plaza, en calidad de gobernador ó comandante de armas.

Aparecieron á poco los facciosos, acaudillados por el Trapense, por Romagosa y Miralles. Encerráronse en los fuertes los voluntarios: eran los sitiadores cinco mil, y no pasaban de ochenta los sitiados.

Sabedores de que corria riesgo la plaza, así el conde Linati, italiano propietario en Cerdaña, como el coronel Casas, procuraron por todos medios

reunir los constitucionales del nacimiento del Segre y los individuos del nuevo resguardo. Dirijiéronse con trescientos hombres escasos hácia la Seo, con designio de penetrar en los fuertes y forzar su guarnicion. Pero Calpe rehusó obrar de noche, y aun forzar la línea de los sitiadores, por manera que se limitó la espedicion á sorprender las avanzadas enemigas, matándoles unos veinte hombres. Cansadísimos y aterrados los defensores, sin esperanza además de socorro, consintieron en capitular. Prometiéronles bajo palabra de honor los rebeldes que no peligrarian su existencia, su libertad, ni sus bienes.

La guarnicion, confiada en la palabra de los sitiadores, abrió las puertas, pero á poco fué la capitulacion vilmente hollada. Cargóse con cadenas á los hombres, deshonróse á las mujeres, y ni aun los párvulos fueron devueltos á sus familias mas que á fuerza de oro.

Durante todo el tiempo de su cautiverio, varios propietarios acomodados, jente instruida, y aun majistrados, vié-

ronse en la precision de trabajar en las fortificaciones que hacian construir los rebeldes. Todavía mas; fueron fusilados, á instigacion de los canónigos, tres que marcaran estos por de opiniones liberales.

Protestaran Linati y Casas contra la conducta de Calpe, antes de replegarse sobre la Cerdaña, cuyo pais encontraron sumido en el abatimiento. Rehusando Linati la propuesta del cabildo de Urjel, de Romagosa y Miralles, que le daban el mando de la caballería, si abandonaba la causa de los constitucionales, vióse en la dura precision de emigrar á Francia. Casas, despues de haber escapado de inminentes riesgos, pudo por fin llegar á Vich, de donde pasó á Barcelona.

Era tan grande el desarrollo de las facciones, que de una en otra provincia empezaban á cruzarse sus hordas. Trasladáranse las de Navarra á Cataluña. Á su pasaje por Aragon, anduvo en persecucion suya el coronel Tabuenca, y seguíale la pista. Empero, reforzados los

Navarros con el Trapense y otros caballeillas, atacáronle con ímpetu. Era de ochocientos hombres la fuerza de aquel, cuando se vió de improviso cargado por mas de dos mil hombres. Pudo contenerlos durante muchas horas, mas el valor sucumbió por último al número, y le fué fuerza rendirse. Llovieron ultrajes sobre sus soldados, y él fué vilmente asesinado por un capitan navarro que le pasó con la espada.

Tamaño triunfo animó al baron de Eroles, para quitarse al fin la máscara, nombrarse á sí mismo capitan jeneral, y entrar en la Seo, donde le recibieron con vivísimas aclamaciones. En seguida de esta entrada triunfal, instalóse la rejencia bajo la presidencia de D. Bernardo Mozo Rozales, Marqués de Mataflorida.

CAPITULO X.

Nombramiento de Mina.

Sucediéranse muchos jefes en el mando de la provincia de Cataluña. Por

cierto que no habian empleado los medios que exijia la gravedad de las circunstancias, pero al menos habian manifestado toda la enerjía compatible con sus escasos recursos. Autoridades civiles y militares, soldados y voluntarios, todos rivalizaban en heroicos hechos, para poner en su oríjen un término á las reyertas intestinas: por desgracia podian mas que sus esfuerzos el oro y las sujestiones mas infames. La rebelion daba ajigantados pasos, y puede que hubiese tomado cuerpo en toda España, si, abriendo al fin los ojos las Cortes, no hubiesen buscado remedio para un mal que casi era ya incurable. Enviáronse nuevos refuerzos y jenerales á distintos puntos para ahogar el jérmen de las facciones, y destinóse al jeneral Mina para pacificar la Cataluña.

LIBRO SEGUNDO.

DESDE LA LLEGADA DEL JENERAL MINA Á CATALUÑA HASTA LA ENTRADA DE LOS FRANCESES EN ESPAÑA.

CAPITULO I.

Llegada de Mina. — Disposiciones tomadas en Calaf.

En 9 de setiembre de 1822, entró el jeneral Mina en Cataluña, á la cabeza de ochocientos infantes y doscientos setenta y cinco caballos, únicas fuerzas con que debia hacer frente á treinta y seis mil facciosos, organizados la mayor parte, dueños de muchos puntos fortificados, y protejidos por un sinnúmero de aldeas y desfiladeros. Sus recursos eran casi nulos además, puesto que las cartas de órden y letras de cambio que llevaba eran de difícil cobro.

La Rejencia de Urjel, por el contrario, libraba á la vista contra un capitalista de Paris. Nada pudo arredrar á Mina. Escribiera de antemano desde Zaragoza al gobierno, pintándole la verdadera situacion de Cataluña, y acabando en estos términos : « De hoy mas deberia renunciar al mando, pero acéptole gustoso en razon de lo espinoso que se presenta. »

Al dia siguiente tomó en Lérida el mando del ejército, que formaba un total de mil setecientos infantes y algunos centenares de caballos. El 13 empezó sus operaciones. Dirijióse primero á Cervera, inundada de facciosos: precedíale su fama, y no osaron aquellos aguardarle; Castellfullit era al parecer quien podria oponer mas resistencia. Fortificárale Romanillo y cubríalo Eroles con todo su ejército. Separábanos de él cortísima distancia, y mucho mas cuando estableció Mina su cuartel jeneral en Calaf, en razon de que desde este punto podia observar por un lado al enemigo, mientras aseguraba por otro

su comunicacion con la baja Cataluña. Conocia la importancia de tamaña posicion, y supo sacar de ella partido: hizo en cierto modo de Calaf el centro de rotacion de la máquina con que se proponia derribar á la rejencia, rechazándola al otro lado del Pirene.

Su primer cuidado fué organizar el ejército, observar el terreno y formar un plan de campaña. Envió á todos los puntos de Cataluña varios oficiales encargados de asegurarse de las fuerzas disponibles, de los recursos y dificultades que ofreciese el pais. Llamó á su lado á los jenerales Rotten y Manso. El jeneral Milans permaneció en Mataró, en razon de que su presencia era por aquel lado indispensable. Torrijos pasó á otra provincia, dejando en pos de sí la gloria que adquiriera y el sacrificio de su amor propio. Su division pasó sucesivamente del mando del jeneral Piquero al de los coroneles Miranda y Peon, sin que por ello dejase de permanecer siempre á las inmediatas órdenes del Jeneral en jefe.

De lo restante del ejército se formaron cuatro divisiones al mando de los jenerales Milans, Manso, Rotten y del coronel Gurrea. Componíase la division Milans de dos brigadas, una de ellas al mando de Lloberas. Ninguna de estas divisiones podia llamarse completa.

La índole del terreno sobre el cual debia maniobrarse, la especie de enemigos que era forzoso combatir, no admitian por cierto un jénero de guerra ordinario, y por lo mismo dirijióse el plan de campaña á arrojar del suelo español á cuantos facciosos no hubiesen aprovechado del indulto ni depuesto las armas. Lanzóse el Jeneral en jefe sobre el cuerpo principal del ejército de la fe, mandado en la alta Cataluña por el mismo Eroles.

Milans y Lloberas no daban tregua á los rebeldes, desde Barcelona hasta el Ampurdan. Rotten formaba la línea de comunicacion con ambos cuerpos, mientras impedia al enemigo que amenazase las retaguardias. Manso formaba la reserva con que imponia respeto al

enemigo en el campo de Tarragona. La division Gurrea por último quedó en el cuartel jeneral.

Tomadas estas disposiciones, dirijió todo su conato contra la grande conspiracion de estado que tenia ramificaciones echadas en Cataluña y las islas Baleares. Persiguiéronse sus corifeos, consultóse al Auditor de guerra del ejército; nombróse un fiscal jeneral, trasmitiéndole los cargos que obraban contra los acusados y mandándole abrirles causa. Encargóse la instruccion de estas al teniente coronel D. Antonio Gil, hombre de conocida probidad, doctor en derechos y abogado versadísimo en asuntos militares.

Si bien eran gravísimos tantos cargos, mucho mas penosa era nuestra situacion, atendida la falta de recursos pecuniarios. Iba á abrirse la campaña, y estaba vacía nuestra arca, cuando mas fondos eran necesarios para los sueldos, uniformes y alimentos del soldado. Ignorábase de qué medios podia uno valerse para acudir á todo. Convínose sin

embargo el intendente del ejército con las primeras autoridades de Barcelona para procurarnos los fondos necesarios para las primeras operaciones; y envió-senos artillería para empezar el sitio de Castell-Fullit.

CAPITULO II.

Sitio de Castell-Fullit.

Habia llegado ya la artillería: moviéronse simultaneamente todas las fuerzas de que podia disponer el Jeneral, y siguiendo distinto rumbo vinieron á encontrarse todas en las alturas de Castell-Fullit, en número de unos siete mil hombres de todas armas. No se trataba á buen seguro de la toma de una plaza de primer órden, únicamente deseábamos apoderarnos de un castillejo, en forma de paralelógramo, que se presentaba por tres lados defendido por torres moriscas que coronaban diversas alturas. La aldea, situada al pié de la colina, comunicaba á favor de un muro con la fortificacion central: no era cier-

tamente inexpugnable aquel recinto, pero presentábase ceñido por barrancos y abismos, y hasta cierto punto podia aparecer seguro.

Cuando nos presentámos delante de él, mandábale Romanillo, en razon de que Eroles se habia dirijido á las alturas de Torá para observar nuestros movimientos.

Apenas disparámos el primer cañonazo, conocímos ya que los defensores de Castell-Fullit distaban mucho de ser las hordas de Cervera.

No pudiendo acercarnos al fuerte sin apoderarnos primero de las torres, empezámos las operaciones atacando la que presentaba menos obstáculos y mas ventajas. Conmovímosla á favor de una pieza de artillería, y fué minada en seguida. Desplomárase el lienzo de muralla que coronaba la cumbre, reventando la misma mina, y sin embargo salian aun mortales tiros de las grietas que abrieran nuestras balas. Minámosla segunda vez, y desapareció la torre con sus defensores. No aterró á las demás

la suerte de la primera, antes dieron muestras de igual valor, hicieron no menor resistencia, y corrieron una misma suerte. Únicamente despues de seis dias de combate, viendo desmontados sus cañones, consumidas sus municiones y abiertas cien brechas, resolvió Romanillo evacuar la plaza. Favorecia su evasion el terreno, y lo practicó.

¿Cómo puede encontrarse el denuedo, de ordinario tan noble y jeneroso, en pechos bajos y serviles? La admiracion que nos infundiera el valor de aquellos defensores cambióse en otros sentimientos al ver los vestijios de inhumanidad que dejaran tras sí los infames. Al penetrar en la poblacion vímos una multitud de labriegos de todas edades, que, hacinados en el fondo de una iglesia, daban el último suspiro, sin embargo de que les obligaran á comprar con el oro su existencia: eran ricos labradores, á quienes, para robarlos con visos de justicia, los llamaron constitucionales.

Otro mas horroroso espectáculo nos

presentó uno de nuestros minadores. Como hubiese caido al pie de una torre sobre un monton de piedras, cayó en poder de los rebeldes, y fué cosido á puñaladas. Todas eran mortales, pero los bárbaros hicieron por modo de que le quedasen algunos dias de vida, para que así se prolongasen sus tormentos y agonías.

Tamañas atrocidades clamaban por un castigo, que por otros títulos merecia además aquel desgraciado pueblo. Ofreciérale el Jeneral en jefe un indulto; invitárale á que le abriese las puertas, y no una sola vez, sin que hubiese merecido satisfactoria respuesta. Dos ministros de guerra, en vez de serlo de paz, atizaban el fuego de la discordia, y llegaron á servir en las baterías rebeldes contra los constitucionales.

Con tales antecedentes bien creyó Mina ser justo el rigor. Érale fuerza imponer á los fanáticos, sosteniendo así el prestijio de su nombre. Por otra parte era Castell-Fullit una poblacion reducidísima, y podia con él ensayarse el

terror, sin que costase mucha sangre. Fué arrasado el pueblo, fusilados los dos sacerdotes, diezmada la poblacion que tomara las armas, elevándose en medio de los escombros un monumento con la inscripcion siguiente:

AQUÍ EXISTIÓ CASTELL-FULLIT:
PUEBLOS:
TOMAD EJEMPLO:
NO ABRIGUEIS Á LOS ENEMIGOS DE LA PATRIA.

No fué de consideracion la pérdida que tuvimos en el sitio: no obstante fueron heridos la mayor parte de los oficiales del estado mayor. De Mina, tres lo fueron asimismo, y mas que ninguno el capitan Fermin Nogués, que, mutilado ya, recibió aun tres heridas.

Concluida la espedicion, volvió con sus tropas á Calaf el Jeneral en jefe.

No existia ya Castell-Fullit, y si bien aisladamente no era nada este suceso, hirió no obstante la imajinacion de los labriegos, y su importancia moral debia

contribuir á la pacificacion del pais. Mina además habia podido apreciar en lo justo el valor de sus tropas.

CAPITULO III.

Accion de Torá. — Toma de Balaguer. — Accion de Artesa. — Envenenan el Estado mayor.

Así que llegó á Calaf, sabedor Mina de que campaba Eroles en los alrededores de Torá, dirijióse sin tardanza á su encuentro. Mandó á los cuerpos que debian seguirle salir de noche; el resultado fué desplomarse al amanecer sobre el enemigo y dispersarle.

Dar un fuerte golpe, he ahí el medio de acabar prontamente una guerra: prueba de ello lo que vímos. Acabábamos de abrir la campaña, y al primer trance podia decirse moralmente concluida.

Para consolarse de la pérdida de Castell-Fullit, echaban bravatas los rebeldes desde el fuerte de Balaguer. Baña

esta poblacion el Segre, ciñela un lienzo de antiquísima muralla, domínala una colina, y no podian por cierto dos malos cañones de hierro infundir tanta confianza á sus innobles defensores. Por otra parte está situada á pocas leguas de Lérida, sepárandola de esta ciudad buenos caminos que favorecen el transporte. Esta circunstancia hubiera debido hacerlos mas precavidos ó callados; contaban empero con mas fuerzas que las que componia su guarnicion, y buscaba su jactancia otros medios de seguridad.

Fuese sin embargo que deseasen ocultar su verdadero designio, ó ya que se alucinasen hasta un punto increible, ello es que anunciaban en alta voz decidida y tenaz resistencia. Envanecíanse de no temer á nadie, de sobrarles municiones, artillería y fuerzas para rechazar todo ataque: quiso convencerse de ello el jeneral Zorraquin. Aprovechó la coyuntura en que el Jeneral en jefe se adelantaba hácia una aldehuela no muy distante del enemigo, y dirijióse á Lé-

rida. Mandó hacer algunos caballetes para sostener un puente volante que pensaba echar al rio, frente por frente del cuartel jeneral. Hizo á su vez correr la voz de que iba á abrir brecha en Balaguer, tomándola por asalto: eran ya superfluas sus amenazas; apoderárase Mina de la plaza.

Tan duros y redoblados golpes aterraran á los facciosos, por manera que era ya dificil alcanzarlos, y mas aun hacerles aceptar el combate: indispensable fué recurrir para lograrlo á estratajemas.

Sabiendo Mina que se encontraba en Artesa una columna del ejército de Eroles, hizo adelantar á dos paisanos paraque hiciesen correr la voz de que el baron se acercaba al pueblo con la mayor parte de los suyos. Cayeron los rebeldes en el lazo, y recibiéronnos con repique jeneral de campanas, á los gritos de *¡viva el Rey absoluto! ¡muera la Constitucion!*

En órden de batalla hallábanse acampados los rebeldes en lo alto de una co-

lina, hasta cuya cumbre se prolonga la aldea. Dirijióse nuestra vanguardia hácia sus avanzadas, procurando afirmarlos en su error, mientras lo restante de la division, con la caballería al frente, desfilaba al pie de la colina por ambas orillas del pueblo. Para mejor asegurar el golpe, pidió uno de nuestros oficiales comunicacion con el jefe contrario. Poco tardó en dejarse ver un corpulento caballero con encarnado plumaje, cabalgando sobre pequeño caballo. Saludónos con un movimiento de cabeza, indicio mas bien de turbacion que de desconfianza, é iba á entablar su plática, cuando una descarga de nuestras alas dióle á conocer el riesgo que corria con los suyos. Volvió la rienda para ganar la montaña, pero cayeron en manos de Gurrea la mayor parte de sus tropas.

La division pasó la noche en la aldea. Al amanecer disponíase para salir, cuando se encontró con la novedad de no poderlo verificar el Estado mayor jeneral, á quien sirvieran vino envenenado

Afortunadamente bebieran muy poco, y á favor de un contraveneno tomado á tiempo, restableciéronse, y no tuvimos para que lamentar la menor pérdida.

CAPITULO IV.

Accion de Orcau. — Infamia de Misas. — Combate de la Puebla.

Aquellos hombres que desarrollaran en Castell-Fullit la bizarría de los defensores de Zaragoza no osaban ya hacer frente á Mina. En vano quiso animarlos Eroles, penetrando en la Conca de Tremp, pais donde viera la primera luz, y entusiasta por su causa: apenas habia puesto los pies en sus hogares, cuando le siguió de cerca el Jeneral en jefe. Sirviérale á este de faro una densísima humareda que se elevaba en las alturas de Orcau. Mandó adelantar sus tropas, y dió órden á un batallon de atacar á los facciosos por el flanco y de apoderarse del castillejo que ocupaban los enemigos en la cumbre de la

montaña. Acampó fuera del pueblo lo restante de la division: forzoso les fué á los rebeldes ceder y desocupar el castillo, siendo desde aquel momento dueños ya nosotros de Tremp. Al principio del ataque, un oficial del Estado mayor, autor de esta obra, despues de haber atravesado la poblacion, se encontraba cerca del castillo, cuando sufrió la descarga de una compañía entera de los constitucionales mismos que le tomaran por rebelde. Felizmente no fué herido siquiera, y fué de los primeros que penetraron en el fuerte.

Conservaba aun el baron de Eroles una especie de prestijio. Naciera en la Conca, y los habitantes de este distrito unian á su nombre ideas de profundidad y prepotencia que de todos modos nos era fuerza destruir. Preciso se hacia convencerlos de la impotencia de quien los traia revueltos. Arrasámos sus lares en Talarn, persuadidos de que caeria de su mismo peso que si tal hubiese sido su poderío, hubiérale empleado sin duda en defensa de su propiedad:

y no nos engañámos, segun mas tarde tuvimos ocasion de conocerlo.

Despues de la refriega de Torá, permaneciera algun tiempo en inaccion el baron de Eroles, hasta que el pundonor, las órdenes de la Rejencia y la osadía que le inspiraran algunas ventajas obtenidas en las posiciones de la Puebla, durante la guerra de la independencia, le decidieron á probar fortuna. Concentró todas las fuerzas de que podia disponer, y á favor de algunas piezas de artillería, dispúsose á hacernos frente. No tardámos en salirle al encuentro.

Nos habíamos puesto en marcha, cuando al acercarnos al pueblo N*** nos detuvo un incidente, en que acostumbra ser fecunda la guerra civil. Pudimos con él conocer á fondo á los que se proclamaban campeones de la fe.

En cuanto pasaba el Jeneral en jefe, salian á rendirle homenaje las corporaciones municipales. La de aquel pueblo, sabiendo que se acercaba nuestro digno Jefe, salió á su encuentro á una larga distancia. De improviso, al ver á

Mina, sepárase de sus colegas el alcalde que los presidia, y échase á los pies del Jeneral. En vano quiere dirijirle la palabra; tiemblan sus labios, cubre la palidez sus mejillas, y es su respiracion el resuello de un moribundo. Rodeámosle sumamente admirados, probámos de animarle, pero al volver en sí esclama: «¿Porqué, mi Jeneral, porqué no llegasteis ayer? á estas horas era yo el padre mas dichoso, hoy empero soy el mas desventurado!» Desea el Jeneral saber su cuita, mas por toda respuesta contéstale aquel con un torrente de lágrimas. Únicamente pudimos saber por sus colegas que Misas, al frente de doce aventureros, acababa de robarle su hija única, célebre por su beldad en todo el distrito.

Llegamos á la vista de Eroles. Ocupan sus tropas mas de media legua de estension sobre la alta sierra que arranca del ángulo formado por Flantisel y Pallaresa, sube despues al orijen de este, y corriendo la misma direccion de los Pirineos, constituye las célebres posi-

ciones de la Puebla. Trábase la lid. Óyese un fuego lejano: es Gurrea, quien con parte de la division ha atacado la estremidad de la ala derecha del enemigo, empeñando así el combate. Al principio no hace caso Eroles del ataque, pero vase este por momentos estendiendo y animándo en términos que se vió precisado á correr al socorro de sus tropas. Adviértelo el Jeneral en jefe, y destaca al momento un batallon que hostigue su ala izquierda y vaya imsensiblemente cayendo sobre su retaguardia. Miraba aun Eroles como falso el primer ataque, y así que oye el fuego del opuesto lado, diríjese hácia este punto con todas sus masas: nuevo é imperdonable yerro, puesto que debia siempre temer el ataque por el punto mas flaco. Lánzase sobre su centro lo restante de la division, y queda decidido para nosotros el triunfo.

Así fué como con inferiores fuerzas arrollámos á Eroles, no obstante sus escojidas posiciones, cosa, que si bien en sí facil, debia producir grande efecto

moral en la opinion pública. Constábanos que, solo ó casi solo Eroles en el mando, no podia dirijirlo todo, no podia encontrarse por do quier, y tratándose de una línea de estension considerable, no le era dable reparar las faltas ni dar impulso á las masas. Merced no obstante á su corta vista, á la calidad de sus indisciplinadas hordas y á las circunstancias antedichas, la victoria fué completa.

CAPITULO V.

Refriegas de Bellver y de Puigcerdá. — Espulsion de la Rejencia.

Por espacio de algunos dias dirijióse el baron de Eroles hácia las fuentes del Pallaresa: conociendo sin embargo que no le era posible rehacerse, y temiendo que iba á ser espulsado del territorio español, sin que pudiese poner á cubierto la Rejencia, pensó hacer una escursion por la parte del Segre, y movióse hácia la Cerdaña. Abriónos con

esto el camino de Urjel, única plaza que les quedaba á los rebeldes, si bien podia aun ser socorrida, puesto que Eroles podia por su medio prolongar una lucha que desde tantos meses traia revuelta la Cataluña. Forzoso era pues alejarle, y no perdonar medio hasta ver en completa dispersion sus bárbaras hordas. Nos dirijimos á Adrall, donde tuvimos noticias del enemigo, y desde este punto seguimos con tal rapidez nuestro movimiento, que nos encontrábamos ya en Montallat, mientras el enemigo nos creia aun en la Seo.

Á corta distancia de Montallat, y en lo alto de una loma que termina en escarpado declive por la parte de Bellver, quiere disputarnos el paso una columna de unos seiscientos hombres, apoyada por un escuadron de lanceros; rompe el fuego en cuanto alcanza á vernos, pero dispérsase en seguida. Intérnase la infantería en los bosques, y repliégase precipitadamente la caballería sobre Bellver.

Nos encontrábamos á una legua corta

de esta poblacion, donde iban reuniéndose los restos del ejército de Eroles. Adelántase nuestra caballería con el estado mayor al frente, por manera que entrámos nosotros en el pueblo mientras salian por el opuesto lado los rebeldes. Atacámoslos, destrozando su retaguardia y destruyendo el cuerpo de lanceros que pudimos alcanzar al ir vadeando el rio. Arrollámos en la llanura las tropas restantes, pudiendo á duras penas escaparse algunos centenares de esos desgraciados fujitivos, para llevar á Puigcerdá la nueva de su derrota.

Nos precipitámos en su persecucion, y al dia siguiente amanecimos delante de Puigcerdá, cuando lo abandonaran ya los facciosos. Tomaran posiciones, cargámoslos, pero en medio de suconsternacion y abatimiento, opusiéronnos únicamente debilísima resistencia, y declaráronse en fuga. La victoria nos costó poquísimo, y no le dábamos por lo mismo gran valía, pero sus efectos ofrecian un espectáculo harto degradante paraque no sintiésemos á su vista

una impresion vivísima. Vimos á esos orgullosos sectarios del despotismo entregar sumisamente las armas á los estranjeros, vímosles buscar un refujio en territorio francés, á manera de desgraciados sin patria. Contábase confundida entre los fujitivos la rejencia, y andaba errante el baron por las montañas.

La faccion era ya impotente. Acuérdome que no pudimos ver ya sin un sentimiento de compasion un grupo de rebeldes sobre la falda de una colina, desde la cual parecian lamentar su miseria. Los considerábamos no ya como enemigos, mas como compatriotas, como infelices que nos cedieran el campo de batalla. Nuestra conmocion abria campo á tristísimas reflexiones.

¿Qué piden los caudillos de esas hordas? qué se prometen sacrificando tantas víctimas? ¿Acaso la modificacion de unas instituciones que plantearon los Españoles todos mientras rechazaban los ejércitos de un invasor injusto? A qué empero seducir á los labriegos, á una jente ruda, cuyo voto es nulo en la

materia? Pretenden acaso conquistar por las armas la España? Qué infernal maquiavelismo les hace en este caso recurrir á la guerra civil, sanguinaria por todos aspectos y abominable? Sin duda alguna no es esta la vez primera que se ha tratado de aniquilar un pais para invadirlo. ¿Cómo sin embargo ha podido trasformarse el pueblo catalan, tan noble y laborioso, en acérrimo enemigo de la libertad? Cómo ha cundido tan rápidamente el fuego de la rebelion? ¿Acaso la ruina de la industria ha inflamado los ánimos? Esa jeneral ansiedad, esa disposicion á empuñar las armas, ese deseo de mudanzas, son claro indicio de una actividad desmedida, que, por falta de direccion, acabara por inundar la Cataluña en torrentes de sangre. Si aconteciese en adelante tamaña desolacion, no se culpe en manera alguna á las instituciones liberales, que harian opulenta á la España, si una funestísima influencia no paralizase sus efectos.

CAPITULO VI.

Operaciones de Manso. — Toma de Mora de Ebro. — Operaciones de Rotten. — Quema de S. Llorens dels Piteus. — Operaciones de Lloberas. — Acciones de Castellon de Ampurias y de Bañolas. — Operaciones de Milans — Prision del Obispo de Vich. — Arrojo de Pacchierotti.

Los Jenerales, á cuyas órdenes estaban las divisiones de nuestro ejército, habian eficazmente contribuido al lucimiento de la que corria al inmediato mando del Jeneral en jefe. Cumplieran igualmente todos su deber.

Manso, por ejemplo, encargado en el campo de Tarragona de imponer á los rebeldes, impidiendo á los de las provincias limítrofes penetrar en territorio catalan, llenó á satisfaccion su encargo. Hay quien le echase en cara haber procurado cubrir con un velo el fuego de la rebelion mas bien que estinguirle, haber obrado mas bien como político

que como militar: ¿qué importa empero? Como quiera reinó la paz en la parte de Cataluña que le estaba confiada. La toma de Mora de Ebro nos dará una idea de su táctica.

Atrincherárase en Mora de Ebro un numeroso cuerpo de rebeldes, contra quien se dirijió Manso con parte de su division, mientras por otro lado caia sobre ellos una columna procedente de Valencia con dos piezas de artillería. Como hubiese ya el brigadier Vigo vadeado el rio con un batallon, dispuso el Jeneral sus tropas y empeñó el combate. Al dia siguiente asómase á la azotea de una casa que domina las murallas de aquella poblacion, y desde este punto arenga á los facciosos. Los jefes contrarios ruegan y amenazan á sus secuaces paraque no le escuchen: pero cáenseles á estos las armas de la mano, y sigue Manso haciéndoles sentir las funestas consecuencias de las guerras intestinas. Recuérdales los servicios que les debe y los que á él le debieran en la lucha de la independencia, y conjúrales para-

que de ningun modo derramen sangre catalana. Logra hasta tal punto persuadirles, que la facion en peso, que contara mas de dos mil hombres, se precipita fuera de las murallas y se arroja á sus pies. Aun exijió mas el Jeneral; recibiólos friamente, diciéndoles que nada habian hecho sino entregaban sus caudillos. Vuelven al fuerte los rebeldes, pero prevenidos aquellos, hábianse fugado ya, encerrándose en la torre de la Iglesia. Forzoso les fué sin embargo capitular, é indultólos á todos indistintamente Manso.

Corriera en singular contraste el carácter de este jeneral con el de Rotten; quien, por opuestos medios, llegó á obtener lo propio. Franco y decidido, contuvo con vigoroso brazo las rebeliones del centro de Cataluña. Los facciosos de la alta montaña creyeron tener un punto de reunion en S. Llorens dels Piteus: dispersólos por primera vez, mas como siguiesen en sus trece; redujo á cenizas la aldea. Bastó este castigo para no ver mas facciosos en el distrito.

En Castellon de Ampurias encontró y batió Lloberas nuevos enemigos: la infantería de estos aparecia mandada por un desertor y la caballería por un oficial francés retirado, componiéndose toda la columna de aventureros de entrambas naciones.

Hostigábanle frecuentemente Misas y mosen Anton, quien no obedecia á Eroles mas que cuando lo juzgaba oportuno. Encontrólos Lloberas en Bañolas, y apesar de que se hallaba con solo ochocientos hombres contra tres mil, atacólos y llegó á derrotarlos.

Desde el principio de la insurreccion hasta la llegada de Mina obrara Milans conforme le parecia: no tardó sin embargo en darnos á conocer que era muy digno de mandar, puesto que sabia obedecer.

Interin permaneciera en Calaf el Jeneral en jefe, habíanle remitido las autoridades de Barcelona una denuncia de Pablo Quimbert, que señalaba los móviles de las revueltas de Cataluña. Conocíalos muy bien este individuo,

puesto que por algun tiempo estuviera iniciado en sus secretos: produjo por lo mismo pruebas que apoyaban los cargos que de antemano reunieran las municipalidades constitucionales, los tribunales de primera instancia y los secretarios de los jefes políticos. Atendido todo, no pudo menos el Jeneral en jefe de poner á los acusados á disposicion del tribunal. Entre aquellos nombrábase al ilustrísimo Strauch, Obispo de Vich, y encargósele al jeneral Milans su prision y conduccion á Barcelona. No discutió este jefe la naturaleza de la órden que se le daba, como ni tampoco la dificultad de cumplirla: únicamente pensó en obedecer. Salió con tal intento de Granollers, y pasando por S. Celoni, llegó á Sta. Coloma de Farnés. Lo que parece increible, tratándose de tan secreta como delicada espedicion, es que hubiesen penetrado los facciosos su objeto, como lo prueba la vigorosa y sostenida resistencia que opusieron á Milans desde Sta. Coloma hasta el término de su viaje. Hostigáronle sin cesar du-

rante treinta y seis horas, empero viendo que les era imposible detenerle, corrieron á situarse en un desfiladero por el que debia pasar, obstruyéndole hasta hacerle inatacable. Nada contuvo á Milans, quien, á favor de una contramarcha, se dirijió por otro camino á Vich, donde llegó á las dos de la tarde. Al dia siguiente viéronse las colinas que ciñen la ciudad cubiertas por las hordas de Misas y mosen Anton. Sáleles el Jeneral al encuentro, pero no le aguardan los rebeldes: únicamente le hacen frente dos compañías escojidas de Misas; entretiénelas Milans con el fuego de sus guerrillas, interin las rodea la caballería. Tomadas sus disposiciones, y habiéndoles cortado la retaguardia, atácalos de frente y los derrota: cuanto escapara de las bayonetas hubiera encontrado la muerte bajo el choque de la caballería, si hubiese el terreno favorecido el juego de esta arma. Unicamente la noche y los barrancos pudieron salvar algunos dispersos que se internaron en los bosques.

Los que hayan probado la emigracion y sepan cuán amarga se le hace la existencia al hombre sin patria, no se admirarán de que estallasen á veces pequeñas disensiones entre los Italianos que se vieran precisados á huir de sus lares y que peleaban en Cataluña por la causa de los libres. En esta época hubo ente ellos un vivísimo altercado.

Enardeciérale mas que nunca á Pacchierotti la herida que habia recibido; pero debia á la proscripcion algunos arranques de mal humor, y si en estos momentos llegaban á contradecirle, enfurecíase y usaba el lenguaje de jefe, abandonando el dulcísimo de compañero de infortunio. Como los SS. Gambolo y Frascini no hubiesen en cierta ocasion cumplido exactamente sus disposiciones, reprendióles tan ásperamente, que no pudieron menos de recordarle que si bien eran soldados suyos, no ignoraba sin embargo que fueran oficiales tan antiguos como él, y que no sufririan se les perdiese el miramiento que mútuamente se debian.

Sobrado ardiente Pacchierotti, toma esta respuesta por un acto de insubordinacion, y despídelos del cuerpo. Retíranse estos y preséntanse al Jeneral Milans, quien, juzgando del hecho á sangre fria, aprueba su conducta, dando órden al caballero Brescia, segundo comandante de los Italianos, paraque los recibiese en su compañía, que, si bien corria bajo la direccion del mismo jefe, era en cierto modo independiente de la otra. Dócil Brescia y amante además de la buena armonía entre los Italianos, enséñale á Pacchierotti la órden que ha recibido, y muévele á una reconciliacion entre los dos voluntarios. Exaspérale esto mas á ese fogoso caudillo, quien hace alinear sus soldados, participales la órden del Jeneral, quéjase de que sea desconocida y atropellada su autoridad; en una palabra, persuade á sus tropas á que tomen por suyo el agravio hecho al jefe. Llega en este momento Brescia, é inflámanse al verle los parciales de Pacchierotti: amenánzanle con sus miradas, con dicterios,

y hasta quieren adelantarse á mas. Acude el Jeneral, sin poder empero apaciguar el desórden. Empezaba sin embargo á persuadir á la obcecada muchedumbre, cuando por uno de aquellos arranques que podrian llamarse característicos de la nacion que baña el Po, esclama Pacchierotti: «¡Todo Italiano sígame!» Siguiéronle todos hasta Barcelona, escepto la compañía de Brescia.

Pululaban tambien en Vich mil disensiones, aplaudiendo unos y clamando otros contra la prision del obispo. Hasta la autoridad civil dejó de correr en armonía con las fuerzas militares: nadie se entendia, pero llegó con todo el Jeneral á vencer la oposicion. Salió de la ciudad el obispo en hábito de simple relijioso, y siguió la division. La faccion se puso toda en movimiento; mas de antemano juzgara ya Milans conveniente tomar sus medidas para impedir un golpe de mano. Antes de salir de la plaza publicó un pregon, en que amenazaba á los fautores de toda agresion ó intentona, diciéndoles que

el primer tiro disparado contra sus soldados seria el decreto de muerte para el prelado. Este aviso produjo su efecto, puesto que sin estorbo llegó este al dia siguiente á Barcelona, donde fué encerrado en la Ciudadela.

CAPITULO VII.

Entrada en Puigcerdá. — Toma de Urjel. — Espedicion de Bagá. — Sigue la causa contra el Obispo de Vich.

Despues de una escursion hasta Liria, volvímos á Puigcerdá. ¡Cuán dulce es despues de una escena de tristeza hallarse sorprendido con otra agradable y bellísima! ¡Qué contraste entre los desgraciados que por la mañana huian de nosotros, y los risueños semblantes que por la tarde nos ceñian! Resonaran por los aires gritos de júbilo, y unia la música sus armoniosos acentos á los cánticos de los habitantes: sublímase el alma, inflámase el corazon, y cede cada cual al entusiasmo

que le arrebata. Disipa las tinieblas una iluminacion espontánea; todo es bullicio, bailan en esta plaza, cantan en esotra, y pásase la noche entre las aclamaciones y regocijos.

Tomó en 4 de diciembre Mina el camino de la Seo de Urjel, y puso su cuartel jeneral en Arfá, corta aldea situada á la orilla izquierda del Segre, á una milla de distancia del último fuerte, que conservaban los facciosos, y que debíamos ganar á toda costa. El jeneral Zorraquin y el comandante jeneral Gurréa atacan la ciudad en la noche del 7 al 8, y se apoderan de ella antes del medio dia; empero anocheciera apenas cuando volvieron los facciosos á la carga. Rompe el fuego la artillería, atácanos la infantería, y empéñase el combate hasta bien entrada la noche. El autor de esta obra, por órden del jeneral Zorraquin, se puso al frente de dos compañías de cazadores para dirijirlas contra el enemigo, pero una repentina descarga derriba á la mayor parte. Corre Gurrea á escape, y cargan-

do con la responsabilidad de cambiar las disposiciones del Jefe del Estado mayor jeneral, logra librar de la muerte á los restantes.

No obstante la oposicion de Romagosa, situóse Zorraquin en el palacio del Obispo, donde permaneció hasta concluido el sitio, es decir, sesenta y cuatro dias.

En cuanto se apoderara de Urjel, tornó el Jeneral en jefe á la Cerdaña, á la cabeza de una columna, que, entre caballería é infantería, no pasaba de quinientos ochenta hombres. Estableció su cuartel jeneral en Bellver, y consiguió con su corta division imponer respeto á los facciosos de la baja Cataluña que se disponian á hacer levantar el sitio del fuerte de Urjel.

Hiciera la nieve impracticables los caminos, y casi llegaban á faltarles municiones á los sitiadores, lo que podia traer funestísimos resultados. Resolvió por lo mismo el Jeneral en jefe hacer un estraordinario esfuerzo. Dió órden al Jeneral Rotten de reunir cuantas mu-

niciones pudiese para las urjencias del sitio, abriéndose paso para conducirlas hasta la mitad del camino entre Bagá y Bellver. Toma el dia señalado sesenta soldados escojidos y cuarenta paisanos, y con sus edecanes se dirije á su encuentro. Trepa por riscos casi inaccesibles, y pisando siempre nieve, y arrostrando la intemperie y los peligros, entra de nuevo en Bellver con su convoy.

El espíritu belicoso de Mina iba seguido siempre del de justicia. En esta entrevista volvió á Rotten la sumaria del Obispo de Vich. Esta pieza, que era ya la quincuajésima de la conspiracion, habia sido remitida al cuartel jeneral, con informacion estensa del fiscal de la causa, quien opinaba pertenecer su conocimiento al supremo tribunal de justicia, muy al contrario del auditor jeneral de guerra, el Sr. Saez Castellano, cuyo parecer era de que tocaba al consejo de guerra. Despues de haber pesado los cargos y espuesto su opinion, remitió este á Mina los documentos oficiales,

diciéndole: «exijir el honor que no obrasen á ciegas en tal asunto. Muchísimos tendrian interés en censurar nuestra conducta, como lo prueban hasta el estremo los documentos que acompaño.» Para activar el curso de la causa y asegurarla á la vez, no podia Mina ponerla en mejores manos que en las de Rotten, quien á poco la remitió á las autoridades de Barcelona.

Estaba adelantado el sitio, y no se hacia ya tan necesaria en Cerdaña la presencia del Jeneral en jefe. Trasladóse en consecuencia el cuartel jeneral á Adrall, pequeña aldea no muy distante de la Seo.

CAPITULO VIII.

Sorprenden á Camprubí en la Puebla de Lillet. — Prision de Blasi. — Sorpresa de un convoy en Oliana. — Horrores de los rebeldes contra mujeres. — Sorpresa y muerte de Miralles.

Constituia la juventud de Cerdaña lo mas escojido de las guerrillas que se-

cundaban los movimientos del ejército. Andaba repartida en dos pequeños cuerpos, uno de ellos á las órdenes del conde Linati, y otro á las del capitan Camprubí. Encontrábase este en la Puebla de Lillet, cuando fué sorprendido por una banda facciosa de triplicadas fuerzas, conducida por Mosen Ramo, sacerdote montañés. No pudiendo resistir en la llanura, enciérrase Camprubí en la iglesia, y defiéndese vigorosamente. Enfurecidos los rebeldes, viendo á un puñado de liberales burlar sus esfuerzos, pegan fuego á algunas casas contiguas al templo y aglomeran leña de todas partes para dar mas pábulo á las llamas: casi ahogados por el humo, defiéndense aun los sitiados. Apodéranse al fin las llamas de la puerta del templo, y Camprubí se ve precisado á rendirse. Algunos muertos, algunos heridos, y como unos cien prisioneros, no eran por cierto una pérdida muy considerable para un ejército, tanto menos, habiendo logrado escaparse algunos y alcanzado además su libertad Campru-

bí, merced á cien onzas de oro. Mas la abominable atrocidad de los facciosos suplió al estrago de la lucha. Atados en cuerda noventa jóvenes, esperanza y gloria de la Cerdaña, fueron conducidos al borde de un abismo..... y de allí precipitados!!!

No ignoraba el jeneral Zorraquin que apesar de toda su vijilancia introducíanse, en la oscuridad de la noche, algunos víveres en el fuerte de Urjel, procedentes del valle de Andorra. Quien cuidaba de su conduccion era un tal *Blasi de Castelbó*, ajente del baron de Eroles, que se estableciera en aquel valle como pais neutral y punto intermedio entre Francia y Cataluña. Desde este punto recibia socorros, y enviábalos á los sitiados. Encontrábase en Orgañá otro quidam llamado Eroles, sin ser pariente del Baron, pero que era reputado por el aventurero mas decidido y osado del distrito de Urjel. Mandóle á llamar Zorraquin, preguntándole si se juzgaba capaz de ir á prender á Blasi y trasladarle á Urjel. Tenia Blasi

fama de valiente, y vivia con un hermano suyo que no le iba en zaga: ni les faltaban armas de toda especie, motivo por el cual debíase esperar de ellos vivísima resistencia. No lo ignoraba Eroles, y aceptó por lo mismo mas gustoso el encargo. Púsose en marcha con su guerrilla, compuesta de unos veinte hombres, y siguiendo por atajos su camino, llegó á Andorra sin ser de nadie descubierto. Amanecia apenas. Coloca algunos de los suyos en las avenidas de las calles, para que nadie ponga obstáculo á sus planes; coje una escalera de mano, penetra por una ventana en la habitacion de Blasi, recibe en el sombrero un balazo, precipítase al aposento, echa á rodar á uno de los dos hermanos, hace rendir al otro presentándole la punta de su espada, y ved ya á los Blasi siguiendo el camino de Urjel.

Nos encontrábamos ya en lo mas duro del invierno y en medio del pais mas frio de España, sin que los soldados tuviesen otra ropa que la del verano, y

esta en malísimo estado. Nuestros recursos, sino se hallaban agotados, eran debidos al patriotismo de las grandes poblaciones: á fuerza de instancias pudo obtener el Jeneral en jefe un cuantioso convoy de uniformes de toda especie remitido de Barcelona. Hallábase á dos jornadas cortas del cuartel jeneral, cuando supimos que al salir de Oliana cayó en manos de los rebeldes. La tropa que lo escoltaba cumplió con su deber, empero era cortísimo su número para resistir al choque. Ejecutara el golpe de mano el cabecilla Miralles, de quien no se hablaba desde la llegada de Mina que habia dispersado su horda. Costóle sin embargo poco, atendido su influjo, reunir bastante jente con que abrumar á algunas compañías que protejian la marcha del convoy.

Tristísimo es para la humanidad observar que casi todas las correrías de los facciosos eran seguidas de acciones sobrado viles para no manchar con feo borron todo su denuedo personal. Seguian el convoy muchas señoras de los

oficiales del ejército: no se contentaron aquellos viles con ultrajarlas de distintos modos; diéronles además una muerte horrorosa que el alma repugna contar.

No podian quedar impunes tamaños desacatos. Envanecido Miralles por su triunfo, pensó alcanzar otros nuevos, y llegó á apoderarse de Cervera. Creíase ya invencible, cuando se desplomó sobre su cabeza el rayo de la venganza. Fué sorprendido por nuestra caballería en los alrededores de la misma ciudad, y murió á manos de un dragon, espiando así sus enormes crímenes.

CAPITULO IX.

Sigue la sumaria del Obispo de Vich. — Toma del fuerte de Urjel.

Mientras continuaba el sitio de Urjel, tomara el Jeneral en jefe sus medidas para remediar la pérdida del convoy, aguardando únicamente la caida de aquel fuerte para desenvolver en mas

dilatado campo sus planes. En esto volvió otra vez á sus manos la sumaria del obispo de Vich, quien, al saber la resolucion del auditor jeneral, pidió que el conocimiento de su causa corriese á cargo del Tribunal supremo de Justicia, añadiendo además que, á ser desatendida su demanda, protestaba desde aquel momento. Insistió el auditor; empero para dar una prueba de que no obraba por obstinacion, indicó á la vez que seria bueno dirijirse á las Cortes para saber la marcha que podria seguirse, y qué ley marcial del 17 de abril seria aplicable al caso; si la que hablaba de las infracciones de la Constitucion, ó bien la que señalaba la instruccion de las causas que podian llamarse de Estado. Deseaba el Jeneral en jefe que el conocimiento de la sumaria compitiese al supremo tribunal de justicia, y remitióla de nuevo al Auditor, pero aun insistió este en pedir de las Cortes una declaracion sobre el particular. Tal diverjencia de opiniones entre el Jeneral en jefe y el Auditor del ejército en tan

delicada materia suscitó entre ellos cierta frialdad, por manera que el segundo escribió al primero que podria muy bien consultar á quien mas le pluguiese, pero que en caso de diferir de su modo de pensar el de los demás, no podria menos de dirijirse al supremo tribunal de guerra y marina paraque decidiese en la materia.

Mina abraza sobrado estenso horizonte para descender á escolásticas discusiones. No contestó al Auditor. ¿Qué respuesta además podia dar, cuando opinaba el fiscal conforme á sus intenciones, y sin embargo se obstinaba aquel en seguir otro rumbo, cabalmente cuando la causa debia decidirse con prontitud, segun lo exijian las circunstancias? No se crea sin embargo que tratemos de afear el caracter del noble Sr. Saez Castellano. Tuvimos por lo contrario ocasion de admirarle, hace poco tiempo en Veracruz, donde, conservando toda su enerjía en la desgracia, buscaba con qué ganar honradamente su subsistencia, aguardando el dia en que luciese

para su patria la aurora de la libertad.

Truena el cañon por la parte de Urjel: es ya nuestro el fuerte; no siendo los tiros que acaban de oirse mas que una estratajema de Romagosa, quien al momento de su evasion hizo colocar mechas encendidas en cinco piezas de artillería paraque estallasen cuando ya se encontrase él á larga distancia de la plaza. Creia sin duda que no tenian ojos nuestros guerreros, pero no obstante la oscuridad de la noche, fué descubierta su vanguardia al entrar en la llanura, por manera que si le dejaron libre el paso solo fué en cumplimiento del antiguo adajio: *Al enemigo que huye puente de plata.* Apenas empero acababan de desfilar, cuando cayó sobre ellos Gurrea, arrollando su retaguardia y persiguiéndoles hasta arrojarlos en territorio francés, con pérdida de ochocientos hombres, doscientos de ellos prisioneros.

La órden que dió el Jeneral Zorraquin á las tropas que reemplazaron á los facciosos fué la de respetar á los habi-

tantes de Castel-Ciudad, pequeña aldea situada entre el pueblo y la ciudadela, amenazando con severísimo castigo á quien se propasase contra las mujeres. Encontrámos en estremo sucio lo interior del fuerte, pero no salimos de él sin exhalar un suspiro en favor de la humanidad doliente. Componíase su hospital de dos pesebres, y no eran las camas otra cosa que un puñado de paja. En medio del sentimiento que nos causaran los jemidos de algunos, consolábannos no poco las bendiciones que nos prodigaran otros: eran unos desgraciados á quienes habíamos cortado la retirada al fuerte en una salida que hicieran, y que prefirieron antes que rendir las armas sepultarse en la nieve, de donde salieron con los pies helados. Conmovido por su infeliz suerte el Jeneral Zorraquin, habíales permitido volver al fuerte, donde fueron tratados inhumanamente por sus mismos camaradas.

Si se atiende al rigor de la estacion, al estado de desnudez en que podria

decirse que se encontraban nuestras tropas, á las fuerzas de los sitiados, que igualaban por lo menos á las nuestras, y á las piezas de artillería con que podian defenderse, sin que pudiésemos nosotros oponerles ninguna, preciso será confesar que no sin gloria penetrámos en la ciudadela.

CAPITULO X.

Escursion de Mina hácia Barcelona. — Acciones de Calella y Areñs de mar. — Ataque de Granollers. — Sorpresas de Olot y Verges. — Expulsion total de la faccion. — Revista jeneral en Figueras.

Así que se vió Mina en posesion del fuerte de Urjel dirijióse á Barcelona, donde llegó el 10 de febrero de 1823. Dióse prisa en reunir algunos fondos indispensables, y el 15 estaba ya de vuelta en Cervera.

No permanecieran por cierto en inaccion los demás jenerales, interin ocupara el sitio de Urjel al Jeneral en jefe.

En 21 de diciembre sostuvo la division de Milans una accion reñidísima entre Calella y Areñs de mar, en la cual pudo el temerario esfuerzo del mayor Ferrero acarrear la pérdida de todos los italianos que peleaban á sus órdenes. Merced al movimiento del mayor Brescia que aquel impelió, no permitiendole en cierto modo adelantarse, vióse á poco ceñido por tres mil hombres. Sus soldados sin embargo dieron muestra de un valor admirable, sosteniendo un vivísimo fuego desde las nueve de la mañana hasta la noche, á cuya hora entró en Areñs. De nuevo fué atacado al amanecer por cinco mil facciosos, á las órdenes de Misas y Mosen Anton, pudiendo á duras penas defenderse á favor de dos casas fortificadas á la entrada de la poblacion por la parte de Barcelona.

Ocuparan frecuentemente los facciosos á Granollers, donde acostumbraban reunirse en gran número. El coronel Costa y el jeneral Butron, jefe político de Barcelona, resolvieron aprovechar

la coyuntura para apoderarse de aquella villa. Combinado su plan, adelántanse los de Costa con los Italianos que Pacchierotti condujera desde Vich, quienes, vadeando un rio casi helado, caen de improviso sobre la poblacion, destrozan cuanto se les opone, ahuyentando á los enemigos que van á tomar posiciones en las cercanas lomas. Desalójanlos aun Costa y Pacchierotti. Butron, que se dirijiera á Car de Deu para cortarles la retirada, debia cooperar con un movimiento simultáneo para cojerlos entre dos fuegos. Tardó en hacerlo, creyendo así lograr mas completo triunfo, pero llegó ya cuando todo estaba concluido.

Destinara la Diputacion provincial de Barcelona un sable de honor al batallon de Italianos, y cupo en esta refriega al valiente ex-ayudante mayor Sormani, á quien estropeó el enemigo un brazo al entrar en Granollers.

No es para pasarse en silencio el golpe de mano que dió en Olot el jeneral Milans á Misas y Mosen Anton, que se

apoderaran de dicha poblacion, de la cual los desalojó con mucha pérdida.

No trascurriera un mes desde esta accion, cuando aquel infatigable Jefe, en union con Lloberas, llevó á cabo otra mas brillante sorpresa. Cayó sobre Verges, arrolló á los facciosos, mató cincuenta, é hizo prisioneros seiscientos, entre estos el coronel Antonio Coll, que fué conducido á Barcelona y allí fusilado.

Era Cervera un punto central que se prestaba mas que ningun otro á favorecer las comunicaciones entre los distintos cuerpos, y prefirióle por lo mismo el Jeneral en jefe para combinar un jeneral movimiento que definitivamente arrojase de Cataluña á los rebeldes. Tomaron sus distintas direcciones las tropas, pero por do quier huian de ellas los facciosos. Formóse á poco una línea, que, cojiendo desde Camprodon hasta Figueras, les cortó la retirada, obligándoles á abandonar el territorio español. Penetraron todos los facciosos en Francia el 17 de marzo de 1823.

La rebelion habia sucumbido, y dirijióse el ejército á Figueras, en cuyo punto le pasó revista el Jeneral en jefe. Felicitó á los cuerpos por su valor, constancia y heroico desprendimiento, y al llegar á los Italianos: « Valientes camaradas, les dijo, sois dignos de mejor suerte. » En efecto, veíanse entre las filas de los soldados de caballería á los jenerales Regis y Ansaldi.

CAPITULO XI.

Refuerzos contra Mequinenza. — Libértase Peñiscola. — Accion de la huerta de Fabre. — Retirada de Bazan.

Nada hubiera sido mas grato para el ejército de Cataluña que volar al socorro de las demás provincias, despues de haber pacificado el foco de la insurreccion; las circunstancias empero no se lo permitieron, si bien le dejaron secundar algunas operaciones. Dirijióse Gurrea con su division á reforzar la que sitiaba á Mequinenza, mientras

que una parte de la de Manso voló á apoyar los movimientos del coronel Bazan en el reino de Valencia.

Entre los servicios que prestó fuera de los límites de su territorio, señalarémos el que le debe Peñíscola. Amenazaban esta plaza numerosas hordas facciosas que anhelaban apoderarse de ella, sin que les pudiese oponer ninguna fuerza. Ballesteros estaba lejos, y era en verdad inminente el riesgo: salvóla empero Van-Halen, jefe del Estado mayor de la division de Manso. Envió desde Tarragona dos barcas cañoneras con refuerzos para la guarnicion; pasó en seguida á Mora de Ebro, destacó parte de su caballería, y trasladóse en barcas á Peñíscola en menos de veinte y cuatro horas. Este socorro y los refuerzos que llegaban además por tierra y por mar, hicieron tan viva impresion en el ánimo de los enemigos, que desaparecieron, abandonando su empresa. El autor de la insurreccion, que podia acaso comprometer la plaza, era un fraile franciscano que pasaba las veladas en ter-

tulia con el Gobernador, y que pudo escaparse así que vió descubiertas sus tramas.

La columna de Bazan, que de hecho no era mas que una ala de nuestro ejército, acababa de ser reforzada por un batallon de migueletes de la division de Manso, reuniendo con esto mil infantes y ciento y sesenta caballos, quienes se dirijieron desde Nules sobre Almenara. Tres mil facciosos, á quienes envanecieran algunas ventajas obtenidas en esta provincia, salieron de Murviedro, y presentáronles batalla, sostenidos con un cañon de á ocho. Trabóse la refriega en el paraje donde se cruzan los caminos de Murviedro y Canet, al otro lado de Almenara, lugar conocido con el nombre de la Huerta de Fabre. Mas á los primeros tiros, conociendo los facciosos su imprudencia en bajar al llano, desordénanse y dispérsanse, dando á Bazan completísima victoria. Doscientos treinta de aquellos caribes quedan en el campo ó son hechos prisioneros.

Sin embargo, unidos los fujitivos con otras dos facciones procedentes de Cuenca y Segorbe, atacan á Bazan, y oblíganle á replegarse sobre Vinaroz, por manera que queda en descubierto Valencia. Pide Van-Halen permiso para hacer en favor de la capital lo que practicara por otra plaza que inspiraba menos interés; pero habíase cargado de nuevo el horizonte político, y corria la Cataluña peligros tales que reclamaban el empleo de todas sus fuerzas.

LIBRO TERCERO.

DESDE LA ENTRADA DE LOS FRANCESES HASTA LA CATASTROFE DE NURIA.

CAPITULO I.

Preparativos para la segunda campaña.

Respiraba la Cataluña. Destrozadas las facciones, cesaran las operaciones militares. Desterrada desde mucho tiempo la paz de aquel bellísimo pais, renacia ya animando la poblacion laboriosa. Volvia el artesano á su taller, el comerciante á sus negocios, y el labrador á sus campos, bendiciendo todos el impulso rejenerador, el nuevo órden de cosas: sonreíanse todos mirando un porvenir halagüeño, y solo Mina vislumbraba la nueva tempestad que iba á estallar sobre nosotros.

Entreveia una guerra mas grave, una lucha mas seria que la pasada; desgraciadamente no tardaron en realizarse sus presentimientos, pero no por eso se amortiguó su enerjía, antes se preparó á rechazar la agresion. Visitó algunas plazas de Cataluña, mandó evacuar Jerona que necesitaba grandes reparos y se encontraba sin víveres ni artillería, y plantó su cuartel jeneral en Vich, cuya ciudad, segun eran las medidas adoptadas, debia ser otra Calaf: paralizólo empero todo la repentina irrupcion de los Franceses. Ya no eran las mismas que antes las circunstancias, puesto que la guerra civil habia dejado en esqueleto la Cataluña, por manera que al cabo de consecutivos triunfos, encontrábase nuestro ejército en situacion mas dificil que al abrirse la campaña. Ganáramos á buen seguro reputacion, pero encontrábanse vacías nuestras arcas. Si hubiéramos llevado la guerra á un pais estranjero, podíamos decir con el gran Federico: « El hierro ha de ganarnos oro. » Pero en las

divisiones intestinas, cuando ha sucumbido uno de los dos bandos, ¿contra quién podrá el vencedor volver la espada?

Do quier que tendiésemos la vista no descubríamos mas que objetos los mas sagrados para todos. No se acuse sin embargo á los Españoles de falta de pujanza y enerjía para posponer á privados afectos las urjentes necesidades de la Patria; no le ha faltado su Rostopschin al pais de los Guzmanes y Alvarez. La guerra actual con todo era una lucha de principios, sobrado filosófica de consiguiente, para seguir el sistema adoptado en la de la independencia

Para mejor juzgar los hechos, necesario se hace conocer las causas: permítasenos pues esponer las necesidades que nos aquejaban, dar una idea del estado de las plazas, del ejército y de nuestros fondos. Conviene mucho apreciar en lo justo la verdadera situacion de Mina en la época de que hablamos, antes de entrar en el pormenor de sus operaciones militares.

CAPITULO II.

Reseña de las principales plazas de Cataluña en 1°. de abril de 1823. — Descripcion de Barcelona, Figueras, Lérida, Tarragona, Cardona, Urjel, Tortosa y Hostalrich. — Razon por la cual no se habla de Mora de Ebro ni de Mequinenza.

Cataluña, pais montañoso y poblado de hombres robustos y belicosos, no deberia tener plazas fuertes mas que á la orilla del mar, puesto que bastarian para su defensa: fuera de estas, cuenta con todo otras que son otros tantos baluartes contra los enemigos que la ataquen del lado de sus montañas.

Hé ahí entre todas las mas importantes:

1ª. Barcelona....	5ª. Cardona.....
2ª. Figueras.....	6ª. Urjel.....
3ª. Lérida.....	7ª. Tortosa.....
4ª. Tarragona....	8ª. Hostalrich....

Ocupa Barcelona cinco diferentes po-

siciones, de las cuales es la ciudad el centro. Al norte la Ciudadela, el Fuerte Pio y la Barceloneta. Hácia el sur Monjuí. Las murallas de la ciudad describen un gran círculo que besa el mar por el lado de Monjuí, pégase á la Ciudadela, y brotando de nuevo cerca de la aduana y delante del puerto, termina en Atarazanas.

La Ciudadela, construida por el estilo de Vauban, tiene la forma de un pentágono, y puede llamarse obra maestra de fortificacion moderna.

El Fuerte Pio, cuyo fuego puede cruzarse con el de la Ciudadela y de algunos baluartes de la ciudad, preséntase aislado por la parte del norte, y domina el camino real de Mataró.

Barceloneta, poblacion construida entre el puerto y la orilla del mar, no tiene otra fortificacion que la de la punta del muelle antiguo.

Monjuí domina el mar, corona una elevadísima colina, y defiende el puerto y un ángulo del camino de Tarragona. Si bien irregular, no deja de ser respeta-

ble su fortificacion. Una laguna situada al sudoeste constituye tan mal sano el aire, que se hace indispensable relevar con frecuencia la guarnicion: ni se conservan por mucho tiempo en él sin corromperse los víveres

La parte regular de las fortificaciones que defienden las murallas de la ciudad, no lo verifican mas que en la mitad de su estension. Bien es verdad que no se encontraban en mal estado los fosos, pero no se veian en ellos palizadas. La Ciudadela y Monjuí exijian poquísimos reparos. La Barceloneta aparecia por do quier en descubierto. El Fuerte Pio amenazaba ruina. La ciudad, bien que con buena artillería y muchísimas municiones, encontrábase escasa de víveres. Alternaban los voluntarios con la guarnicion en el servicio de la plaza, y merced á aquella institucion, contaba Barcelona con numerosos defensores.

Figueras es plaza de primer órden, por la estension, magnificencia y regularidad de sus fortificaciones de cons-

truccion moderna: sentimos no poder asimismo alabar su posicion. Domínala á poniente una colina, y cíñela al norte una vasta llanura, á favor de la cual pueden los enemigos diseminarse por el pais sin temor de sus tiros. Verdaderamente parece este fuerte destinado mas bien á amenazar su retaguardia que á contenerlos de frente.

La poblacion que da nombre al fuerte vese dominada por sus baterías y ceñida únicamente por débil muro. Hubiera sido en verdad muy costoso concluir las fortificaciones de Figueras, pero no así las reparaciones que estaban ya adelantadas, y así se practicó. No se encontraba la plaza desprovista de municiones ni de artillería, pero era cortísima su guarnicion y escasos sus víveres.

Lérida fuera en otro tiempo la capital de Cataluña. El fuerte, construido sobre una colina al oeste de la ciudad, la domina ni mas ni menos que al camino real de Aragon y al puente que favorece el paso del Segre. Es obra de varias na-

ciones que han ido hacinando unos sobre otros los baluartes, sin que queden de los mas remotos otros recuerdos que su nombre y sus vestijios. Es moderna su forma, y presenta una especie de polígono irregular. Merced á un bonete recientemente construido, no se hacian necesarios muchos reparos para ponerla en estado de sufrir un sitio. Del opuesto lado empero únicamente aparecia defendida la ciudad por el rio y por un bastion casi derruido. En peor estado dejábanse ver ambos lados de la ciudad, y el puente no indicaba por cierto pertenecer á una ciudad fortificada. Su guarnicion y artillería, sus víveres y municiones escaseaban bastante.

Tarragona, digna rival de Lérida en antigüedad y vicisitudes, no presenta mas que un conjunto de puntos aislados. Vese edificada la ciudad sobre una inmensa roca, á la distancia de unas trescientas toesas del fuerte, y cíñenla murallas, que, sin dejar de ser defectuosas, son mas regulares que las de Lérida. Algo de pintoresco tienen la

fortificaciones que la rodean; encuéntranse algunas en el llano para batir la rada, otras sobre distintas alturas; Fuerte Real, ó sea el camino del Cielo, segun le llaman hoy dia, vese situado en medio del camino que conduce al puerto. El Olivo se encuentra casi al nivel de la ciudad, por manera que podria decirse ser Tarragona un planeta en medio de sus satélites. Si se esceptúa con todo á Jerona, no se encontraba en toda Cataluña otra plaza en peor estado que aquella. Aparecia únicamente defendido por débil pared el flanco derecho del puerto. Faltábanle además víveres, artillería y guarnicion. Corria el servicio á cargo de la milicia, cuyo celo y esfuerzos podian únicamente soportar tamañas penalidades.

Cardona, notable por su posicion y por la dificultad de acercarse á ella, no lo es menos por sus minas de sal. Preséntase edificada sobre una montaña, en el centro de Cataluña: preciso se hace no obstante distinguir la ciudad del fuerte; encuéntrase situada aquella en

la cuesta de una montaña, ocupando este su loma. Ciñe la ciudad una muralla algo desmoronada. Encontrábase falta de todo Tarragona, mientras estaba sumamente provista Cardona.

Ofrécenos Urjel tres puntos de fortificacion sobre una colina paralela, al frente de la ciudad, y á medio tiro de cañon de esta. Son conocidos bajo el nombre de Ciudadela, Castillo y Torre de Solsona. Al Sur forma la primera un cuadrado; en el centro describe la segunda un rectángulo, mientras presenta la tercera una estrella con su torreon en medio. Besa sus pies el torrente Balira, el cual lo constituye mucho mas inaccesible; encuéntrase, entre este último fuerte y el castillo, el pueblo de Castel Ciudad, el cual ofrece el aspecto de un jigante descansando á la orilla de un rio, reclinada su cabeza sobre un peñasco. No faltaba en Urjel artillería, pero sí municiones; los principales víveres para el soldado consistian en bacalao, que se procuraran á favor de una multa impuesta á un ajente secreto del baron de

Eroles. No era su guarnicion completa.

Tortosa es plaza importante por su posicion topográfica. Domina el embocadero del Ebro, y compónese de la ciudad, del fuerte y los arrabales, de quienes la separa el rio. Defiéndela una muralla, que principia á su izquierda, y cíñela hasta llegar al fuerte que lo domina todo: por manera que solo aparece fortificada la ciudad en parte de su circunferencia, quedando lo restante bajo la proteccion de un antiguo baluarte, que ya se empina hasta las nubes, ya va rozando por el suelo. Para defenderse contaba esta plaza con cortísima guarnicion y poco provistos almacenes.

Hostalrich domina un camino que puede muy bien evitarse, descubriéndose de él tan poco, que se hace por decirlo así indispensable buscarle con el lente. El pueblo y la plaza en conjunto no forman mas que un grupo, el cual, describiendo una zona vertical, corona la cumbre de una montaña, y baja despues á desierto y oscuro valle.

No necesitaba Hostalrich grandes reparos, ni le faltaban municiones y artillería; mas escaseaban sus víveres.

Aunque haya hablado, en el decurso de la obra, de Mora de Ebro y Mequinenza, no las describiré aquí, por no pertenecer á Cataluña. Encuéntrase la primera en la frontera de Valencia, y la segunda en la de Aragon. Fácil es concebir porqué hablamos de ellas, sin embargo de no pertenecer á nuestro distrito militar: mírese sino su desgraciada suerte en cuanto las abandonámos.

CAPITULO III.

Situacion del ejército, vestuario y armamento. — Estado de la hacienda y del ejército de Cataluña.

Constara entonces el ejército de unos diez y nueve mil infantes y mil doscientos caballos. Componíase de tropa de línea la mitad de los primeros; un tercio de milicia activa, y lo restante de tropas lijeras del ejército y de vo-

luntarios. No le faltaban asimismo muchas y buenas compañías de artillería y zapadores. Componíanse de tropa lijera los dos tercios de caballería, siendo lo restante dragones y coraceros.

Era la milicia nacional un poderoso auxiliar, con el cual no podíamos sin embargo contar siempre, puesto que, no obstante su desprendimiento y sacrificios, no era prudente exijir de ella demasiado, en razon de que su salida á campaña era contraria al objeto de su instituto. Tamañas consideraciones debian sin duda ceder á lo imperioso de las circunstancias, tanto mas, cuanto la Constitucion misma aparecia en suspension desde que la Cataluña habia sido declarada en estado de guerra; pudiendo muy bien pasarse adelante en lo que no se habia practicado aun. Si la guerra empero habia suspendido la Constitucion, debia la paz restablecerla. El Jeneral en jefe, en su proclama del 1°. de abril de 1823, decia: *está ya aniquilada la faccion, y han cesado las operaciones.* No podia pues

contradecirse: á mas de que eran la mayor parte de los voluntarios artesanos que hicieran ya un año de servicio estraordinario, y que por precision debian volver á sus talleres para procurarse medios de subsistencia, incompatibles con una vida errante y belicosa. Luciera por fin una aurora de libertad, y no era justo querer que continuasen en un servicio con pérdida de su tiempo é intereses. Es probable que hubiesen consentido en este nuevo sacrificio; pero, admirando su amor patrio, no podia el Jeneral en jefe consentir su ruina: fuera de que, no pudiendo satisfacer su sueldo al soldado, hubiera sido imprudente cargar con nuevas obligaciones.

La mayor parte de los cuerpos de infantería que componian nuestro ejército vinieran á Cataluña desde lejanas provincias; algunos batallones, de paises diametralmente opuestos, y despues de haber sostenido algunos meses de lucha; otros acudieran desde sus distritos, cual si se tratase de un paseo mili-

tar;sin haber traido consigo lo mas indispensable. Todo el ejército además habia hecho ya una campaña en montuoso suelo y durante una estacion malísima, dando aun de barato el mal estado de su vestuario,que no debemos callar, en honra de la verdad histórica y de la justicia debida á la virtud del soldado español. Un mal gorro, un raido uniforme y un par de zapatos ó alpargatas; un saquillo con su estropeada camisa y algunos chismes para limpiar el fusil: ved su mas comun equipaje. Verdad es que traian capote algunos, pero acostumbraban ser estos los peor equipados, en razon de que les servia aquel de uniforme y aun á veces de camisa. Solo algunos batallones podian esceptuarse para no sombrear ese cuadro de desnudez y miseria.

La caballería por el contrario se encontraba en el mejor estado; el cuerpo de artillería volante se presentaba brillantísimo; casi todos los caballos eran andaluces.

Por singular anomalía, veíanse en lu-

josa abundancia las armas menos necesarias para la guerra que debia sostenerse, y mas incompatibles con la montuosidad del terreno: tales eran los cañones, mientras que los fusiles, viejos ya y tomados de ollin, desesperaban á veces á los soldados y á sus jefes. Eran rarísimos los sables, y reservábanse para la caballería. Entre las armas de la infantería únicamente valian algo las bayonetas.

Desde un año á la época que describimos, la administracion de hacienda parecia reducida en Cataluña á dar, mas no á recibir, en razon de que la epidemia de Barcelona paralizara el comercio, y con él las entradas en la aduana. Agréguese á esto lo dificilísimo que se hacia cobrar los impuestos, merced á los estragos ocasionados por la guerra civil; tomando los rebeldes por sistema la rapiña, agotaran la riqueza pública. Con todo eso, los empleados en el ramo, antes y despues de la llegada del General Mina, hicieran los mayores esfuerzos para que nada le faltase al soldado:

ya empero se encontraban en el último apuro. Habíanse agotado los fondos que produjeron algunas libranzas que habia podido cobrar el Intendente del ejército. Pagada la tropa, hechos algunos adelantos, llenados los objetos mas indispensables, quedaban escasos cuarenta mil duros que pudiera reunir el Jeneral en jefe, cuándo su escursion á Barcelona. Debíanse abastecer y reparar ocho plazas; debian alimentarse, uniformarse y mantenerse en pie de guerra veinte mil hombres, á mas de los grandes preparativos que exijia una lucha contra ejércitos superiores en número y abundantemente provistos.

CAPITULO IV.

Primeras medidas contra la invasion. — Convocacion de jefes políticos en Vich. — Nombramiento de Gobernadores. — Reorganizacion del ejército. — Consejo de Vich.

Tan urjentes necesidades exijian prontas medidas. Habíanse dado órde-

nes para poner en circulacion lo que poseyeran manos muertas. Procuróse sacar patido de todo, desde la plata superflua de los templos hasta los cañones de hierro que se encontraran casi sepultados en la tierra. Invitóse á todos los jefes políticos de las provincias á que sin tardanza pasasen al cuartel jeneral de Vich. Al propio tiempo, para desterrar la apatía que se notaba en la administracion de Barcelona, y que en las críticas circunstancias era sumamente perjudicial, nombróse á Rotten gobernador de la plaza, reemplazándole en el mando de la division el coronel Mier. Aquel letargo no podia tener otra causa que la ausencia de su comandante jeneral: Mina era á la vez capitan jeneral de Barcelona y jeneral en jefe del ejército. La medida tomada para aquella ciudad no tardó en seguirse en las demás de Cataluña, y fueron confirmados por la superioridad los nombramientos de cuantos merecian la pública confianza, y exonerados por el contrario cuantos podian prestar mas utilidad

en otro empleo. He ahí los nombres de los gobernadores de las plazas de que se ha hecho mérito:

Rotten, mariscal de campo. *Barcelona.*
Santos S. Miguel, coronel.. *Figueras.*
Bellido, mariscal de campo. *Lérida.*
Perena, coronel. . . . . *Tarragona.*
Fernandez, coronel. . . . . *Cardona.*
Vigo, coronel. . . . . *Urjel.*
Milian, teniente coronel. . *Tortosa.*
Riego, teniente coronel. . . *Hostalrich.*

EJÉRCITO DE OPERACIONES.

Jeneral en jefe.

Espoz y Mina, teniente jeneral.

Jefe del Estado mayor jeneral.

Zorraquin, mariscal de campo.

Comandantes de division.

1ª. Milans, teniente jeneral.

2ª. Manso, mariscal de campo.
3ª. Mier, coronel.
4ª. Gurrea, coronel.

Jefes de los Estados mayores de las divisiones.

1ª. Sarabia, coronel.
2ª. Van Halen, teniente coronel.
3ª. Bermudez, teniente coronel.
4ª. Barbier, teniente coronel.

Administracion jeneral.

Comat, intendente jeneral.

Dividíase la primera en dos brigadas, mandadas inmediatamente, la una por Milans, y la otra por Lloberas.

Poco tardaron en acudir al llamamiento los jefes políticos, acompañados de dos miembros de cada diputacion provincial de las cuatro que existian en Cataluña. Reuniéronse en consejo, que abrió Mina con la dignidad de quien sabe elevarse al nivel de las circunstancias: su lenguaje fué el de

un hombre prudente sin asomo de temor, el de un intrépido sin temeridad. « *Los Franceses*, dijo, *van á invadir nuestro suelo. ¿Están dispuestas vuestras provincias á la defensa? — Si, Jeneral. — Pues bien, hállome yo tambien dispuesto á ponerme á su frente.* »

Aunque sin exaltacion, fueron pronunciadas con firmeza estas palabras: no era tiempo ya de hacerse ilusiones ni de entregarse á una ciega confianza. Difícil era la empresa, harto seria la cuestion, é inminente el peligro. Ábrese en seguida campo á la peroracion. Deplora uno que sea la miseria el galardon dado á las victoriosas tropas: quéjase esotro del mal estado del pais, que, despues de tantos sacrificios hechos por la libertad, no halla medio para satisfacer debidamente los impuestos: convienen empero todos en hacer los últimos esfuerzos para hacer frente á la invasion, puesto que en ello va el honor del soldado, al par de los derechos del ciudadano. Fuerza será defenderlos hasta el estremo. Decrétase lo indispen-

sable, encárgase el Jeneral en jefe de guiar á los soldados, y los representantes de las provincias de hacer efectivos los socorros pecuniarios que aquel exije.

CAPITULO V.

Siguen los preparativos para la segunda campaña. — Distribucion del ejército. — Fuerza respectiva de cada division. — Guerrillas incorporadas en el ejército.

Como los jefes políticos hubiesen prometido contribuir en conjunto á los gastos de la guerra hasta la suma de treinta millones de reales, adelantando algo sobre la marcha, dispúsose Mina á dar la última mano á las providencias que solo le habia sido dable bosquejar. Circuló órdenes para activar lo que por falta de recursos no se habia aun podido principiar; procuráronse armas, é liciéronseles adelantos á los cuerpos que todavía no pudieran equipar sus soldados: empleáronse en una palabra los fondos del mejor modo posible.

Tomadas estas disposiciones jenerales, tratóse de la distribucion del ejército. El número de guarniciones no dejaba de poner en conflicto, puesto que si todas las plazas hubiesen debido tener su guarnicion completa, no hubiera quedado un hombre en campaña. Procuróse evitar tal estremo, conciliando la defensa de aquellas con la necesidad de un ejército de operaciones.

Fuerza en guarniciones.

Barcelona.	4 000	hombres.
Figueras.	2.500	—
Tarragona.	2.000	—
Lérida.	1.500	—
Urjel.	1.200	—
Tortosa.	1.000	—
Cardona..	800	—
Hostalrich.	800	—
Total. . .	13.800	hombres.

Si se descuenta este número del de veinte mil doscientos hombres de que

constaba el ejército, quedan únicamente seis mil cuatrocientos, que fueron repartidos del siguiente modo :

Fuerza del ejército de operaciones.

1ª. division.	2.600	hombres.
2ª. —	1.200	—
3ª. —	1.200	—
4ª. —	1.400	—
Fuerza total del ejército de operaciones.	6.400	hombres.

Singularísimo se presenta á primera vista dar el nombre de divisiones á pequeñas columnas, de las cuales no podia formarse una brigada y ni siquiera un rejimiento: pero es preciso confesar que la importancia del título suplia al menos en parte la nulidad del fondo.

Habia además algunas cortas guerrillas incorporadas al ejército; las principales, al mando de Linati, del Capitan Eroles y de Camprubí, que reunidas formaban en la primera campaña un

total de mil quinientos hombres, pero que en la segunda no llegaron nunca á quinientos.

CAPITULO VI.

Plan de campaña.

Fácil es entrever, por la distribucion de tropas, que el jénero de guerra adoptado era defensivo; sistema en estremo digno de la moderacion que ha caracterizado siempre la revolucion española. Es un consuelo para los liberales poder observar que hasta las últimas pájinas de su historia son filosóficas como sus sentimientos. ¡ Ojalá sean nuestros nietos tan moderados como las jeneraciones que los precedieron!

Los que ven únicamente las cosas bajo un punto de vista, podrán hacernos acriminaciones. ¿Porqué adoptar la defensiva antes que la ofensiva? ¿Á qué el prurito de querer conservar ocho plazas en un pais defendido antes por la naturaleza que por el arte? ¿Có-

mo no se emplearon en aumentar las filas de los voluntarios las sumas dispendiadas en abastecerlas y repararlas? ¿Porqué, en vez de colocar detrás de fortificaciones á los dos tercios del ejército, no se dirijió hácia el Pirineo una masa imponente? ¿Cómo, en fin, si se queria de todos modos conservar las plazas, no se confiaban á los voluntarios, reservando para las operaciones el ejército permanente?

Solo podemos decir en contestacion á tales cargos que la preferencia dada á un jénero de guerra sobre otro no fué pensamiento de Mina. Cerca del Gobierno supremo de la nacion habíase establecido una Junta de defensa, la cual dirijia las operaciones de los jenerales en jefe, prohibiéndoles apartarse de sus instrucciones mas que por imprevistos acasos ó en lo que tocase al modo de cumplirlas. Mandara la Junta tomar la defensiva, y Mina la tomó; y si bien se acercó por cuatro distintas veces al territorio francés, eso fué sin contravenir de ningun modo á las órdenes que re-

vibiera. Llevó por objeto en la primera espedicion conocer cuál era el espíritu de los pueblos fronterizos; en la segunda, ocupar la atencion del enemigo para abastecer las plazas durante la cosecha, y en las dos últimas, contener su marcha á Barcelona. Por otra parte, ¿qué otro jénero de guerra hubiera podido adoptarse? Las tropas españolas no eran bastante numerosas para tomar la ofensiva, entrar en pais estranjero y atacar un ejército que se encontraba bajo un pie imponente.

Los pueblos de la Península sostuvieran honrosamente durante muchos años una guerra peculiar á la naturaleza de su territorio, y debian por lo mismo probar igual sistema. Era además muy temible que una vez salido de su pais el ejército constitucional, encontrase despues cerrada la entrada por el partido absolutista engruesado á favor de la agresion estranjera. En una palabra, el jénero de operaciones adoptado ofrecia á la nacion el medio de defender sus campos y hogares, mientras el ejército

procuraba cansar al enemigo, diseminándole y atacándole parcialmente.

Exijia pues el sistema seguido la conservacion de las plazas: hacíase en consecuencia indispensable abastecerlas, siendo fácil deducir que cuanto se dispendiaba en ello impedia el aumento del ejército. La idea de confiar su defensa á la milicia nacional con preferencia á la tropa de línea tenia sus inconvenientes y sus ventajas. Nuestros recursos eran á la verdad mayores, puesto que despues del consejo de Vich nos era dado pedir lo que antes hubiera sido escusado desear; pero era tambien este consejo el que mas nos impedia emplear en las plazas la milicia nacional. Al llegar Mina á Cataluña encontró sobre las armas mas de treinta mil facciosos apoyados y favorecidos por un sinnúmero de pueblos. Desaparecieran todos al parecer, pero indultados la mayor parte, volvieran á sus hogares, donde escitaran sus desgracias el interés de sus deudos y amigos. Los secretos móviles que los impelieran á la rebelion

estaban hoy dia mas que nunca en movimiento: y si tanto habian podido, ¿no eran mucho mas de temer, atendidos los nuevos elementos de discordia? Si se sacaba de las poblaciones á los voluntarios, quién respondia de su tranquilidad y de los socorros que debian aprontar los jefes políticos? Por toda respuesta á preguntas tales podemos dar la repentina entrada de los Franceses, que ni tiempo dieron para discutir, penetrando en Cataluña cinco dias despues del consejo de Vich. Desbarató todos los planes la rapidez de su marcha, y fijó su fortuna.

Á los treinta millones de reales que prometian los jefes políticos, agregó el gobierno de Madrid cuarenta mas en papel moneda. Con setenta millones pues, unidos á la ventaja de batirse el soldado en su pais, al patriotismo de los habitantes y al celo de las autoridades, podíase muy bien esperar que acaso nos seria favorable la suerte. No se pasme empero nadie de que con tantos medios de defensa hubiese sido tan fa-

tal el resultado: tómese en cuenta la precipitada invasion de un ejército, cuyos proyectos de hostilidad se nos ocultaran de antemano. Me atrevo á decir que esta y no otra fué la causa de su triunfo. No tuvieron tiempo los jefes políticos de hacer efectiva la cantidad señalada, ni pudo negociarse por desconfianza el papel moneda: indispensable se hizo fundir cañones para convertirlos en numerario: preciso fué pagar al soldado con el valor de sus armas. Entonces fué cuando esclamó el Jeneral Zorraquin: «¡Caigan ya rayos, y esto nos falta!»

CAPITULO VII.

Muerte del obispo de Vich.

Cuando la desavenencia entre el Jeneral en jefe y el auditor de guerra, volvió á Barcelona la sumaria del Obispo de Vich, para ser seguida por otro majistrado. Uniendo este al talento una actividad estraordinaria, tomó de pe-

cho el asunto, revisó el proceso, examinó las leyes, y en vista de los poderes que le diera el Jeneral en jefe, creyó poder pronunciar una sentencia definitiva. Ningun procedimiento que denotase tan próximo fallo se habia hecho público aun, cuando se dió por cierta en Barcelona la entrada de los Franceses. Vióse el terror pintado en los semblantes, sucediéndole una exaltacion peligrosísima, puesto que traspasa en su arrebato los límites de una indignacion jenerosa. Reúnense algunos entusiastas, si bien que ilustrados patriotas. Ábrese la asamblea, acusando á los funcionarios públicos de indolencia que aparecia de mal agüero para la guerra que iba á emprenderse. «¿Cómo, decian, podrémos hacer frente á un enemigo estranjero, si contemporizamos con los que le han llamado, y se preparan ya para acusarnos á su vez, juzgarnos y condenarnos? ¡Perezcan los traidores á la patria! —Muera el Obispo de Vich, esclamó un patriota; ¡muera!, repitió en peso la asamblea. Era de no-

che: van sin embargo en busca del Jefe político, quien comparece á poco, embozado en su capa y con un farol en la mano. Apenas acababa de entrar en la sala, cuando le dirijen estas palabras: «Jeneral, no venis aquí para mandar sino para obedecer. La patria exije que el dia de mañana sea el último de existencia para el Obispo de Vich.» ¿Cómo podia hacerse oir la voz de la razon por ánimos exaltados? Inútil es toda resistencia, y la órden fatal fué estendida. Al dia siguiente, sacaron de la ciudad en carruaje al Obispo, escoltándole un piquete de infantería. Dirijiéronse hácia el camino real de Tarragona, bajáronle en solitario sitio, y allí murió.

CAPITULO VIII.

OPERACIONES MILITARES DESDE EL 13 DE ABRIL DE 1823 HASTA EL 6 DE MAYO DEL MISMO AÑO.

Primer movimiento de los Franceses sobre la Cerdaña. — Sale de Vich el Jeneral Mina. — Entrada del Jeneral Moncey. — Apécdotas.

Debia cumplirse el fatal destino de la desventurada España. Los ministros de Luis XVIII dieron á entender á las cámaras francesas que era preciso defender la carta en las orillas del Rin, ó atravesar los Pirineos para dirijirse contra la Constitucion española. Prefirieron tomar el último partido, si bien no era este el de la ilustracion ni el de la prudencia. Ello debia ser con todo, y habia llegado ya para la Patria la época de los desastres.

Recibió órden el mariscal Moncey

para invadir la Cataluña á la cabeza de veinte mil infantes, dos mil quinientos caballos y unos siete mil auxiliares. Púsose en marcha el 13 de abril de 1823, ocupando á poco una fuerte division la Cerdaña española. En cuanto lo supo Mina por medio de la guarnicion de Puigcerdá que se replegara sobre Vich, dirijióse hácia Ripoll con quinientos hombres. Ordenó al propio tiempo á la cuarta division que retrocediese, dirijiéndose hácia Mequinenza, y mandándola incorporarse con él cuanto antes. Quedaron únicamente en Vich algunas compañías de voluntarios y un escuadron de caballería al mando del capitan Mendivil que llenaba á la vez los cargos de gobernador.

Nuestra salida de Vich fué un rayo de luz que nos hizo entrever, al través de los mas problemáticos sucesos de la campaña, los funestísimos resultados de la misma. Sin recursos, por falta de tiempo, amenazados de nuevo por la faccion misma que venciéramos, y siéndonos forzoso luchar contra toda suerte

de calamidades, vimos salir de Vich el Estado mayor, armados de lanzas sus individuos como simples soldados.

Encontrámos en Ripoll algunos grupos de voluntarios y la guerrilla del conde Linati, que habia tenido ya un choque con el enemigo. Uniósenos tambien la tercera division, y continuámos nuestra marcha sobre Olot. Al propio tiempo hizo el Jefe del Estado mayor jeneral una escursion hácia Camprodon para recojer cuantas tropas encontrase en aquella direccion.

Siguieron el 18 los Franceses su movimiento, entrando Moncey con el grueso del ejército por Pertus, y deteniéndose en la Junquera; á poco aparecieron los restantes en las alturas de san Llorens de la Muga. Supondrán acaso algunos que si dejó pasar el Mariscal un intervalo de cuatro dias entre la ocupacion de Puigcerdá y la de la Junquera, fué únicamente para observar, si, acudiendo Mina al primer movimiento, le dejaba libre el paso para Barcelona: mas probable parece sin

embargo que lo hiciese con el objeto de dividir la atencion y las fuerzas enemigas. El 19 bajaron las tropas de la Junquera á Pons dels Molins, al Hospitalet y demás cercanías. El 20 se dirijieron hácia Perellada y Castellon de Ampurias, donde permanecieron sin otro movimiento todo el 21. Al dia siguiente empero movióse en combinacion toda la línea, dirijiéndose en columnas á las aldeas de los alrededores de Figueras, que quedó desde este momento bloqueada. Al anochecer intimó Moncey, en nombre de Fernando VII, la rendicion al Comandante, pero fué tan noble la respuesta como singular la demanda.

Milans, que de ningun modo podia aguardar al enemigo en su posicion, evacuara el 19 la poblacion de Figueras, y replegárase sobre Lladó, y desde este punto avanzó el 20 hasta situarse en las alturas de Estella; pero descubriendo al otro dia un campamento francés y una columna de facciosos sobre S. Llorens de la Muga, dirijió todo su conato

á afirmarse en la posicion de Besalú, importantísima, si no queria ver interceptadas sus comunicaciones con el cuartel jeneral. Faltándole instrucciones para seguir un plan de campaña, érale fuerza tener una entrevista con el Jeneral en jefe. Entró el mismo dia en aquel pueblo, donde permaneció una semana.

Casi al propio tiempo llegaban á Olot el Jeneral Zorraquin con el coronel Gurrea. Pasó entonces la tercera division á Tortellá para secundar los movimientos de la primera, y dirijióse Mina con la 4ª. á Castell-Fullit del Fluviá, pueblo que no debe confundirse con el de la anterior campaña.

La segunda division siguió en la misma provincia casi con iguales instrucciones que las que recibiera en la última campaña. Mantúvose pues en el campo de Tarragona, guardando las fronteras de Aragon y Valencia, y defendiendo la retaguardia del ejército de quien componia la reserva.

Sabiendo el Jeneral en jefe, en cuan-

to hubo pasado el Fluviá, que se adelantaban los Franceses por las colinas de Cipriá hácia Besalú, situóse entre la segunda y tercera division. Poco empero tardó la prudencia en exijir otro movimiento. La division de la Cerdaña acababa de hacer rápidos progresos, estendiéndose ya hasta Rivas y Ripoll. Veíase pues espuesto Castell-Fullit á un golpe de mano que hubiera podido sernos fatalísimo: así fué que durante la noche volvímos á ocupar esta posicion.

Sabedor de ello Milans, tuvo que acampar por precision en la colina que domina á Besalú

Como no pudiese la tercera division permanecer sola en la llanura, salió de Tortellá, y ocupó otra colina al lado de la que ocupaba la primera.

La concentracion de nuestras fuerzas, la lentitud de nuestros movimientos, el rio que nos protejia y las posiciones que ocupábamos, todo daba márjen al enemigo para creer que le aguardábamos. Precisamente no era otro nuestro anhelo que mantenerle

en tal creencia. Cuando fijámos bastantemente su atencion sobre aquel punto, y mientras nos iba estrechando por todos lados, desaparecieron nuestras divisiones, tomando distintas direcciones.

Sin duda á favor de tales estratajemas han sabido hacerse célebres varios guerreros ilustres, ganando batallas sin derramamiento de sangre, y fijando la victoria sin esponerse á la suerte de un combate: pero en ninguna manera nos favorecian las circunstancias, y no podíamos por lo mismo prometernos iguales resultados.

No podrémos pasar en silencio la suerte de algunos dignos oficiales de la primera division que pertenecian á un batallon de milicias provinciales; este cuerpo fué enviado al interior, y siéndoles á los oficiales fuerza seguirle, tuvieron por precision que abandonar el ejército. La palidez que cubria el semblante de esos beneméritos, en cuanto pasaban por Castell-Fullit, no era por cierto hija del temor.

Cuando salímos de este pueblo, el 2

de mayo, nos encontrábamos ceñidos de enemigos que ocupaban ambos puntos de Olot y Tortellá. Á derecha é izquierda teníamos á los Franceses á dos horas de distancia, superiores por ambos lados en número.

Consuélanos en los apuros el menor rayo de luz: no por otra causa probámos un momento de júbilo en cuanto abandonámos Castell-Fullit. Desde algunos dias era inclemente el tiempo. Colócase el Jeneral en jefe á un lado del camino para ver desfilar sus tropas: muéstrase de repente el sol rasgando una nube; clavan todos los soldados la vista en su Jeneral, sintiendo una conmocion inesplicable. Salúdanle todos, dándole los nombres mas familiares y tiernos. Á la manera que en iguales circunstancias no se desdeñaba un Capitan ilustre de que le llamasen su *pequeño cabo*, asimismo gustábale á Mina oir de boca de sus soldados llamarle *el tio Francisco*.

Despues de algunas horas de camino, ya por ignorancia, ya por mala inten-

cion de los guias, perdióse nuestra vanguardia, tomando una direccion que nos conducia á Olot, para esponernos á un inminente riesgo. Conociólo el Jeneral y supo remediarlo.

Al ponerse el sol llegámos á la cumbre del Grau, y adelantándonos hasta Coll-sa-cabra, acampámos á una hora de la venta. No tardó en comparecer la tercera division y á tomar igualmente posiciones al otro lado de este último punto.

No ocupan ciertamente grande estension los reales de un puñado de hombres, empero no deja de ofrecer algunas veces los mas singulares contrastes, presentando en conjunto la civilizacion y la barbarie, la magnanimidad y la bajeza. Recibíanos un pastor con la ruda franqueza de un montañés, mientras otros nos escopeteaban á alguna distancia. Un piquete de vanguardia descubrió en una zanja rastros de sangre, pero no hizo caso, en razon de haber encontrado nó muy lejos una piel de carnero recientemente desollado. Los

soldados, que deseaban apoderarse de la piel, precipitáronse hácia la zanja, en cuanto hubieron formado pavellones, y poco tardaron en reconocer que aquella piel encubria un crímen. No era por cierto la esperanza del botin quien impeliera el brazo del asesino contra un camarada que encontraron traspasado con su misma bayoneta: en solitario sitio, á la orilla de una zanja y alrededor de un campamento, solo el puñal del fanatismo podia traspasar el pecho de un guerrero. ¿ Manda esto, cristianos, la Relijion de Jesus ?

Interin á pocos pasos se cometia tan atroz asesinato, la esposa de un montañés de las cercanías distribuia con indecible gracia y con la mejor voluntad del mundo todo cuanto les plugo á los soldados, sin que por ello exijiese otra recompensa que la de poder hablar con el Jeneral en jefe. Recibióla este rodeado de sus oficiales: nunca el pecho de una Catalana palpitó mas vivamente al ver en Mina la gloria y la libertad de su patria.

El mismo dia en que salímos de Castell-Fullit, dirijióse Milans hácia Mieras. Colocándose sobre Bañolas una columna enemiga, pensó cortarle la retirada; supo empero aquel burlar sus proyectos. No fué tan afortunada la música de un rejimiento, que, deseando introducirse en Figueras con un corto destacamento, cayó en manos de los Franceses para ir á tocar sus sinfonías allende el Pirineo. Algunos cuerpos de la primera division tuvieran la víspera una refriega con una columna bastante numerosa de caballería que se acercó á tiro de pistola de nuestras avanzadas. Si la envió el mariscal Moncey para probar si encontraba resistencia, debiéronle volver nada equívoca respuesta: si empero para dar la iniciativa á Milans, débesele agradecer la caballerosa cortesía de dejarnos disparar los primeros tiros de la campaña. Dirijióse este último á Santa Coloma de Farnés. Durante este tiempo ocuparon los enemigos la plaza de Jerona.

CAPITULO IX.

Accion de Montesquieu. — Patriotismo de los habitantes de S. Quirse.

Al asomar la aurora del 5 de mayo, puso el Jeneral Mina en movimiento desde Coll-sa-cabra, donde permanecia aun, la tercera division á la cual mandó tomar una direccion contraria de la que llevaba intento de seguir. Finjió seguirla, pero á poco volvió atrás hácia S. Quirse, llevando idea de atacar á Romagosa, que, con dos batallones rebeldes y uno francés, ocupaba las alturas de Montesquieu. Al llegar á cierta distancia de las posiciones enemigas, emboscó el Jeneral su tropa detrás de una colina, dejando únicamente en descubierto muy pequeña parte. Para engañar á los rebeldes, usando sus mismas tramas, envióles una vieja que procurase alucinarlos con falsas relaciones. Viendo sin embargo que no se movian de sus posiciones, dejó en sus flancos

la guerrilla del conde Linati. Como no obstante estuviese á punto de empeñarse el combate, dirijióse á Montesquieu con su Estado mayor, sus ayudantes y un batallon de infantería lijera. Ganó una colina á la derecha de aquel pueblo para dirijir la accion, interin la presentaba Zorraquin sobre su derecha. Teníamos detrás de nosotros el pueblo y en frente á los enemigos formados por escalones en batalla. Replegáranse ya las avanzadas sobre sus cuerpos, cuando Zorraquin mandó calar las bayonetas al batallon de lijeros, cayendo sobre el enemigo á la cabeza del Estado mayor. Arrolla las primeras filas, recibe casi á quema ropa una descarga de las segundas, arróllalas igualmente, y cae sobre lo restante compuesto de facciosos. Recíbenle estos con un fuego por mitades que podia sernos fatal si hubiese sido mejor dirijido. No nos favorecia nada el terreno, puesto que nos era fuerza dar mil rodeos, entibiando el ardor de nuestros caballos. Llegámos por último á lo mas alto de sus posicio-

nes, y vímoslos dispersarse, echándose á derecha é izquierda en completo desórden. Persiguiólos durante algun tiempo el batallon de lijeros. Romagosa llegó por la tarde á Ripoll con poquísimos de los suyos, y solo al dia siguiente consiguió reunir los dispersos.

Al llegar á S. Quirse encontrámos á los habitantes dispuestos á recibirnos con la mejor voluntad del mundo. Encantadas las mujeres viendo otra vez las tropas constitucionales, cabíales el mayor gozo, y bailaban públicamente con nuestros soldados á vista del enemigo: no podia ser mayor su júbilo viéndonos llegar á su pueblo victoriosos. Á la mitad de la noche sin embargo fué preciso abandonar esos escelentes labriegos para ir en busca de nuevos é inminentes peligros.

CAPITULO X.

Movimientos de la primera division. — Posiciones del enemigo. — Anécdotas de Vallfogona. — Melancólico aspecto de Ripoll. — Toma de Berga.

Encargada la primera division, como mas fuerte, de cubrir Barcelona, veíase hostigada sin cesar por el enemigo. Abandonando el 5 de mayo Sta. Coloma de Farnés, pasó á Hostalrich, acampó junto al castillo, y dirijióse al dia siguiente á S. Celoni, en cuyo punto se mantuvo hasta el 11. Durante este intervalo cayó en una emboscada de rebeldes un destacamento que saliera de Hostalrich para escoltar algunos fondos: el capitan pereció en la refriega, pero lograron algunos soldados salvar la caja.

Interin permanecia Milans en S. Celoni, entraron en Tordera y Sta. Coloma las tropas que le perseguian; por manera que la posicion jeneral de los

enemigos describia una diagonal, que, brotando de la frontera del lado de Puigcerdá, estendíase hasta besar el mar bien cerca de Mataró, interceptando así nuestras comunicaciones con la provincia de Jerona. Permanecia Figueras aislada, pero no por esto la perdia de vista el Jeneral Mina.

Pasando por enmedio de las columnas de Ripoll y Olot, presentóse el 6 por la tarde en Vallfogona. Nuestra repentina llegada á este pueblo dió márjen á una escena cómica que trasladarémos.

Formárase en Vallfogona una compañía de facciosos que se hicieran famosos en la primera campaña por sus atrocidades. Habiendo sido arrojados del territorio español, entraron de nuevo durante la invasion. Paseábanse el capitan y el alferez de la compañía por un prado contiguo al camino, distante en aquel punto como media legua del pueblo, cuando se les presenta delante de improviso nuestra vanguardia, que se detiene al ver dos hombres armados.

Confúndese el *quién vive* del teniente coronel Capell con la respuesta *home, no os espanteu que tots som uns.* La necesidad de aguardar el cuerpo de la division inspiró á Capell, que era asimismo catalan, la idea de tomar partido de la equivocacion, y animóse entre ellos el mas vivo diálogo. Contestaban con tal serenidad los dos rebeldes á las preguntas de Capell, que á duras penas podian los soldados contener la risa; rompen sin embargo á poco en estrepitosas carcajadas, tales que obligan al Jeneral Zorraquin á correr á todo escape para informarse del motivo. «*Tenim aqui dos dels nostres,* le dice Capell. —Bravo! bravo! sigan en la vanguardia á mi caballería.» Como empezase ya á anochecer, nos dirijimos lentamente á la aldea para no escitar alarmas. Resuenan á poco innumerables gritos de ¡*viva el rey absoluto*! Por do quier aparecen luces, estréchannos de todos lados y aclámannos. Apenas ha tomado la caballería posesion de la aldea, cuando se divide para ocupar las puertas é im-

pedir la fuga de los facciosos. Uno de estos reconoce por fin el error. «—Somos perdidos!» esclama. Cesan de improviso las aclamaciones, apáganse las luces y ciérranse precipitadamente las puertas, sucediendo á la algazara el terror, la oscuridad y el mas profundo silencio. Llega en esto la infantería, quien releva á los caballos, que corren en persecucion de una avanzada que buscara su salvacion en la fuga. Inútiles fueron sin embargo las pesquisas, á causa de la oscuridad. Al amanecer se siguieron no obstante aquellas en las casas para prender á cuantos facciosos se encontrasen: en vano empero, puesto que no pudo darse con lo que se buscaba. Cuantos el dia anterior destrozaran el seno de la patria, presentábanse á la mañana siguiente como pacíficos ciudadanos. ¿Cómo por otra parte se hubieran podido distinguir los buenos de los malvados en una aldea donde *tots son uns*? Encuéntranse con todo suspendidas del techo de un granero una especie de oriflamas, en cuyo centro se

lee en gordos caracteres la inscripcion siguiente : ¡*Viva Anton Coll*! Anima este descubrimiento á los soldados; rejistran detenidamente la casa del baile, donde encontraran aquella bandera, y descubren á poco otra igual á aquella en la forma, pero de color distinto. Entréganlas ambas al Jeneral en jefe; prénde se al baile y á su segundo, júzgaseles y condénaseles como cómplices en los escesos cometidos por la compañía de Vallfogona, cuyos dos oficiales habian sido ya fusilados

Ya estaba de rodillas el teniente de alcalde, y preparábase la tropa á dispararle, cuando de improviso cambia de actitud, hace un estraordinario esfuerzo, salta un barranco y empínase por los riscos. Dispáranle en vano el piquete y los centinelas; ningun tiro le alcanza.

Á esto del mediodía, sabedor el Jeneral Mina de que se adelantaban hácia Vallfogona las columnas de Ripoll y Olot, dirijióse hácia S. Juan de las Abadesas. Parecia imposible que trepase la

caballería por la montaña que separa entrambos pueblos: mandólo empero Mina, y practicóse.

Permanecímos en este punto todo el dia 8, y fue á media noche cuando partímos para Ripoll. Tan atrevida marcha engañó del todo á Romagosa, que penetrara en Vallfogona, como igualmente á la columna de Olot que pensaba encontrarnos en S. Juan de las Abadesas. Indecible es la sensacion que produjo nuestra entrada en Ripoll y el sentimiento que nos causó la vista de este pueblo. Hacia poco menos de un mes que saliéramos de él, y ya podia decirse que desconocíamos su aspecto. Desaparecieran cuantas patrióticas inscripciones se leian en las puertas de la poblacion, los ilustres nombres que se señalaran á las calles, y los emblemas que decoraran las plazas: desiertas aparecian las casas de los patriotas, y andaban errantes por las montañas los que antes las habitaran. Los poquísimos habitantes que se nos presentaron á la vista llevaban impreso en sus ros-

tros el terror que les inspiraban los escesos mismos de que fueran capaces: abandonóles Mina á sus remordimientos.

Acampamos el mismo dia en Borrodá, y nos dirijímos el 10 hácia Berga.

Gep-dels-Estanys, que se apellidaba dueño de esta poblacion, tratara de impedirnos el paso, no queriendo que pasásemos de un puente toscamente atrincherado. Las tropas que debian defenderle se presentaban diseminadas por entre unos riscos que forman unidos una especie de anfiteatro imponente, si se trata de sostenerle. Nuestra vanguardia pega fuego á las barricadas del puente, obra maestra de Gep-dels-Estanys: con la misma facilidad superámos cuantos obstáculos se nos opusieron despues, y Berga, viéndose en absoluta imposibilidad de resistir, nos abrió pacíficamente sus puertas.

¡Incomprensible enigma! unos Catalanes celosos, que tomaban el liberalismo por libertinaje, parecia que nos abandonaban sus esposas é hijas: no

encontrámos en Berga ningun individuo, á quien pudiésemos confiar la mas leve majistratura, por manera que se trató de nombrar una alcaldesa para reprimir el menor insulto que pudiese dirijirse contra el bello sexo. Bastó sin embargo el natural respeto que en tales circunstancias imponian : no fué necesario constituir la menor autoridad. Tomó posiciones la division á las puertas de Berga; y con todo, durante las veinte horas que permanecímos en este punto, siempre hubo proteccion de nuestra parte y reconocimiento de la de los habitantes.

No fué únicamente el ejército del mariscal Moncey quien nos movió guerra en Cataluña. Mientras llamaban toda nuestra atencion sus tropas, amenazaba una fuerte division del ejército de Aragon nuestra retaguardia, el cuerpo en quien mas confiáramos para la organizacion de nuevas tropas, la ejecucion de las órdenes administrativas y la seguridad de nuestros últimos recursos. Los Franceses que á principios de mayo

ocupaban á Fraga adelantaran el dia 9 su vanguardia hasta corta distancia de Lérida, siendo resultado de este movimiento la evacuacion ó pérdida por mejor decir de Mora de Ebro, en razon de que Manso hubo de concentrar sus tropas, considerando perdido todo punto lejano que no pudiese ofrecer larga resistencia. Todas las circunstancias justificaban el abandono de Mora de Ebro, pero todas exijian tambien que se demoliesen las fortificaciones: así nos lo probaron por lo menos los facciosos, que, apoderándose en seguida de aquel importante punto, nos desafiaron impunemente para que volviésemos á recobrar lo que tan jenerosamente les cediéramos.

CAPITULO XI.

DESDE EL 10 DE MAYO HASTA EL 14 DEL PROPIO MES.

Posicion de la primera division. — Entrada del Jeneral en jefe en Cardona. — Herida y reemplazo del Comandante de la tercera division. — Anécdotas de S. Llorens dels Piteus.

Dirijióse Milans desde S. Celoni hasta S. Feliu del Piñó, destacando la brigada Lloberas á Casa-Campan, punto intermedio entre S. Celoni y Mataró. Valióle este doble movimiento, puesto que hasta el 16 pudieron guardar sus tropas las mismas posiciones. Entraba por otra parte el Jeneral Mina en Cardona, donde permaneció hasta el 14. En esta ciudad encontrámos al coronel Mier, quien saliera herido de una refriega que acababa de tener con los facciosos, y se habia visto precisado á entregar el mando al coronel Miranda,

Destinara el Jeneral en jefe seis mil escudos para abastecer y reparar el fuerte de Urjel, encargando su conduccion al conde Linati. Veíase nuevamente infestada de facciosos la cadena de montañas que separa aquel punto de Cardona. Hacíase necesaria pues numerosa escolta para asegurar el convoy, y esta era imposible procurarla. Supliólo todo la audacia. Púsose en marcha Linati al anochecer del 13, y llegó al amanecer del dia siguiente á S. Llorens dels Piteus. No arredrándole el mal espíritu de la poblacion, pensó por el contrario sacar partido de ello, y presentóse como cabecilla de una faccion. Todo comprobaba su aserto, en razon de que parecia imposible que se hubiesen espuesto con tan poca jente los Constitucionales á penetrar en gargantas tan infestadas de rebeldes; fué creido pues, recibido con aclamaciones, y prodigáronsele á su tropa toda clase de socorros: hasta se ofrecieron muchísimos á acompañarle, para servirle, unos de escolta hasta cierto punto, y para

seguirle otros y ser partícipes de sus riesgos. Uniéronse seis de ellos á la columna, é iban contando á nuestros soldados las hazañas con que se señalaran contra los Constitucionales, de quienes asesinaran muchísimos antes que incendiase Rotten su pueblo.

Presentaba en efecto uno de ellos su fusil teñido aun de sangre, esplicando con muestras de feroz alegría la manera bárbara con que se sirviera de él para atropellar el cuerpo exánime ya de un miliciano que el mismo asesinara. La franqueza de la narracion y el testimonio con que la favorecian sus cómplices, no dejaban duda alguna acerca de la consumacion de tan nefando crímen: así fué que mandó el conde Linati fusilarle antes de penetrar en el fuerte de Urjel, donde llegó felizmente.

CAPITULO XII.

DESDE EL 14 DE MAYO HASTA PRINCIPIOS DE JUNIO.

Movimientos del jeneral Mina.— Combate de Castell Tersol. — Ataque de Vich. — Muerte del jeneral Zorraquin. — Nota biográfica sobre este militar.

Despues de haber permanecido tres dias en Cardona, púsose en marcha el Jeneral Mina, y para favorecer la lijereza de sus tropas, mandó á sus soldados que dejasen inútiles bagajes. Por este tiempo nadie hubiera creido que les aguardasen á los infelices innumerables privaciones y trabajos. Dirijiéronse á Sellent, desde cuyo punto maniobraron de distintos modos, ya en una direccion ya en otra, y siempre ceñidos por fuerzas enemigas. Interin duraban esos movimientos, veamos lo que sucedia en los demás puntos.

Seguia Milans acercándose á Barcelona, y tomó el 16 posiciones en Moncada. Apenas hubo llegado á este punto, cuando destacó al jeneral Lloberas paraque se dirijiese con mil quinientos hombres á ocupar el pueblo y las alturas de Castell-Tersol. Acababa de ejecutarlo, cuando se presentan para desalojarle cuatro mil quinientos franceses con quinientos facciosos mas, para apoyar su movimiento, obrando sobre nuestra retaguardia.

Rompen los primeros un vivísimo fuego, mientras, diseminados los segundos, hostigan de mil modos á los Constitucionales. Vence en fin el número. Al cabo de una hora de resistencia, penetran aquellos en la aldea, viéndose precisados los últimos á emprender la retirada. Acósanlos divididos en tres columnas los Franceses; resiste en posicion Lloberas, pero en vano: hostigado de frente y por los flancos, no le queda otro recurso que vender cara á los enemigos la victoria.

Efectúa por escalones su retirada,

disputando los cerros y desfiladeros, por manera que la accion, que empezara á las once de la mañana en Castell Tersol, termina por la tarde en S. Feliu del Piñó. Perdieron unos cien hombres los liberales, y no menor número los enemigos

Durante la noche reunióse Lloberas con Milans en Moncada, corta poblacion distante unas dos horas de Barcelona, alrededor de cuya plaza permaneció la primera division hasta el 6 de julio, época en que ocuparon los Franceses á Mataró y Granollers.

La tercera division secundaba, ya los movimientos de la primera, ya los de la cuarta.

Creyendo el Jeneral en jefe que á favor de las marchas y contramarchas habia alucinado al enemigo, ocultándole su verdadera posicion, resolvió aprovechar esa momentánea indecision para dar un golpe de mano.

Acababa de llegar á Vich un considerable convoy de víveres, y penso Mina apoderarse de él. Púsose en marcha al

anochecer, siguiendo, segun costumbre, una direccion contraria á la que queríamos emprender. Al cabo de algunas horas variámos de direccion, lo que no pudímos efectuar muy á satisfaccion nuestra, circunstancia que parecia ya de tristísimo presajio.

Andaban descarriados los cuerpos: la noche y lo quebrado del terreno, todo concurria á retardar nuestra marcha. Lográmos por último reunirnos á eso de la media noche, y á poco continuámos nuestro movimiento, llegando al despuntar la aurora á la vista de una avanzada de la guarnicion de Vich. Dispárase para cortarla el teniente Rivas, edecan del comandante jeneral Gurrea, seguido á galope de algunos caballos. Recíbenle empero con mortífera descarga; cae muerto su caballo, y él propio es tambien herido. Repliégase la avanzada, y gana una desierta colina, donde se reune con un numeroso destacamento que la coronaba. Jeneral es en la ciudad la alarma, y óyese por do quier el redoble de los tambores. Desea

hprovechar el escuadron que llevábamos ese momento de desórden ; adelántase precipitadamente y llega á las puertas ; pero cae traspasado el comandante que entrara primero, y han de retroceder sus soldados. Sucede á la sorpresa el ataque : todo nos prometia desastres. Una circunstancia contribuyó no poco á ello. Cuando abandonaran Vich nuestras tropas, no demolieron las fortificaciones : subsistian todavía las murallas ; el valor sin embargo hizo desoir la voz de la prudencia, y resolvióse dar el asalto. Dirijióse Gurrea á la colina, donde se hiciera fuerte la avanzada enemiga : desalójala el valiente capitan Ruiz de Guzman, y dispérsala. Toman varios piquetes de caballería todas las avenídas que conducen á la plaza. Distribúyense las compañías lijeras sobre las dos alas de la línea de ataque. Fórmanse en pequeñas columnas sobre la segunda línea las tropas destinadas á escalar el muro, mientras permanece fuera de tiro la reserva. Viciosa era á buen seguro tal disposicion,

dada por el Jefe del Estado mayor: sin duda era este el primer error que cometia durante la presente guerra..... tambien fué el último!

Aun no se han movido nuestras tropas, y sin embargo llueve ya sobre ellas la muerte, porque frailes, paisanos y mujeres, todos son en Vich soldados. Los únicos que maniobran en nuestra línea son algunos zapadores, con los cuales pretende Zorraquin abrir brecha para penetrar en la ciudad. No podia durar tal inaccion, y acabó con quien la motivara. Siéntese herido de muerte Zorraquin, mas no cae, antes bien siéntase con su acostumbrada calma, y manda decir al Jeneral en jefe que no cuente ya con su jefe del Estado mayor. Mina, que no podia mirar con indiferencia una accion tan mal empeñada, no pudo contener un movimiento de despecho al saber la fatal nueva. «¡Lo merece!» esclamó con un jesto de indignacion: pero dió al propio tiempo órden para salvarle. El fuego de los enemigos dominaba el sitio donde se en-

contraba todavía el malogrado Jeneral, por manera que no sin gran riesgo se le pudo conducir á alguna distancia cubierto en un lienzo. Así que le vió en seguridad, ordenó el Jeneral en jefe la retirada. Reunió la infantería sobre una loma, formó en vanguardia la caballería y dirijióse sobre una colina distante como media legua de la plaza. Detúvose corto espacio de tiempo en lo mas alto para curar los heridos, y ganó despues la montaña. Cortísima fué la pérdida de la guarnicion de Vich compuesta de ochocientos franceses y seiscientos facciosos; pero la nuestra consistió en mas de ciento y cincuenta hombres fuera de combate.

Disponíase al amanecer á trasportar los heridos á Cardona una columna compuesta de un batallon de lijeros y dos compañías de injenieros, al mando del teniente coronel Osorio. Rehusaba con todo partir el Jeneral Zorraquin, que veia tranquilamente acercarse su postrer hora. « Está decretada mi suerte, decia al Jeneral en jefe, dejadme; como

me deis un poco de opio para dulcificar mis tormentos, moriré tranquilo, y no podré serviros de embarazo. » No desconocia Mina que era desesperado su estado, pero alcanzábasele tambien la crueldad de los rebeldes, y no quiso esponerle á que cayese en sus manos: hízole por lo mismo partir para Cardona.

Echáronse de ver á poco los síntomas de muerte, y Zorraquin entró en delirio. Detúvose la escolta, y entraron al Jeneral en un molino que se encontraba á un lado del camino. El moribundo esclamaba en la exaltacion de sus ideas: « Dadme el plano, ¡ qué bella posicion! qué admirable punto! » Tales fueron sus últimas palabras. Su muerte inspiró el mas vivo y jeneral sentimiento: sabio, modesto y constante como el primero, únicamente tenia un defecto, del que fué víctima: su valor dejeneraba no pocas veces en temeridad.

Siguió su marcha la columna y trasportó sus restos al cementerio de Gironella, sin que el estado de los heridos

y el riesgo que se corria permitiese tributarle los fúnebres honores que le competian : toda su pompa lúgubre consistió en lágrimas , pero en lágrimas de guerreros. Tres dias despues habian ya desenterrado su cadáver y echádole en un muladar; de suerte que el hombre que consagrara toda su existencia á la felicidad y gloria de su patria, que acababa de hacer por ella el último sacrificio, ni pudo encontrar reposo en la tumba : nególe el fanatismo hasta el asilo que se concede á un ajusticiado!

Á corta distancia de Gironella encontró la columna de Osorio á la del comandante Bacigalupi, quien, instruido por espreso del Jeneral en jefe, saliera de Cardona á su encuentro. Entrególe aquel los heridos, y reunióse otra vez á la division, que hostigaba vivamente el baron de Eroles. Colocóse Mina en la retaguardia amenazada, y frustróse la intentona del baron.

Llegámos por último á la Seo de Urjel, despues de tres dias de penosa mar-

cha, y guardando siempre una actitud imponente.

Nota biográfica.

Zorraquin (D. Mariano), jeneral de injenieros, diputado en las Cortes de 1820, nació en 1779. Coronel, cuando los tratados de Bayona, sirvió con fruto en las campañas de la guerra de la independencia. Señalárase ya por sus talentos superiores y por su estraordinario carácter, cuando cayó prisionero, y fué conducido á Francia, donde pudo perfeccionarse en las matemáticas.

Restablecida la paz, restituyóse á su patria. No menos celoso, pero mas sabio que antes, fué mas útil, dedicándose á la instruccion de cadetes; y fuerza es confesar que le debe en el particular muchos adelantos la España. Nombrósele profesor del real Colejio de Injenieros en Alcalá de Henares, donde permaneció, hasta que en 1820 fué elejido diputado á Cortes.

Distinguióse en estas por sus luces,

y fué uno de los mas activos miembros de las comisiones, de la de guerra sobretodo. Confiriéronle, al terminarse la lejislatura, el grado de brigadier, y pasó al ejército de Cataluña. Nombrósele mariscal de campo al terminarse la primera campaña, y poco despues ministro de la guerra. Como prefiriese no obstante la gloria del campo de batalla á la del gabinete, pereció víctima de su jeneroso desprendimiento.

— —

LIBRO CUARTO.

DESDE LA CATÁSTROFE DE NURIA HASTA LA CAPITULACION DE BARCELONA.

CAPITULO I.

DESDE PRINCIPIOS DE JUNIO HASTA MITAD DEL PROPIO MES.

Salida de Urjel. — Derrotan dos oficiales del Jeneral Mina á ochocientos facciosos. — Entra aquel en Francia. — Principia la retirada de Nuria.

Utilísimo le era al Jeneral en jefe apoyarse momentaneamente en Urjel, pero muy perjudicial detenerse demasiado en dicho punto. Á mas de que hubiera consumido en poco tiempo los víveres de una plaza no muy abastecida, veíase en peligro de ser bloqueado instanta-

neamente por fuerzas superiores. Debia pues únicamente sacar partido de la velocidad de sus movimientos. Viendo que eran muy considerables las fuerzas á que debia hacer frente la primera division, para ganar el terreno que perdiera y mantener comunicaciones con Figueras, resolvió socorrerlas á entrambas, abandonando la plaza que ocupara. En aquella empezaban á escasear los víveres, justamente cuando en la ciudad de su nombre acababan de llegar provisiones que hubieran podido llenar aquel déficit. No era muy numerosa la escolta enemiga que los defendia, por manera que á favor de un repentino ataque, secundado por una salida de la guarnicion, acaso nos hubiéramos apoderado de ellos: para obtenerlo resolvió Mina aventurar una tentativa.

Su aparicion sobre la retaguardia enemiga y su rápido movimiento de una á otra estremidad de la frontera debian ciertamente dividir la atencion de los Franceses, obligándoles á efec-

tuar una marcha retrógrada ó á dirijir al menos al punto atacado parte de sus fuerzas, dando de esta suerte un respiro á la division de Milans no menos que á las otras. Encontrábase además Romagosa en Bellver con ochocientos facciosos, y precisamente íbamos nosotros á pasar por este punto.

La víspera de su salida destacó el Jeneral en jefe á Linati paraque ocupase el puente de Bar, sobre el camino de la Cerdaña, entre Urjel y Montallat, con órden de cortar el paso á quien quiera que se presentase. Mandó distribuir bizcochos por cuatro dias á los soldados, y tomó la direccion de Bellver. Á las dos horas formóse la division en dos columnas; una de ellas, al mando del coronel Gurrea, tomó una senda á la izquierda trepando por una montaña para interceptar el camino entre Bellver y Puigcerdá, cortando así la retirada á Romagosa. La otra siguió á las órdenes del Jeneral en jefe su camino hasta cierto paraje donde forma aquel un ángulo, surcando por enmedio de varias

colinas. Hicímos alto en esta posicion, donde permanecímos lo restante del dia y parte de la noche para dar tiempo á Gurrea de llegar al punto señalado. Emprendímos por último nuestra marcha hácia Montallat, que descubrímos al amanecer. Así que dejámos atrás este pueblo, dispuso Mina sus tropas de manera que le fué á Romagosa forzoso defenderse ó replegarse sobre Puigcerdá. Tomó parte de nuestra columna una direccion diagonal para impedirle otra cualquier retirada, y lo restante se preparó á atacarle de frente. Fuese ya confianza en los Franceses ó pundonor para no retroceder, teniendo á aquellos por testigos, ello es cierto que nos acercámos á ellos sin que al parecer llevasen intento de huirnos; pero cambiando á poco de resolucion, decláranse en retirada. Arrójanse entonces tras ellos cuatro oficiales del Estado mayor, un teniente de dragones y un voluntario de la milicia nacional de Madrid; dispáranse dos de entre estos sobre su retaguardia, que, creyéndose perseguida por toda la ca-

ballería, dispérsase á derecha é izquierda, abandonándoles el camino. Colocados así entrambos entre la retaguardia enemiga y su cuerpo principal, presumen poder aterrar á los segundos como lo han hecho con los primeros. Vuelven á la carga, caen sobre los de Romagosa al salir estos de una aldea, precédenles el terror y el desórden. Arrojan los tambores las cajas y los soldados sus bagajes; todos se dispersan, todos huyen sin que sean osados á mirar hácia atrás. Alcanza M. Palliette á un jóven fujitivo, y va á dispararle un tiro, pero detiénele su compañero el capitan Galli. Su gloria ha debido alcanzarse sin sangre.

Preséntase á poco Mina á la cabeza de algunos caballos: recibe los despojos que le ofrecieran sus dos oficiales, y concédeles el indulto de los prisioneros á instancia de aquellos. Aun no se nos habia reunido la infantería, á escepcion de algunos migueletes: lo restante de la caballería se habia estraviado. En vano quiso el Jeneral en jefe emprender la

carga: inútiles fueron sus esfuerzos, puesto que habian desaparecido ya los rebeldes. No obstante toda su actividad y celo, no le fué á Gurrea posible llegar á tiempo.

Por la tarde entró Mina en territorio francés, y acampó en una loma á la salida de una aldea que forma triángulo con Puigcerdá y las Guinguetas.

Los que gustan hacerse ilusiones ó pasear su imajinacion por el pais de las quimeras están clamando porqué hubo de retroceder Mina ante un ejército visoño, siendo así que podia lograr en Francia un jeneral alzamiento. Deténganse un momento los que tal dicen á contemplar la soledad de su campamento, y decidan luego. ¿Se le presenta acaso á rendirle homenaje alguna autoridad, un solo individuo francés? Todos los habitantes por el contrario corrieran á refujiarse en las montañas, y no sabíamos cómo procurarnos una libra de pan. No ignoramos que la opinion jeneral no debe buscarse en pequeñas aldeas; aun mas: así que los habitantes

pudieron conocer las escelentes disposiciones de Mina, apresuráronse á volver á sus hogares y á familiarizarse con nosotros: ¿es creible sin embargo que los patriotas franceses, tan duchos y esperimentados en materia de revoluciones, abriesen sus ciudades al primer grito de ¡*viva la libertad!* pronunciado por nuestro Jeneral en jefe? Harto pueden conocer que la libertad no será nunca un presente hecho por una nacion estraña.

Nada prueba el que se restituyesen á la aldea sus habitantes: alejáralos el temor, y llamólos la seguridad. Hablando en plata, mas parte tuvo en su vuelta el interés que el patriotismo: ello fué que hasta el agua pagámos. No tardó nuestra division en tomar la senda de la montaña que conduce á Rivas.

En la guerra como en la paz somos siempre el juguete de la fortuna. Saliéramos de Urjel para socorrer á Figueras, cuando nosotros mismos debíamos andar buscándonos víveres al través de las montañas de Nuria.

Siguiéronnos algunas tropas de Puigcerdá, en cuanto nos vieron á cierta distancia, hasta la cumbre de la montaña. Presumiendo que seria acaso Romagosa que deseaba el desquite, esperámosle á pié firme, pero viendo que no osaba adelantar, seguímos nuestro movimiento: de nuevo nos vino á los alcances, y vímosle al anochecer en lo mas alto de una colina, á media legua de distancia de la posicion que ocupáramos. Dióles Gurrea caza con un batallon de lijeros, y logró ahuyentarlos. Al dia siguiente, atravesámos muy de mañana Rivas, y nos dirijímos sobre Camprodon, en cuyo punto nos fué indispensable detenernos para adquirir noticias. Continuámos en seguida nuestra marcha, y á los seis dias de nuestra espedicion, llegamos á Tortellá (1).

(1) Encuéntranse Tortellá y Besalú á cortísima distancia, pero ofrecen sus habitantes caracteres en estremo distintos. Allí todo es confianza y cordialidad, aquí todo reserva y egoismo. Sin embargo hay en Besalú un convento... ¿De qué sirven pues esos decantados focos de la civilizacion y de las luces?

Acampáramos á la salida de este pueblo, cuando se presentó al Jeneral en jefe un jóven faccioso cubierto de polvo y nadando en sudor, para anunciarle que se adelantaban contra él con fuerzas superiores el jeneral Saint-Priest y el baron de Eroles, quienes se encontraban únicamente á una legua de distancia. Sin dar á esa relacion mas crédito del que merecia, preparóse con todo Mina; nadie compareció empero, y emprendímos desde este momento la retirada.

Ya no debia sin embargo efectuarse esta por Comprodon, sino por Siete Casas, por la mas elevada cumbre de los Pirineos, al través de enormes moles de nieve, donde no se estampara nunca humana huella. Caminámos hasta el anochecer, sin que nos fuese dado encontrar sitio donde acampásemos: y no obstante impedíannos dar un paso adelante la oscuridad, la lluvia y lo quebrado del terreno. Fuerza fué detenernos y tomar posiciones, colocando centinelas en varios puntos, paraque no se descarriasen los soldados. La au-

rora siguiente vino á alumbrar nuestros desastres. Apesar de cuantas precauciones tomáramos la víspera para librar de riesgos á nuestros soldados, cayeron gran parte de ellos en un abismo, donde descubrímos sus cadáveres mutilados. Emprendímos de nuevo nuestra marcha, y al cabo de diez y seis horas de peligros llegamos por último á Siete Casas. Sabedor de nuestra direccion el enemigo, faldeaba las montañas por cuyos riscos trepábamos nosotros. Teníamos en acecho al jeneral Saint-Priest, con tres mil Franceses sostenidos por igual número de facciosos, á las órdenes del baron de Eroles, quien ocupaba Camprodon en el momento en que desfilábamos nosotros por Siete Casas. No amaneciera todavía, pero sobrado conocíamos los peligros que nos amenazaban: seguímos con todo nuestra penosísima retirada, andando algunas leguas ceñidos siempre de nieve, precipicios y densa niebla.

No siente mayor alegría un niño al ver á su nodriza que la que esperimen-

támos nosotros al vislumbrar entre las elevadísimas cumbres el color de la tierra. Descubríase en medio de una loma, al pie de una montaña, la ermita de nuestra Señora de Nuria. Bajámos á ella, ó, por mejor decir, nos precipitámos á pasar la noche en su recinto.

Renació el dia, y con él todos nuestros males. Sigue la columna el movimiento, encaramándose por decirlo así por una montaña casi perpendicular. Cae á grandes chopos la nieve y cúbrenos la niebla; sucede á aquella la escarcha que arroja contra nuestros rostros un furioso torbellino. Inflamados nuestros ojos, diríase que están llorando sangre. Sopla con mas vehemencia el viento; parece que desencadenados los elementos, amenazan precipitarnos en los abismos: algunos hombres y caballos han perecido ya. Disípase de repente la niebla: todo se presenta fúnebre y desierto á nuestra vista; ha desaparecido la vanguardia. En vano pretendemos persuadirnos que nos la encubre alguna sinuosidad, alguna colina: raso

aparece el único sendero, y solo se deja ver una dilatada superficie de nieve, pero ningun sér viviente. Á vista de tan horroroso espectáculo, queda Mina inmóvil. Clava en el cielo sus ojos; mira despues la cadena de desgraciados que le siguen, y esclama con el acento de la desesperacion. «¡Si pereciese yo únicamente!.... pero causar la muerte de tantos valientes.....» Procura su edecan Galli disipar tan melancólicas ideas, y ruégale que no lamente la suerte de algunos patriotas á quienes espera la inmortalidad. Sonríese amargamente Mina. «Probad, le dice, si podréis avistar la retaguardia, y decidle á Osorio que nos es forzoso volver atrás. (1)» Dispónese á obedecer el oficial; estrecho es el sendero y ceñido de precipicios; el menor traspié puede ser seguido de la muerte. Apóyase en el soldado que ve mas cerca; de este á otro, y logra encontrar por fin á Osorio: pero hiela el

(1) En esta memorable marcha mandaba Gurrea la vanguardia, Mina el centro, y Osorio la retaguardia.

frio sus labios, y puede únicamente hablar por signos. Recibe el Comandante la órden, y ejecútala con calma: volvímos de consiguiente á la Ermita, donde secámos nuestros vestidos y limpiámos nuestras armas para tomar el camino de Rivas. Habíase ya puesto en movimiento la columna, cuando llega un guia con la nueva de que en las inmediaciones de aquel pueblo se encontraba una fuerte division enemiga. Volvímos de nuevo á Nuria. Ya no nos quedaba otro medio que seguir el camino que abandonáramos, ó trepar por una montaña, vírjen como los Alpes, antes de pasarlos Aníbal. Si adoptábamos el primer proyecto, debíamos andar dos jornadas sin encontrar víveres: decidióse el Jeneral en jefe por el segundo. Púsose á la cabeza de la columna, y la naturaleza fué vencida. Encumbrámonos sobre esos soberbios picos que besan las nubes, y descubrímos la Cerdaña. Renació en nuestros pechos la esperanza, y nos creímos ya salvados.

CAPITULO II.

Sigue la retirada de Nuria. — Aparicion de nuestra vanguardia. — Combate de Vall de Sevolleras. — Capitulacion de Gurrea. — Salida de Livia. — Anécdota de Guils. — Caida del Jeneral Mina. — Llegan á Urjel los restos de la division.

Nos encontrábamos por este tiempo en tan miserable estado, que tuvímos á gran dicha saber lo que nos hubiera en cualquier otra circunstancia llenado de dolor. Supímos en Livia que nuestra vanguardia habia perecido combatiendo. Lograra por dicha Gurrea llegar, antes que estallase la tormenta, á la cumbre de la montaña, aunque con pérdida de setenta hombres que resbalaran para sepultarse en los abismos. Entró á poco en Vall de Sevolleras, primer pueblo de la Cerdaña francesa, donde tomó posiciones con arreglo á las órdenes del Jeneral en jefe. Viendo que no aparecia la columna, envia á

las cercanas colinas por si se la descubria: en vano empero, ni sabe que opinar de este retardo. Aguarda aun Gurrea; acércase el enemigo; nadie comparece, y no sabe aquel qué partido tomar en tan crítica situacion. Reune sus ayudantes para esponerles el estado en que se encuentran y pedirles consejo. Convienen todos en que es inútil y peligroso esperar mas tiempo, y que se hace indispensable tomar á toda costa el camino de Urjel. Emprende la columna su marcha, sirviéndole de guerrillas dos compañías de lijeros, y de caballería dos dragones, únicos que le quedaban. Llega á la encrucijada de los caminos que conducen á Puigcerdá y á Durria, y preséntasele sobre una colina un batallon francés. Opónele Gurrea una compañía de granaderos, desarrollando á la vez tambien todo su batallon. Pero aparecen nuevas columnas enemigas; diríjese sin embargo á las mas cercanas, atácalas á la bayoneta, y derrotan sesenta hombres á todo un batallon francés. No obstante esta ven-

taja, conoce Gurrea lo difícil y aventurado de su posicion; estaban en descubierto sus flancos, y venia cansadísima y estropeada la mayor parte de su tropa: no le quedaba pues otro partido que emprender la retirada. Efectúala por escalones, disputando á palmos el terreno y conteniendo durante siete horas á fuerzas décuplas. Pudo por fin llegar á Vall de Sevolleras, donde hizo un alto bajo el fuego de los enemigos. Haciendo no obstante el último esfuerzo, probó con sus valientes de trepar por una escarpadísima montaña que les cortaba el paso. Iban á tocar á su cumbre, cuando la ven ocupada por los enemigos, quienes los amenazan á la vez por el frente, por la espalda y por los flancos. Veíase Gurrea con solo la mitad de sus tropas, y aun entre estas gran número de heridos... y le fué forzoso rendirse. Así fué como sucumbió un puñado de Españoles que supieron reproducir los prodijios de los defensores de Numancia.

Presentó Gurrea su espada al jeneral

Saint-Priest. —«No, le dijo este, muy digno sois de conservarla.» Y en seguida, mostrándole su sombrero acribillado de balas, preguntóle dónde estaban sus soldados. —«Vedlos ahí», respondióle Gurrea. Parecíale increible al Francés, puesto que estaba creido que mandaba Mina una accion tan vivamente sostenida. Trató jenerosamente á los prisioneros, librándoles de los ultrajes de los rebeldes.

Quien considere los contratiempos á que se viera espuesto Mina, sus marchas y fatigas, no estrañará que se viese en la precision de pedir municiones en Livia. Mandó asimismo al alcalde que reuniese pan y vino para animar la tropa, pero insensible aquel al infortunio, corrió en busca del enemigo para revelarle nuestro mísero estado. Penetró Mina su perfidia, y púsose inmediatamente en movimiento poco antes de media noche. Tomámos la direccion de Urjel, y nos encontrábamos ya á la altura de Puigcerdá, viéndonos á dos millas de distancia de este pueblo,

cuando descubrímos una avanzada enemiga. Osorio, que mandaba la vanguardia, atacóla á la bayoneta, y dispersóla en un abrir de ojos. Presajiaba sin embargo esta avanzada la proximidad de fuerzas mas considerables, puesto que saliera de una cercana aldea. ¿Cómo hacer frente á numerosa division con tan cansadas tropas? ¿qué debíamos resolver en situacion tan apurada? Nos poníamos bajo el fuego de los enemigos, si penetrábamos en el pueblo, y era al propio tiempo precaria nuestra situacion en la llanura. Por otra parte no podíamos encontrarnos en seguridad hasta llegar á Guils á favor de un rápido movimiento. Cualquier reconocimiento, el menor rodeo, exijian pérdida de tiempo que podia sernos fatalísima. Dudaba aun Osorio, y creí ser deber mio sacarle de tal perplejidad. Precipitéme al pueblo, sin que nadie se me opusiese, por manera que continuó su movimiento la columna sin encontrar obstáculo.

No pude yo decir otro tanto; llevado

de engañoso ardor, aventuréme hasta subir á una colina, desde la cual, bajando hácia la llanura, podia descubrir las posiciones del enemigo. Llegué por fin al término que me proponia, pero al querer reunirme de nuevo á la columna, separábame de ella un batallon faccioso. Tuve que trepar por la montaña, meterme por entre los zarzales, encaramarme por los peñascos; y cuando me creia libre ya..... héteme que me iban á los alcanzes algunos corpulentos montañeses con sus buenos arcabuces: yo tenia únicamente mi espada, y tuve que huir de nuevo. Á poco sin embargo rindiéronme la sed y el cansancio: iba á sucumbir, cuando ví un arroyuelo, en cuya agua encontró mi cuerpo un bálsamo. Recobro mis perdidos brios, emprendo con mayor ímpetu la carrera, escápome á cuantos me persiguen, y alcanzo una cuesta menos rápida, en la cual descubro algun ganado. El contraste entre las alarmas guerreras y la tranquilidad de la cabaña atráenme apesar mio. Busco al dueño, pero llámole

en vano, porque nadie me responde. Recorro con la vista el cuadro que se me presenta, y descubro á un niño que permaneciera agachado entre unos peñascos. Diríjome á él y logro que me conduzca á la cabaña, donde me recibe su padre, invitándome á tomar á su lado una sopa de ajo, que encontré sabrosísima, por lo mucho que me aguijoneaba el hambre.

Entrámos desde luego en familiar conversacion; abríle mi pecho, y mostróse digno de mi confianza. Manifestóme que su cabaña era frecuente guarida de facciosos, pero que era mas peligroso alejarme en aquel momento que pasar la noche á su lado. Insiguiendo sus planes, quedámos que á la mañana siguiente me conduciria él mismo por seguro sendero á la Seo de Urjel. Para evadirme mejor á toda suerte de pesquisas quitéme el uniforme, vestíme de pastor, y disponíame á ir á guardar el rebaño, cuando conocí que mi bigote debia descubrirme á la legua. ¿Cómo deshacerme de él sin embargo?

Faltábanme á mí navajas y al pastor tijeras ; ni era tan fácil hacerlos desaparecer en un momento. Ello con todo era urjentísimo y cardinal negocio ; tomo un tizon encendido, é iba á descartarme de tan incómodas escrecencias, cuando me veo correr á todo escape al niño gritando : *Fugiu, fugiu, que son ells.* Salir, entrar, tomar otra vez mi uniforme, y dar un cordial adios á los pastores, fué todo obra de un momento. Pude alcanzar la columna y verme de nuevo en los brazos de mi Jeneral que me creia ya muerto.

Desde las cercanías de Guils no habia dejado Mina de tirotearse siempre con el enemigo, quien con columnas frescas, superiores en número y colocadas de distancia en distancia, probara por tres veces á cerrarle el paso. Exánimes los soldados ya, no podian sostener las armas : presentábaseles empero el Jeneral, y quedaba al momento espedito el camino. Despues de nueve horas de refriegas y penosísima marcha, acababa de entrar la columna en una especie de

raso, cuando dispuso hacer un alto el Jeneral en jefe, y corrió con su anteojo en la mano á observar los movimientos del enemigo. Trepó por las cercanas eminencias, y desde estas examinó atentamente las diferentes gargantas por las cuales podia asomar. Practicado apenas su reconocimiento, hételo que da un traspié, vacila y cae entre los peñascos. Levántanle, pero se le ha fracturado una pierna, y arroja sangre por la boca; no cede sin embargo á la vehemencia de sus dolores, antes anima á sus soldados, y háceles emprender de nuevo la marcha. Juzgando con todo que no se encuentran en estado de llegar aquel mismo dia á Urjel, toma el partido de adelantarse él mismo para enviarles auxilios. Los restos de la division llegaron por último á aquel suspirado término: parecian antes espectros que vivientes criaturas.

Ningun obstáculo habia obstruido la marcha de dos compañías de tiradores de la columna de Gurrea, que se pusieran en movimiento algunos minutos

antes que su cuerpo. Puede que sin el huracan que nos detuvo en Nuria, hubiésemos igualmente huido el cuerpo al enemigo. La naturaleza pareció contrariarnos, y costáronnos mil hombres algunos momentos de retardo.

CAPITULO III.

DESDE MEDIADOS DE JUNIO HASTA PRINCIPIOS DE JULIO.

Diríjese el Jeneral en jefe á Barcelona. — Alarma de Sta. Coloma de Queralt. — Tránsito por Tarragona. — Llegada á Sans. — Reemplaza á Zorraquin el coronel Evaristo S. Miguel. — Compónese una sola division de cuantas fuerzas habia disponibles. — Derrota de Mataró. — Entrada del Jeneral Mina en Barcelona. — Pasa el Estado mayor á Tarragona.

Decidiera la catástrofe de Nuria la suerte de la Alta-Cataluña. Merced á dos dias de descanso, á los socorros de la medicina y á un espíritu enérjico para

arrostrar todos los peligros, á fin de llevar á cabo sus patrióticos proyectos, pudo Mina ponerse en camino para Barcelona, en cuyo punto confiaba encontrar medios para reparar sus desastres. Siguióle parte de la division de Nuria, reemplazando con soldados de la guarnicion de Urjel á los que no se encontraban en estado de seguirle. Á duras penas podia el Jeneral sostenerse sobre su caballo, pero pudo llegar por fin á Orgañá, y sucesivamente á Oliana y Pons, llegando el 20 de junio á Gra. Algunas horas antes de llegar á esta última aldea, reuniérasele su antiguo escuadron de coraceros, que permaneciera en Cardona desde que abandonara Vich á principios de la campaña. Dirijímosnos desde luego á Sta. Coloma de Queralt, mas fué recibida á tiros nuestra avanzada; oímos tocar á rebato, y vímos desde luego coronadas de jente las murallas y asestados contra nosotros los fusiles. Quisímos darnos á conocer; enviámos parlamentarios, que no fueron admitidos. Los desastres de

la primera campaña hicieran en estremo cautos á sus habitantes, y no quisieron comunicar con nadie antes de haber hablado con Mina. Preséntase este : ábrense las puertas : precipítanse las autoridades desde lo alto de las murallas á nuestros brazos. Resuena por do quier el nombre del Jeneral en jefe, y es el objeto de todas las aclamaciones. Pasámos la noche en union con tan decididos patriotas, y seguímos el dia siguiente nuestra marcha, llegando al anochecer á Tarragona.

Tuvo en esta ciudad algunas conferencias con el jeneral Manso, una entre otras en que los médicos acababan de declararle á aquel el triste estado de su salud. Ceñíanle silenciosos una multitud de oficiales, y dirijiéndose á Manso con festivo tono, le dijo: — « Amigo, tócaos ya ser el defensor de Cataluña; en vos pongo mi confianza entera ». Enternecieron á Manso estas palabras, y respondió: — « Agradezco en alto grado el favor que me dispensais, y haré cuanto esté á mis alcances para secundar vuestras miras. »

Al dia siguiente entró Mina en un coche, y trasladó su cuartel jeneral á Sans, pequeño pueblo distante una milla de Barcelona.

El ex-ministro, coronel Evaristo San Miguel, siguió al Estado mayor jeneral: digno sucesor de Zorraquin, no abandonó nunca nuestra filas, hasta que cubierto de heridas y dejado por muerto en el campo de batalla, cayó en poder de los enemigos.

Á los siete dias de nuestra salida de la Seo de Urjel, fué bloqueada la plaza, y á poco lo fué tambien la de Hostalrich.

Despues del desastre acaecido á la cuarta division, no podia permanecer aislada la tercera: así fué que se replegó sobre la Baja-Cataluña para reunirse con la primera. Veíase ya en esto amenazada la segunda por el ejército enemigo de Aragon, y le fué preciso concentrarse sobre la línea de Tarragona y Tortosa.

Desde últimos de junio podia decirse que no teníamos nosotros mas que una division, la del jeneral Milans. Co-

mo hubiese recibido el refuerzo de un batallon de línea de la guarnicion de Barcelona, y dos además de milicia provincial, ascendia por este tiempo á unos siete mil hombres. Tal reunion de fuerzas, y la inaccion además en que permanecian los cuerpos enemigos que le observaban, no le permitian á Milans permanecer ocioso. Resolvió de consiguiente dar un golpe de mano, capaz acaso de cambiar la faz del teatro de la guerra en el distrito de su cargo, puesto que así podia dar un respiro á las demás divisiones que aun no se habian disuelto. ¿Quién puede presumir los resultados de una accion ganada ó perdida?

Dejara el ejército francés en Mataró sus caudales y almacenes, defendidos por cuatro mil hombres, á quienes se propuso sorprender el Jeneral Milans. Era aquella ciudad patria suya, donde tenia numerosos partidarios, pudiendo en todo caso contar con la cooperacion de muchísimos compatriotas. Interceptó la comunicacion de Granollers á Ma-

taró, y con todas sus tropas cayó en medio de la noche sobre este punto con la caballería á la cabeza de la columna. Estaban empero muy bien defendidas las puertas, y fué recibida la caballería con mortífera descarga. En vez sin embargo de dispararse contra la avanzada enemiga para arrollarla y penetrar en las calles, volvió atrás tan precipitadamente las riendas, que esparció por doquier la turbacion y el desórden. En vano probó el Jeneral á alinear sus soldados: inútiles fueron todos sus ruegos y amenazas; forzoso le fué ceder al torrente y restituirse á las posiciones de donde saliera. Diseminados los Franceses en el momento del ataque y repartidos en sus alojamientos, corrieran despues á las armas, saliendo en persecucion de los liberales, á quienes alcanzaron, merced á su desórden, pudiendo causarles gran pérdida, si no hubiese cubierto la retirada Pacchierotti con sus Italianos y un batallon español de lijeros. Á la cabeza de los lanceros mostróse el conde Bianco dignísimo del

mando que le estaba confiado.

Las intentonas nocturnas, y particularmente las sorpresas, dependen mas de la imajinacion que del aliento del soldado. Perdido está todo si se apodera de él el terror pánico, y el que amagaba dar el golpe es quien lo recibe.

El desastre acaecido á Milans probó asimismo lo que tantas veces ha demostrado ya la esperiencia, y es lo inciertos que son los ataques confiados á una arma sola, y mucho mas de la caballería, que, si se ve precisada á replegarse, solo puede hacerlo desordenando á la infantería.

Las penalidades del viaje empeoraran la salud de Mina: justamente en los mas críticos momentos le fué preciso retirarse. No fué recibido con músicas ni pompas: el silencio, algunas antorchas y la soledad de la noche, ved el triunfo reservado al vencedor de la faccion de Cataluña.

Reuniéronsele
oficiales de su co

Milans debia de todos modos engrandecer el círculo de sus operaciones, si no queria perecer por consuncion. La capital de Cataluña podia de un momento á otro ser bloqueada, en cuanto viese el enemigo que despejaban nuestras tropas el camino. No quiso á vista de esto Mina esponer su Estado mayor jeneral á verse sitiado, y envióle por lo mismo á Tarragona.

CAPITULO IV.

DESDE PRINCIPIOS DE JULIO HASTA FINES DE AGOSTO.

Accion de Molins de Rey. — Refriega de Martorell. — Sale de Barcelona el Jeneral Saus. — Acciou de Jorba.

El 6 de julio evacuó Milans las posiciones que ocupaba en las cercanías de Barcelona, y situóse en Molins de Rey, punto de combates y muerte para cuantos combatientes se encuentran en Cataluña. Dispuso que el coronel Miranda

pasase á la orilla opuesta del Llobregat, para apoderarse de la primera aldea que encontrase sobre el camino de Tarragona, y envió al propio tiempo á Lloberas paraque se situase en Martorell. Atacáronle al amanecer del dia 9. Despues de haber opuesto alguna resistencia á la entrada del pueblo, retiróse al otro lado del puente, donde ofrece el terreno mas ventaja; pero con todo habia ya perdido la mayor de todas, cual era cargar á un enemigo por columnas cerradas en un punto donde su vanguardia distaba mas de dos millas de su retaguardia. No tenia Milans artillería, y debia por lo mismo sacar partido de sus bayonetas, lo que no pudo efectuar despues, por haber llegado ya el tren de los franceses. No tardaron en cruzarse sobre la orilla del Llobregat mil balas y granadas. Únicamente podia oponerles aquel un fuego de fusilería, pero supo defender su puesto, y sostuvo durante muchas horas el mas obstinado combate. Empeñóse por último el enemigo en querer pasar el puente; adelántanse

con denuedo su infantería y su caballería; titubean unos instantes, pero inflámalos su grito de guerra, y todo lo arrollan. Obligado á defenderse en retirada, repliégase Milans sobre Martorell. Compraron cara los enemigos tal ventaja, puesto que les costó mas de trescientos hombres fuera de combate, no llegando al tercio nuestra pérdida. Entrambos partidos cometieron este dia grandes faltas en disposiciones, órden y disciplina. Obstináronse en forzar el puente, cuando en algunos puntos era vadeable el rio, y en cuanto quisieron despues vadearlo en ciertos puntos, les imposibilitó la lluvia el movimiento.

Perdieron en este encuentro los Italianos su segundo comandante, el mayor Brescia, á quien le alcanzó una granada precisamente en el paraje mismo donde tanto se distinguiera algunos años antes, peleando bajo las banderas de Napoleon.

Al mediodía fué atacado en Martorell el jeneral Lloberas, habiendo sostenido bien ambas partes la refriega: fuertes

eran las posiciones de aquel, pero numerosas las tropas de su enemigo. Anduvo incierta la victoria, y llegó la noche antes que se hubiese decidido: la pérdida fué tambien mayor de parte de los franceses.

Hubo aun el mismo dia otra refriega Para dividir la atencion y las fuerzas del enemigo, como tambien para cortarles en todo caso la retirada, dispuso el Jeneral en jefe una salida de Barcelona. Adelántase el Jeneral Saus á la cabeza de tres mil hombres hasta la aldea de su mismo nombre, empéñase una refriega entre sus tiradores y la retaguardia enemiga, pero era imprudente hacer jeneral la accion hasta saber hácia qué lado se decidia la fortuna por la parte de Molins de Rey. Detúvose por lo mismo, y como no favoreciese el resultado sus esperanzas, entró de nuevo en la ciudad.

Habiendo recojido Milans las tropas de Martorell, pasó á Villafranca, y desde este punto á Igualada: á poco supo que le flanqueaba el enemigo, dirijiéndose

sobre esta poblacion: salió á su encuentro hasta Jorba.

Era esta posicion ventajosa. Repartió Milans sus tropas á entrambos lados del camino real, pero como viese que tardaban los enemigos, dirijióse en su busca á la cabeza de la caballería. Trabóse á poco el combate: defendiéronse bien los liberales, y tuvo que cambiar de direccion el enemigo.

CAPITULO V.

Entrégase Cardona. — Traicion de Tortosa. — Consecuencias de las sociedades secretas.

Durante estas refriegas, y mientras que, insiguiendo Milans el método de Mina, hostigaba frecuentemente al enemigo, no dejándole mas terreno que el que pisara, un comandante de la division de Cardona entregaba la plaza á los Franceses. Sedujera á los soldados, encerrárase con ellos en el fuerte, y proclamara el rey absoluto. En vano hicieron los artilleros y milicianos de la po-

blacion cuantos esfuerzos pudieron para hacerle mudar de resolucion: amenazábanles los fuegos del fuerte, y viéronse en la precision de retirarse.

Ninguna razon puede escusar semejante conducta; condenándola á una la política, la moral y la filosofía. ¿Juztificábanle las notas pasadas por naciones estranjeras? Era el gobierno español quien debia discutirlas. ¿Las modificaciones acaso que debian hacerse en la Constitucion? Tocaba esto á las Cortes. ¿La destruccion de nuestro ejército casi inevitable? Enseñárannos ya Mina y Gurrea el camino del honor. ¿Acaso la efusion de sangre? No le incumbia á él tal cargo: declarada la guerra, solo consiste el deber del soldado en vencer ó morir.

No dejó de encontrar imitadores el comandante de Cardona: un capitan de milicias provinciales que se hallaba de guarnicion en Tortosa, aprovechó la ocasion de hallarse de guardia para entregar el castillo á la faccion de la Huerta. A favor de las tinieblas de la noche,

penetraron los rebeldes en el fuerte, por manera que sorprendido el Gobernador, solo tuvo tiempo de reunir parte de sus tropas y escaparse. Dos pelotones de caballería rebelde dieron en esta sorpresa muestras de inaudita barbarie, no perdonando á niños ni mujeres: eran campeones de la fe.

Las sociedades secretas, que tan dañosas le han sido á la desgraciada España, fueron la causa principal de la pérdida de estas dos plazas. ¿Qué podia esperarse en efecto de unos entes que se forjan deberes imajinarios para no cumplir con los verdaderos? ¿que se entrometen en el gobierno del estado para no tener que auxiliarle en sus necesidades? Bajo el despótico yugo de un tirano, pueden merecer alabanza las sociedades clandestinas: empero, cuando rije una liberal y sabia administracion, merece el dictado de traidor todo sectario político.

CAPITULO VI.

Persecuciones de Van-Halen.—Heroismo de su esposa.

Por este tiempo súpose en Tarragona que habia transijido el jeneral Manso con el mariscal Moncey. En el colmo de su sorpresa, toma Van Halen el partido de dirijirse con algunos oficiales del Estado mayor hácia el punto que ocupaba la columna de aquel jeneral, para impedir mayores males. Monta á caballo y va á salir de la ciudad, pero detiénenle ni mas ni menos que á los Sres. Arango y Goti, que le acompañan, por órden del Gobernador jeneral Aldama, quien teme que no estén en intelijencia con el jeneral Manso. Es Van Halen puesto en incomunicacion completa, sin que pueda hablarle nadie mas que su esposa. Disponíase á concluir en veinte y cuatro horas la sumaria, y todo hacia presentir que seria al siguiente dia fusilado un inocente. En vista sin

embargo de la declaracion que se le tomó, fué preciso evacuar algunas citas. Felizmente entró en consideracion el Gobernador, prefiriendo enviar secretamente los prisioneros á Barcelona, para ponerlos á la disposicion del Jeneral en jefe. Un consuelo encontró Van-Halen, cuando su desgracia, en sus amigos que no le abandonaron, procurando de todos modos precaver una sentencia injusta: pero mayor dicha fué aun para él poder probar en el infortunio la virtud eminente de su esposa, que quiso y logró ser embarcada con él en la barca cañonera que debia conducirle á Barcelona.

Dieron la vela el 13 de agosto, pero teniendo á la vista la escuadrilla francesa, les fué forzoso volver al puerto. Salieron de nuevo, aprovechando un viento favorable, y llegaron á Barcelona el 17. Nada comparable al sentimiento de Mina, en cuanto le anunciaron su llegada: sabido es que fué él quien se trasladó de la Coruña á Betanzos para pedir para Van-Halen la mano

de la hermana de Quiroga. Cabíale por ello singular satisfaccion, por haber labrado la felicidad de ambos esposos.

Instaba por verle la esposa de Van-Halen, pero él dispuso que nadie pusiese pie á tierra si ya no era algun criado. No descansaron un momento los compañeros de armas del desgraciado, puesto que les constaba su patriotismo, y aguardaban ansiosos el resultado de tan incomprensible sumaria.

Habiendo tomado Mina cuantas informaciones pudo acerca de la conducta de Van Halen, mostróse indignado por el abuso de la autoridad que por poco sacrifica á un Patriota. Mandóle que sobre su palabra se trasladase en un pequeño laud á Tarragona, paraque acabase de patentizarse allí su inocencia. Efectuólo en efecto, pero salido apenas del puerto, vieron venir sobre sí dos buques de guerra franceses que cruzaban por aquellas costas. Alarmóse el pundonor del patriota, é intimó al patron del laud que le atravesaba con su espada si no huia de caer en manos de

los Franceses. Forzoso le fué al patron obedecer, y hacer rumbo para Iviza, donde fué Van-Halen tratado con todo miramiento por el gobernador Valle, emigrado posteriormente en Londres. Á poco pasó aquel á Mallorca, donde el Conde de Almodovar, Capitan Jeneral de las Islas Baleares, le proporcionó, accediendo á sus instancias, pase para Salou, á cuyo punto llegó el 29 de diciembre.

Milans, comandante de las tropas y de la plaza de Tarragona, esclamó delante de muchos individuos, leyendo la sumaria de Van-Halen: ¡*Hombres, esto era un asesinato*! Cuando la esposa de Milans vió á la del desgraciado, no pudo contener sus lágrimas: tributos tales de admiracion y ternura merecia una mujer, que durante tres meses pasó mil penalidades por mar en húmedo barquichuelo para no abandonar á su marido.

Las circunstancias no permitieron la continuacion del proceso, y en vano fué que reclamase Van-Halen los autos.

porque, enemigo Milans de resentimientos personales, los habia roto, mandando no obtante al fiscal que hiciese pública la inocencia del acusado. Prefiriendo este el destierro á toda transaccion con el enemigo, solicitó un pasaporte de aquel Jeneral, é hízose con su esposa á la vela para América, precisamente el propio dia en que abrió Tarragona sus puertas á los franceses (1).

CAPITULO VII.

La esposa de Van-Halen. — Fidelidad y patriotismo de los soldados.

No fué únicamente entre prisiones donde pudo la esposa de Van-Halen dar muestras de su noble desprendimiento,

(1) Conserva Van-Halen documentos para comprobar del todo su inocencia.

Acontec eregularmente que los hombres de algun mérito acostumbran ser el blanco de la persecucion ó de la envidia. Para conocer hasta que punto lo ha sido Van-Halen, léanse sus *memorias sobre la Inquisicion*, publicadas por M. Jules Renouard.

si que tambien en el seno de los combates.

En junio de 1822, mandaba aquel la caballería de la columna de Albornoz, y acababan de desalojar de Berga á Gepdels-Estanys. Descansando de las fatigas de la espedicion, hacia Van-Halen maniobrar en un campo sus tropas, cuando de improviso se presenta cabalgando sobre alta mula una labradora catalana: era la señora de Van-Halen, que, á favor de este disfraz, habia atravesado durante veinte leguas un pais poblado de rebeldes, llevada del deseo de ver al que presumia víctima ya de algun azar funesto,

Siguió despues por mucho tiempo la columna, manteniéndose al lado de su esposo en los combates, y participando de sus riesgos. Por poco no fué cierto dia víctima de su ternura, porque justamente fué hostigada la retaguardia en que se encontraba la caballería: á duras penas se pudo lograr que se situase en punto donde no llegasen las balas.

Como hubiese el jeneral Torrijos reu-

nido en Cardona los jefes para informar al comandante jeneral Ferraz de la situacion de la guerra, encargósele esta mision á Van-Halen, quien, tomando consigo una escolta, pudo persuadirá su esposa que permaneciese en Barcelona para descansar de sus fatigas.

Antes de volver á tomar el hilo de las operaciones de Milans, fuerza nos será no pasar en olvido la fidelidad de las tropas que hicieran parte de la division de reserva.

La mayor parte prefirieron correr los riesgos consecuentes á una lucha desigual, antes que aumentar las filas de los franceses. Tal conducta merecia por cierto una recompensa. No tardaron los patriotas de Tarragona en abrir una suscripcion para tributarles un homenaje de gratitud y reconocimiento. Como no hubiese dentro de la ciudad una plaza bastante capaz para reunir las tropas que deseaba arengar el nuevo Comandante de armas, dispúsose que pasasen varios cuerpos de línea vestidos de gala á la esplanada que : en-

cuentra al lado del Puerto, dejando de esta suerte la defensa de la plaza al cargo de la milicia nacional. Pero temerosos aun los soldados de que no se tratase de poner en planta durante su ausencia alguna nueva intriga, prefirieron muchos de ellos permanecer en sus puestos antes que asistir á la fiesta. Lo propio practicaron algunos oficiales, que no quisieron salir de la ciudad: entre ellos el capitan Gurrea.

CAPITULO VIII.

Rasgo característico de Milans. — Combate de Caldas. — Retirada. — Sobriedad del soldado español. — Refriega de Alta-Fulla. — Ataque de Tarragona.

Despues de la accion de Jorba, incorporóse Milans con la brigada Lloberas, que se encontraba desde algunos dias en Tarrega, donde permanecieron ambos hasta últimos de julio.

No pocos jenerales habian sido seducidos por los Franceses, y era regular

que probasen á qué lado se inclinaba Milans; escribiéronle que la cuestion militar se habia decidido ya, y que exijian los intereses de la España que se reuniese de buena fe á los aliados: —«Mis canas, respondió, bajarán sin mancha al sepulcro.»

Sin examinar si el parlamentario que le entregaça la carta llevaba otras para los que le rodeaban, solo dirémos que sus palabras fueron un cabal desengaño para cuantos creian atraerle á su partido. Desde este momento ha sido Milans el blanco del odio de ciertos personajes distinguidos.

Seguia haciendo cada dia mas rápidos progresos el espíritu de sedicion: observábalo Milans en silencio; seguro de su conciencia, érale lo demás indiferente. Como no ignorase que para acallar las hablillas de los soldados no hay medio mejor que el combate, púsose en movimiento, y llegó á Montblanc, desde cuyo punto debia trasladarse á Sta. Coloma. Poco se detuvo en este último punto, llevando intento de caer

sobre la retaguardia enemiga. Tan atrevido golpe exijia suma discrecion, y esta empezaba á echarse de menos en cuantas operaciones se emprendian. Así fué que en cuanto se adelantó hasta Caldas, opúsosele una columna enemiga muy superior en número á la suya. Trabóse sin embargo la refriega, que duró desde el amanecer hasta la tarde: tuvo empero Milans que batirse en *retirada*. Empeñóse la accion entre Caldas y el puente de Cabriana, siendo por ambas partes considerable la pérdida.

Nosotros llorámos la muerte del valeroso teniente coronel Lisana, ex-edecan del Jeneral en jefe. Acababa de separarse del Estado mayor para tomar el mando de su escuadron, y cayó al tiempo de cargar al enemigo.

Seguia la division en retirada, pero batíase únicamenre la retaguardia, en cuyo punto se encontraba Milans. Cesó de darles caza el enemigo: apeóse aquel, y tomó cuantas precauciones le fué dable, pero aun no estaba tranqnilo, y mandó llamar á cuantos tenian mas

medido el terreno. Pronto conoció que se encontraba en peligro de caer con toda su columna prisionero aquella misma noche. Indispensable se hizo emprender nuevo movimiento para llegar á mas seguro punto.

Antes de la refriega de Caldas, hiciera la division penosas marchas, sujeta á varias privaciones, y últimamente encontrábase ya en deplorable estado.

Preciso le fué pues á Milans renunciar á todo proyecto y replegarse sobre Tarragona, puesto que por ambos flancos le hostigaban fuerzas superiores: entró despues en la plaza, de la cual no le fué dado salir hasta que se efectuó la capitulacion.

Conocida es la sobriedad del soldado español: ostentóse con todo en su mas alto punto en la situacion de que hablamos. No se encontraba en pais estranjero ni sobre las montañas, donde escasean los víveres: veíase en el seno de la patria, dentro de la capital de una fértil provincia, situada á la orilla del mar. No se trataba por entonces de ata-

car ó defenderse dia y noche; únicamente de descansar despues de tantas fatigas. Con todo eso compartíasele por toda racion un pedazo de pan mugriento y algunas onzas de malísimo abadejo. Su pre era apenas suficiente para comprar los domingos unas onzas de tabaco.

Para acallar á sus enemigos, ó por mejor decir, á los de la patria, que clamaban contra la inaccion de los soldados, hizo Milans una salida de la plaza para atacar las posiciones del enemigo en Alta-Fulla.

Encuéntrase esta aldea sobre el camino real de Barcelona, á unas dos leguas de Tarragona. Adelantóse á su encuentro el enemigo, y empeñóse el combate, que sin embargo de no ser muy duradero, no dejó de ofrecer el mas grandioso espectáculo. Ofrecia doble combate el pequeño círculo de una milla de diámetro, donde ambos partidos vinieran á las manos. Maniobraban por mar algunas barcas cañoneras, y estaban por tierra en movimiento la infantería,

la caballería y artillería á un tiempo: hubo por ambos lados valor, entusiasmo y disciplina. ¿Quién hubiera podido mostrarse cobarde sobre un campo de batalla, célebre ya por los Cartajineses y Romanos? ¿Cómo se hubiera arredrado ningun guerrero á vista de un monumento consagrado á la memoria de Escipion?

En número de diez mil hombres, y seguidos de unos tres mil facciosos, presentáronse los Franceses al dia siguiente, divididos en cuatro columnas, ante Tarragona. Procedente de Valls la primera y compuesta toda de rebeldes, desfiló sobre las alturas paralelas á la del Olivo; la segunda y la tercera, sobre otras montañas en la direccion de Coll-Sta.-Cristina, y la cuarta, sobre el camino real de Barcelona. Rompieron el fuego nuestras avanzadas situadas entre el camino real y Coll-Sta.-Cristina, entre el Lorito y otra antigua estrella. Secundóle á poco el Olivo, é hízose jeneral la accion hácia el N. O. de la plaza. Habiéndose defendido heroicamente

hasta consumir todas sus municiones, los del Lorito y la Estrella tuvieron por último que replegarse. Observando Lloberas que abandonaban aquellos sus puestos, esclamó que mandaria fusilar á los comandantes; pudiérase haberle contestado que les mandase antes cartuchos. Fué atacado con artillería el Olivo, y no tenia mas que fusiles para defenderse, mientras le amenazaban por ambos lados varios cuerpos de infantería. Precisamente en estos momentos de crísis recibió su comandante una órden firmada por un ayudante del Estado mayor, para retirarse, dejando únicamente sesenta hombres en el fuerte. No hizo caso aquel de una órden tan irregular, y siguió defendiéndose: poco tardó en recibir el refuerzo de dos piezas de artillería y un batallon de voluntarios, cuyo comandante Baiges dió una carga feliz á la bayoneta, protejido por los fuegos del fuerte.

Sobre los baluartes de la ciudad encontrábanse dos morteros frente por frente del Lorito, y únicamente se acor-

darón de ello al cabo de algunas horas de combate, para enviar á aquel punto algunas bombas que obligaron al enemigo á abandonar su posicion. Encontráronse en esto aislados los que ocupaban la Estrella, y tuvieron que retirarse: lo propio le sucedió á una columna que se adelantara hasta bajo tiro de los baluartes de la plaza, á cubierto de un antiguo acueducto. Decidióse con esto la accion á favor nuestro.

Acompañaran en esta accion al Mariscal Moncey muchos jenerales de la fe; pero con todo eso tuvo que abandonar la idea de apoderarse por asalto de la plaza, y retiróse al anochecer con buen órden, aunque con mucha pérdida.

No es siempre cierto que sea un buen resultado efecto de escelentes medios: fué dirijido con toda maestría el ataque, mas no así la defensa. En lo que toca á los soldados, portáronse á maravilla, no empero los jenerales. Mas celo, mas vigor desplegó sin duda el comandante de armas de la plaza. Dulcísimo es re-

cordar á la memoria los nombres de los que compraron con su sangre la gloria de cumplir su deber en el campo de batalla. No debemos callar el nombre de Carreño, capitan individuo del Estado mayor, como ni tampoco el de Oreglia, voluntario italiano. Hizo el servicio de la plaza y portóse muy bien la artillería volante de la Isla de Leon. Examinando la conducta de nuestros jenerales en aquel dia, pueden hacérseles bastantes cargos. ¿Para nada debian haber tomado precauciones en vista del escesivo calor que dejó sentirse aquel dia? Cuando por igual motivo relevaban los enemigos á cada momento sus tropas; cuando no podian ignorar que nada habian tomado los soldados desde las tres de la mañana; cuando podian prever y vieron claramente que tomaba la accion favorable aspecto: ¿porqué no colocaban de reserva algunos batallones y algunos caballos para dirijirlos hácia Coll-Sta.-Cristina, cortándole al enemigo la retirada? ¿Qué hizo durante todo el dia la caballería?

En honra de la verdad debe decirse que temia Milans, y no sin fundamento, una traicion. Afirmóse, cuando la retirada de Caldas, en las sospechas que concibiera en Tárrega. Su conducta fluctuante debia de consiguiente influir en la de sus jefes subalternos. No dejaba además de sorprender la suma rapidez con que efectuó Moncey su movimiento sobre Tarragona, despues de la accion de Alta-Fulla.

CAPITULO IX.

Anécdotas de Villanueva.

El siguiente dia al del referido ataque de Tarragona, recibí órden de trasladarme á las inmediatas órdenes del Jeneral en jefe. No podia efectuarlo por tierra, y tuve que embarcarme. Aun mas; los barcos de algun porte tenian obstruido el paso, y si lograban algunas embarcaciones escurrirse por entre los cruceros franceses, eran únicamente livianas barcas de pescadores. Disfrazé-

me, metíme en una falúa, y salí del puerto á favor de la oscuridad de la noche. Estaba tranquilo el mar, aparecia risueño el cielo, y soplaba favorable viento, por manera que todo prometia que llegariamos á Barcelona aquella misma noche. Pronto ví fallidas mis esperanzas. Calmó el viento, y en vano hicieron los marineros fuerza de remo, puesto que amaneció, y nos encontrábamos apenas á la mitad del camino: á poco nos dieron caza dos corsarios.

Anduvímos nosotros costeando la orilla, á guisa de pescadores, y lográmos con la estratajema huir la atencion del corsario: entrámos al rayar el dia en Villanueva. Era vecino de esta poblacion el patron del barquito, pero por desgracia ocupaban los enemigos este punto. Condújome aquel á su habitacion, diciéndome: —«Teneis aquí el mas seguro asilo: al anochecer volveré por vos.» Cedióme un aposento que daba á la calle, y donde me retiré para abismarme en mis reflexiones. De improviso oí algunos gritos: alarméme

sobremanera, porque ni facciosos ni franceses hubieran perdonado á un oficial enemigo disfrazado. Conocí á poco que era mi patron que disputaba en alta voz con otro, cuyo acento me era desconocido. Salí de mi cuarto, é interpúseme entre los dos acalorados; pero no tardé en conocer que no se discutian asuntos de política, sino otros familiares, que podian sin embargo serme muy funestos. El padre de mi patron habia quitado el timon de la falúa para impedir á su hijo que continuase su viaje. —« De ningun modo he de consentir, esclamaba, que caiga en manos de enemigos el único bien que yo poseo. — Decis bien, le respondí; pero hacedme merced de escuchar dos palabras.» Subímos á mi aposento, y cerrando tras de nosotros la puerta le dije. — ¿Os han informado de quien sea yo? — No. — Pues tened entendido que soy edecan del Jeneral Mina»... Da un paso atrás al oir esto el buen hombre, y quítase su gorro encarnado... —« Ahora bien, contestadme. ¿Queréis bien á

vuestro hijo? — ¡Como si le quiero! — Y si se encontrase en presencia de mi padre, que tendrá vuestra edad, quien pudiese salvarle la existencia como vos la mia; ¿qué pretenderiais que sucediese? Tambien soy yo hijo y tengo como él un padre... Responded. »

El marinero, que luchara toda su vida contra los huracanes y el vaiven de las olas, no pudo disimular su conmocion. Corrian por sus surcadas mejillas abundantes lágrimas, sin que al parecer lo advirtiese él mismo. Estrechóme entre sus brazos sin proferir una palabra; salió de mi cuarto, y al cabo de pocos momentos estaba ya dispuesto todo para mi marcha.

Salimos al anochecer, y al asomar la aurora del siguiente dia, me habia presentado ya al Jeneral en jefe. Sonrióse este á vista de mi traje, pero observé en su noble semblante la mas viva impresion de interés en cuanto le hube contado los peligros que corriera durante mi cortísimo viaje.

CAPITULO X.

DESDE PRINCIPIOS DE AGOSTO HASTA EL 3 DE NOVIEMBRE.

Señoras y niños milicianos en Barcelona. — Espedicion de Fernandez. — Muerte de Pacchierotti. — Espedicion de S. Miguel. — Disercion del capitan O-Donell.

Comun adajio es que en su pais nadie medra; y podríase añadir que nadie gusta hacer justicia á sus contemporaneos. Arrebata la antigüedad nuestra admiracion, y nos hacemos lenguas en alabanza de lo que vímos, desdeñándonos mirar lo que está delante de nosotros. Sin pretender anteponer nuestros hechos históricos á otros que hablan mas á la imajinacion, nos lamentamos de que no sean conocidos como merecen algunos hechos de la última guerra de Cataluña.

Dª Emilia de Lacy, viuda del Teniente Jeneral de este nombre, habia llegado á organizar en Barcelona un cuerpo de Lanceras, cuyo instituto era seguir á los milicianos, para recojer y vendar los heridos, como asimismo para prestar los últimos auxilios á los moribundos. Tan noble institucion dió márjen á tiernísimas escenas. Instaban las esposas á sus maridos y las hermanas á sus hermanos para que corrieseu al combate, consolándose, como verdaderas Lacedemonias, de la pérdida de sus deudos, con el recuerdo de su valor.

Mostrábanse celosos los mismos niños de contribuir á la defensa de la patria, y formárase de ellos un batallon, que ejecutaba con pasmo jeneral las mas difíciles maniobras.

Apesar de todo el patriotismo de los habitantes de aquella ciudad, no les habia sido dable socorrer la plaza de Figueras, donde empezaban á escasear los víveres, pero cuya posesion se hacia cada dia mas importante, desde que habia sucumbido Cardona. ¿Qué podia

empero hacer Barcelona para socorrerla, sin que desconociese al propio tiempo sus mismas necesidades? El peligro sin embargo que corria Figueras hizo aventurar una tentativa.

Reuniéronse el dia 9 de setiembre cuantas embarcaciones de vela latina se encontraban en el puerto, y embarcáronse al anochecer unos mil setecientos infantes y cincuenta caballos, á las órdenes del coronel Fernandez, ex-gobernador de Cardona. Consumióse en el embarco mas tiempo del que se creia, y fué preciso diferir la salida hasta la siguiente noche. Dieron la vela en la noche del 10, y llegaron al amanecer á Mongat, punto que distaba media legua de la retaguardia de la division enemiga que bloqueaba á Barcelona. Á medida que iban desembarcándose las tropas, formábanse en las alturas que dominan el camino real. Echóse á poco sobre sus avanzadas un destacamento francés, compuesto de treinta y tres infantes y unos sesenta caballos: pero cayeron todos prisioneros, siendo enviados á Bar-

celona los hombres, y destinados los caballos á aumentar la caballería de Fernandez. Púsose en movimiento la columna, y pasando sucesivamente de Lliers á la montaña de Monceny, á san Marcial, san Julian, Roda, Esquirol, y Olot, encontrábase ya mas allá de Besalú, cuando se le presentaron á obstruirle la marcha los Franceses. Trabóse la lid, y aunque superior el enemigo en número, hubiera sido igual la pérdida, si no se hubiese visto Fernandez en la precision de abandonar sus heridos en la Ermita de Saserra para poder continuar su movimiento. Efectuó una contramarcha por las cordilleras, y baja al pueblo de Torrat: apenas sin embargo hubo desfilado en la llanura, cuando le salieron ya al encuentro los enemigos. Sin municiones, hostigados sus soldados por el hambre y las penosísimas marchas, ya no podia Fernandez hacer frente á las columnas francesas. Teníalas no obstante á la vista, y habíanle interceptado la retirada: era forzoso pues aceptar decididamente un combate que se hacia

imposible evitar. Pacchierotti y Minusir, jefes subalternos, logran inflamar el entusiasmo de sus soldados: ambos estaban heridos, pero no dejaron de ponerse al frente de las filas. Síguenles con ardor los valientes, y diríjense contra el enemigo, que presentaba en dos columnas una línea diagonal; embisten á la bayoneta la de la izquierda, y están á punto de arrollarla, cuando llueve sobre ellos una descarga que se cruza de parte de entrambas columnas enemigas: entra el desórden en nuestras filas, que son ceñidas por do quier, y obligadas á rendir las armas.

Así sucumbió la flor de los provinciales de Cataluña, y la lejion liberal estranjera, desgraciados restos de aquellos Italianos á quienes perdonaran la peste, el hambre y la guerra civil. Estaba reservado este triunfo al jeneral Damas, y mostróse digno de él, puesto que fué la mas noble su conducta para con los prisioneros.

Algunos han tachado de imprudente esta espedicion: no lo creemos noso-

tros así, porque si se despreciaba la coyuntura, debia renunciarse para siempre á hacer un esfuerzo para socorrer Figueras y atacar la retaguardia enemiga.

Recibió Pacchierotti nuevas heridas en la refriega: hubiera podido curar, pero despreció la compasion de sus enemigos, muriendo digno de sus proezas y de su patria.

Habia sido desgraciada la espedicion de Fernandez: acaso podria ser mas feliz otra, y aventuróla el Jeneral en jefe. Dispuso que su jefe de Estado mayor, el coronel Evaristo S. Miguel, saliese de Tarragona con direccion á Aragon, para reunir cuantas tropas constitucionales pudiese, por si era posible reanimar el espíritu de las provincias mas entusiastas por las nuevas instituciones. No titubeó en efectuarlo S. Miguel, púsose en marcha para Lérida, y desde este punto dirijióse á Barbastro con tres mil infantes y cuatrocientos caballos. Hostigábanle los enemigos en número de seis mil, cuando vino á engruesar sus masas Santos Ladron con

las hordas rebeldes de Navarra. Viéndose precisado á abandonar su intento, replegóse S. Miguel sobre la orilla derecha del rio, y volvió, sin empeñar accion, á Lérida. Pocos dias despues, para poder ejecutar con mas prontitud su movimiento, salió de la plaza con trescientos cincuenta caballos que formaban el rejimiento de la Constitucion. No tardó en alcanzarle el mariscal Lauriston, y empeñóse la mas sangrienta refriega. Intimósele la rendicion, y contestó á sablazos. Abrumados sus valientes con el peso de la muchedumbre, cayeron víctimas, dando el grito de *viva la Constitucion!* Cubierto de heridas, nadaba S. Miguel en su misma sangre, cuando pasaron á recojer los heridos. Transportáronle cuidadosamente á una casa, donde se le suministraron prontos auxilios. El mismo Lauriston le visitó, preguntándole si en algo podia estar descontento de sus tropas. —« Sí, le respondió; de que no hayan acabado conmigo. » No sabemos si admirar mas la sensibilidad del Francés ó el orgullo del Español.

Por este tiempo honró el Jeneral en jefe con un grado mas á la mayor parte de los oficiales de su comitiva. No tocó tal promocion á uno de sus edecanes, hijo del conde de la Abisbal, quien, á sus diez y ocho años, era ya capitan de la guardia: sin duda le esceptuó Mina por razon de su edad, puesto que era bien conocido su mérito. Hizo esto fuerte impresion en el ánimo del jóven, quien exasperado, se pasó á los pocos dias al enemigo.

CAPITULO XI.

Capitulacion de Barcelona.

Ya no existia nuestro ejército mas que en el nombre, mientras se aumentaba estraordinariamente el de los enemigos. Sujetado el Aragon, pudieron las tropas del mariscal Lauriston acercarse á las de Moncey, y no formar con estas, por decirlo asi, mas que un solo cuerpo. A nuestros valientes no les

quedaba ya otro refujio que el de las plazas fuertes, y estas muy poco abastecidas. Cardona y Tortosa cayeron por traicion; Figueras y Urjel casi por hambre : Tarragona y Hostalrich encontrábanse en los últimos apuros. Sostenía-se en verdad vigorosamente Barcelona, y hostigábase á sus sitiadores con no interrumpidas salidas. Si bien informado Mina de la situacion horrorosa de las demás provincias de España, perdidas además todas las esperanzas de reunir un ejército, y convencido de que le era fácil á Moncey abrir brecha en las murallas en menos de un mes : hubiera con todo resistido hasta los últimos momentos, si su posicion y sus deberes no hubiesen cambiado enteramente con la caida del gobierno constitucional. La disolucion del pacto social que rejia á los Españoles, y del poder lejítimo que le confiriera el mando, quitábale toda autoridad legal, y ponia en buen recaudo su honor y su conciencia : trasformaba por mejor decir en padre de la poblacion el Jene-

ral del ejército. Si, como jefe, debia Mina sacrificar la ciudad ante las aras de las ordenanzas militares, por el contrario, como padre, debia tener en mas los intereses de un pueblo que las órdenes de una autoridad que ya no existia.

Corrieron por la ciudad rumores de capitulacion, y dirijióse al momento un numeroso grupo á la casa *del Jeneral* Rotten para informarse de cuanto iba á practicarse. No sabiendo este qué respuesta darles, remitiólos al Jeneral en jefe, que tuvo apenas tiempo para asomarse á una ventana. No precedian los clamores de un tumulto popular, sino de una reunion, hija quizás de las mejores intenciones, y que merecia jeneroso perdon. Sin arredrarle al Jeneral el brillo de las armas que tenia á la vista, enfermo como se hallaba, apareció á la muchedumbre, y esta se retiró. Para evitar en lo sucesivo unos tumultos tan funestos como infructuosos, fuéle indispensable tomar ciertas medidas de seguridad contra varios su-

3 2044 035 959